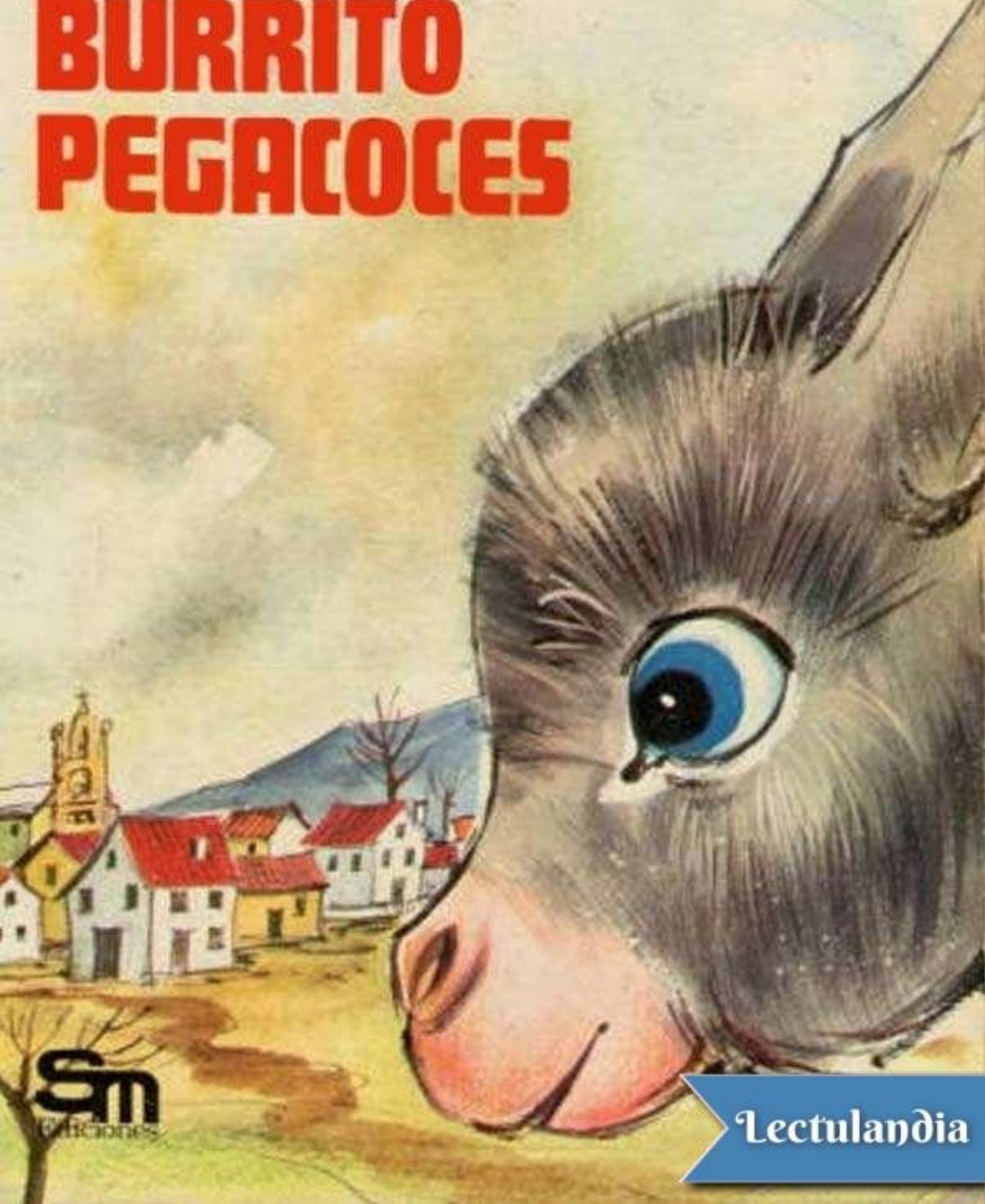


# EL BURRITO PEGACOCES



**sm**  
editorial

Lectulandia

Narra las aventuras y problemas a los que se enfrenta Pegacoces, un burrito nacido en Valdemoscas y que pronto se hace con el cariño de sus habitantes.

**Lectulandia**

Juan Antonio Marrero Cabrera

# **El burrito Pegacoces**

[ePUB v1.0](#)

nalasss 28.07.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *El burrito Pegacoces*  
Juan Antonio Marrero Cabrera, 1978.  
Ilustraciones: Rofer

Editor original: nalasss (v1.0)  
ePub base v2.0

# Prólogo



“Pegacoces” no es un simple borriquillo paciente y sumiso, ni tan sólo una bella, poética y ternurista criatura.

“Pegacoces” es, ante todo, un espíritu inquieto, alegre, infantil y aventurero.

Pero, más que una figura que encarne toda clase de virtudes, sin otro fin en sí mismo que servir de ejemplo, nuestro borriquillo pretende tener una personalidad propia.

Porque, naturalmente, al ser una entidad de ficción, la vida real y la ideal se mezclan en sus aventuras como si buscaran la “voz de la eternidad” de la que nos habló el inmortal Rabindranath Tagore:

“Aunque no lo sepamos, es verdad que, en todas partes, hombres y mujeres viven en el ambiente de estos sonidos, y que esta voz de lo eterno les llega a su interior oír. Ella modula la melodía de las arpas de la vida, impulsándonos en secreto a afinar nuestras vidas propias, de acuerdo con el ideal, y a elevar nuestra aspiración al cielo, como las flores exhalan su aroma en el aire y los pájaros sus cantos.

Aun los más depravados se han conmovido en algunos momentos de su vida con esta voz, y por eso no se han perdido del todo; han sentido, en lo más hondo, una belleza bajada a ellos del cielo mismo.

Es posible que estas cosas os parezcan aleluyas infantiles, demasiado disparatadas para que las crea una persona mayor. Pero yo soy uno de esos niños que nunca se hacen viejos, y me atrevería a pediros que me acogierais como uno de vosotros”.

Por eso, y con mi más ferviente deseo de aproximarme al “niño eterno” del que habla el poeta indio, os presento a mi amigo “Pegacoces”.

Espero que paséis con él tan buenos ratos como los que yo he pasado y espero seguir pasando en el futuro.

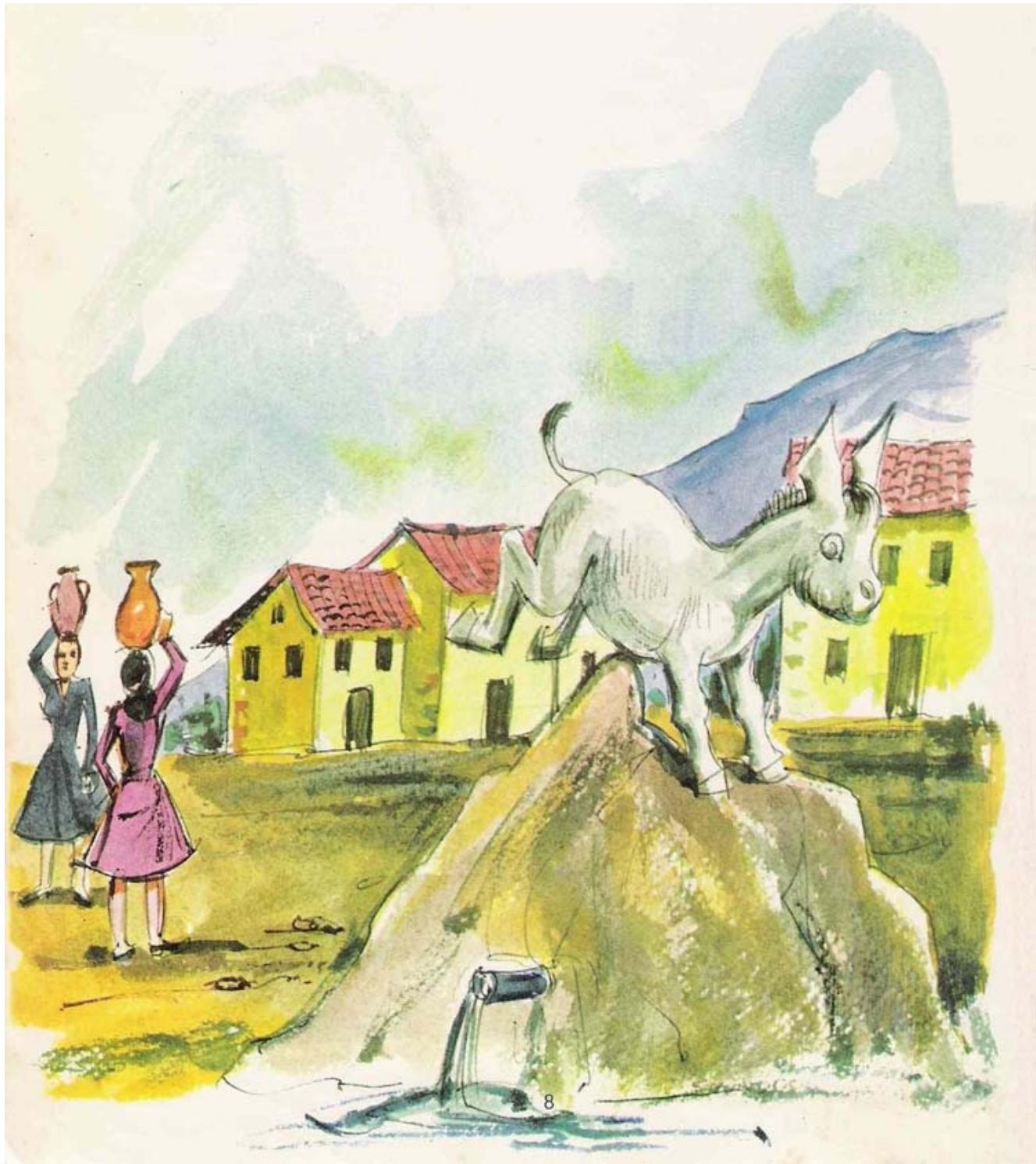


# **1 UN PUEBLO AGRADECIDO**

Casi se me ha olvidado dónde estaba el pueblo. ¡Hace tanto tiempo que no he vuelto por allí! Lo que sí recuerdo es que se entraba por un paso muy estrecho, muy estrecho, entre las grandes montañas.

Pasadas las montañas, ya estábamos en el valle. Era un llano precioso. El campo parecía un dibujo de cuadraditos marrones y verdes.

Un río, que bajaba dando saltos desde la montaña, regaba gran cantidad de huertos y árboles de todas clases.



En el centro del valle estaba el pueblo. Un grupo de casas blancas que relucían al sol. Y, por encima de todas, la torre de la iglesia.

Por eso, lo primero que se veía de Valdecoces era el campanario. Y luego los tejados, como una brillante mancha de color rojo contra el cielo blanco y azul.

En ese pueblo sí que daba gusto vivir. Si te apetecía comer alguna fruta, no tenías más que cogerla de los árboles. Te bastaba levantar cualquier piedra del río para encontrar riquísimos cangrejos.

Era estupendo vivir en Valdecoces. Porque, sí, sí. Mi pueblo se llama Valdecoces. Y vosotros diréis: ¡Pues vaya un nombre para un pueblo!

Bueno, de repente, puede ser que os suene un poco raro, pero en cuanto sepáis por qué se llama así, estoy seguro de que os gustará.

Valdecoces se llamaba antes Valdemoscas, y ése sí que era un nombre un rato feo.

Yo había visto en la plaza del pueblo una fuente. Era una gran roca de la que brotaban varios chorros de agua. Pero lo que más llamaba la atención era la curiosa estatua colocada en todo lo alto. Representaba a un borriquillo, muy gracioso, que tenía levantadas las patas traseras, como si quisiera dar coces.

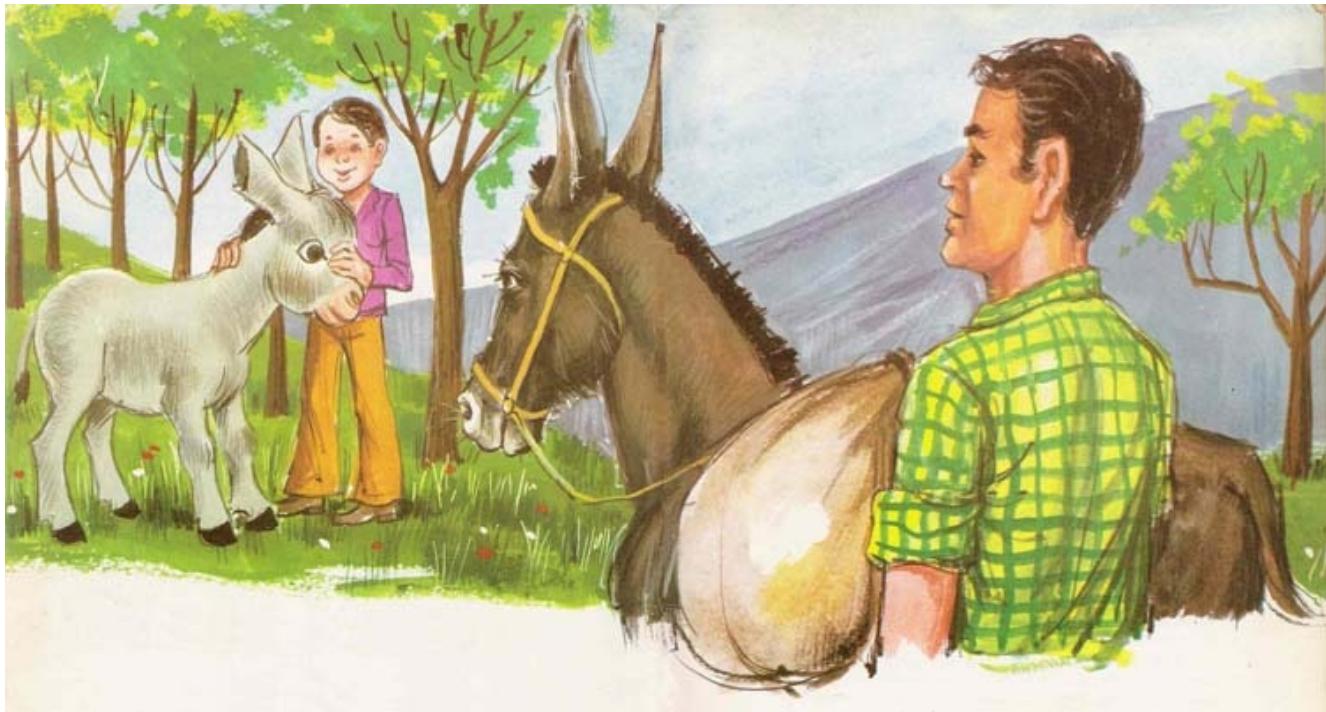
En la base de piedra que sostenía la estatua, se leía en grandes letras doradas:

AL BORRIQUILLO PEGACOCES.  
EL PUEBLO AGRADECIDO

Parece raro eso de hacer una estatua a un simple borrico. Y, además, que cambien a un pueblo de nombre para ponerle el de un borriquillo, ¿verdad?

¿Queréis saber por qué le cambiaron de nombre?

Es una historia que me contaron una tarde de invierno, junto a una mesa camilla calentita. Y me gustó tanto, que yo también os la voy a contar.



## 2 LA HISTORIA DE PEGACOCES

Como os he dicho, el pueblo se llamaba Valdemoscas.

Sus vecinos no estaban muy contentos con este nombre, porque les hubiera gustado tener otro más bonito.

Pero lo cierto es que en el pueblo había tal cantidad de moscas y moscardones que el nombrecito no podía ser más apropiado.

Por eso, aquel día, Juanón, el panadero, estaba extrañadísimo al ir al molino. Le parecía muy raro que su borrica Lucera no espantase las pesadas moscas con su cola, como hacía siempre.

La pobre Lucera estaba tan fatigada que casi no podía con la carga.

Juanón, al verla así, decidió pararse un rato y descansar, a la vez que gritaba:

—¡Juanito, espera! ¡Vuelve aquí!

Es que su hijo Juanito, cuando no tenía colegio, le acompañaba en sus paseos al molino. Y hoy, el chico estaba entusiasmado porque podía jugar con un precioso borriquillo, que era el hijo de Lucera.

El borriquillo iba muy alegre. Unas veces se acercaba a su mamá, acariciándola con el hociquito. Otras, corría retozando por el camino dando unos saltos muy graciosos. Y, al saltar, levantaba tanto sus patitas traseras que parecía como si diera coces al aire.

Juanito y el borriquillo llegaron sin dejar de brincar.

—¡Mira, papá! ¡Fíjate cómo salta mi burrito!

—Ya lo veo, hijo. Le vamos a poner de nombre Saltarín.

—¡Huy, papá! ¡Ese nombre no me gusta!

—¿Qué nombre le pondrías tú?

Juanito se quedó pensativo. En aquel momento el borriquillo daba uno de sus graciosos saltos. Apoyándose sobre las patas delanteras lanzaba las traseras al aire con todas sus fuerzas.

—¡Ya está! —exclamó Juanito aplaudiendo muy contento—. ¡Ya sé cómo le vamos a llamar! ¿No ves que cuando salta parece que está dando coces? Pues se llamará Pegacoces.

Juanón sonreía al ver tan feliz a su hijo.

—Cuando lleguemos al pueblo —explicaba el chico muy animado— se lo diré a mis amigos y lo celebraremos como si fuera un bautizo de verdad.

Luego, Juanito, lleno de alegría, abrazó al borriquillo y le dio un beso diciendo:

—Ya lo sabes, borriquito, desde hoy te llamarás Pegacoces.

El borriquillo, como si lo hubiera entendido, comenzó de nuevo a dar saltos y a hacer piruetas. Juanito salió corriendo tras él, llamándole alegremente.

—¡Pegacoces, espera! ¡Pegacoces, que ya voy!



### **3 LA PRINCESA ENCANTADA**

A la entrada del pueblo, un grupo de niñas jugaba al corro. Unidas por las manos, giraban formando una rueda, mientras cantaban:

En la fuente del Olivo  
hay un príncipe encantado,  
que durante el día y la noche  
sin cesar está llorando.

Luego se detenían, soltaban sus manos y dando palmadas al compás de la canción, preguntaban:

¿Por qué llora? ¿Por qué llora  
el principito encantado?

Nuevamente se agarraban las manos y continuaban girando en corro:

Porque quiere que una niña  
a desencantarle vaya.  
A la niña hará princesa  
y, después, su esposa amada.

Al llegar aquí volvían a soltarse, se cubrían la cara con las manos y seguían cantando:

De este corro, de este corro esa niña ha de salir. ¡Ay! ¿Quién será la elegida?  
¡Ojalá me toque a mí!

En ese momento se agrupaban para sortear entre ellas.

—¡Me toca a mí! ¡Hoy me toca a mí! —decía Matilde muy enfadada.

Porque la elegida como princesa encantada era la que dirigía a todas en el centro del corro. Y, además, mandaba lo que se iba a jugar durante todo el día.

—No seas así, mujer —dijeron las demás—. Mañana, si quieras, te toca a ti. Pero hoy deja ser princesa a Pili, que para eso es su cumpleaños.

—Bueno, está bien —contestó Matilde refunfuñando un poco, aunque fue la primera en dar un beso a la nueva princesa—. ¡Muchas felicidades, Pili!

Y ya iban a ponerse a jugar otra vez, cuando Pegacoces se plantó dando saltos en medio del grupo.

—¡Anda, qué borriquillo tan bonito!

—¡Qué simpático es! Fijaos cómo salta.

—¡Y qué piel más suave tiene!

—¿De quién es?

—¡Es mío! —gritó Juanito acercándose.

Estaba un poco enfadado al ver que todas las niñas jugaban con su borriquillo y ninguna le hacía caso a él.

Pegacoces estaba quietecito y se dejaba acariciar muy contento.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Pegacoces, aunque todavía no está bautizado.

—Entonces tenemos que hacer un bautizo formal —saltó Pili.

—¡Eso, eso! —dijo Matilde—. Y Pili, como es la princesa encantada, será la madrina.

—¡Viva! Muy bien —dijeron todas—. Ahora tenemos que hacer un collar de hojas y flores para Pegacoces.

—Sí, sí, y una corona para la madrina.

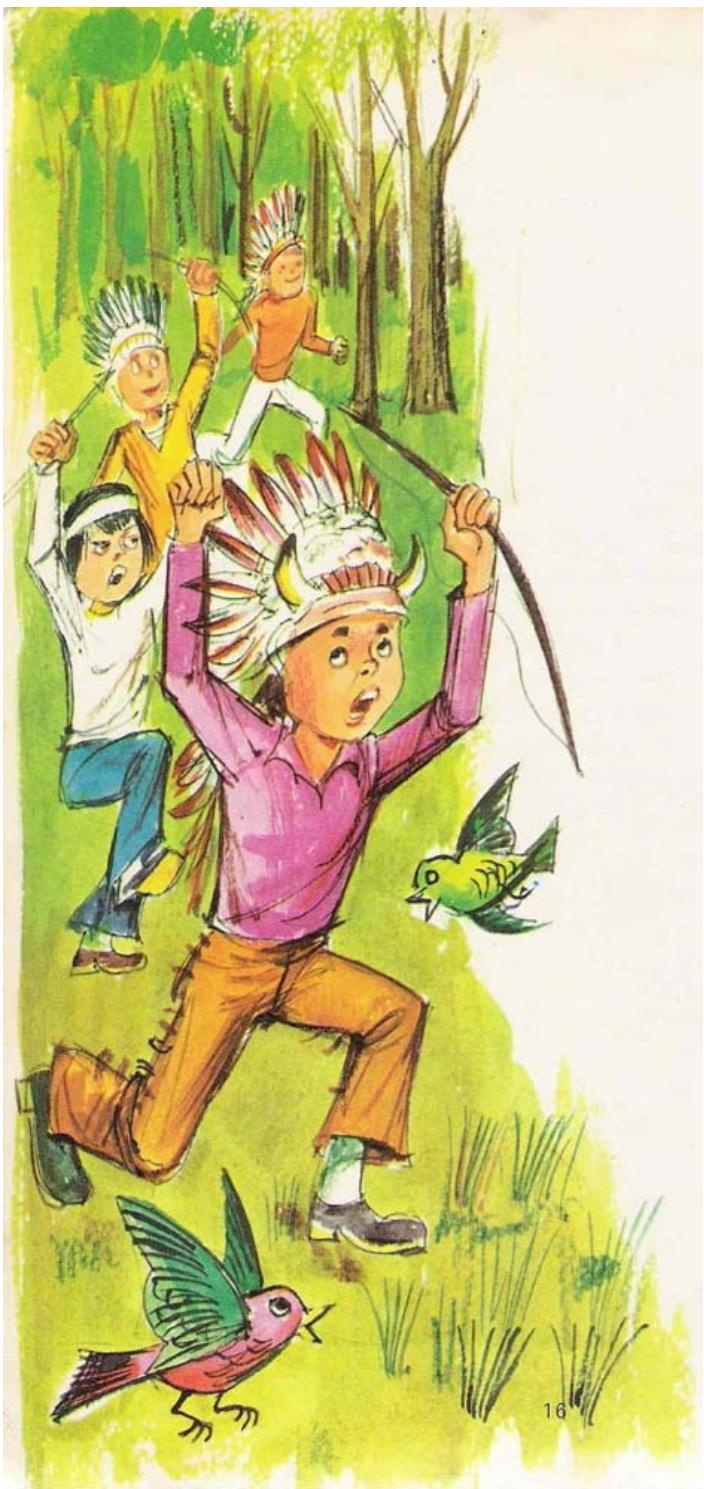
—Bueno —dijo Juanito algo amoscado—; también hará falta un padrino, digo yo.

—Pues vete a buscar a los chicos y elige a uno —dijo Pili que lo estaba organizando a base de bien—. Mientras tanto nosotras hacemos los preparativos.

—Está bien, Pili, pero no empecéis hasta que nos reunamos todos, ¿eh?

—No te preocupes. Y date prisa, que ya estamos casi listas.

Y Juanito se fue corriendo a buscar a sus amigos.



## 4 ¡HORTANCHIVIRI!

Hortanchíviri, hortanchíviri  
Ajauja mera maquita  
Hortanchíviri Makón.  
Somos los indios salvajes  
De la tribu del Moscón.

Juanito no tuvo que alejarse para encontrar a sus amigos.

Una feroz partida de “indios moscones” se acercaba a buen paso entonando el himno de guerra de su tribu.

Los terribles guerreros eran Doroteo, Andrés, Pedro, Santiago y Clemente, toda la pandilla de amigos de Juanito, que habían desenterrado el hacha de guerra.

Venían disfrazados con plumas en la cabeza. Lanzas, arcos y flechas eran su armamento y con él amenazaban a todos los pájaros y árboles del camino.

—¡Jau! ¡Jau! ¡Hortanchíviri! —gritó Clemente al llegar a la altura de su amigo.

—¿Se puede saber a qué jugáis? —exclamó Juanito sorprendido.

Clemente se lo explicó con mucha solemnidad.

—Somos los ferores guerreros de la tribu del Moscón. Este es nuestro himno de guerra. ¿Verdad, chicos?

—¡Jau! ¡Jau! —gritaron.

—Bueno, pues ahora dejad de arrancar cabelleras un rato que tenemos que bautizar a mi borriquillo.

Y en un momento les explicó lo de Pegacoces y los preparativos que ya estaban haciendo las chicas.

A todos les pareció estupendo.

—Ahora lo que tenemos que hacer es elegir al jefe de la tribu, y que él sea el padrino —propuso Pedro, que le gustaba organizar muy bien las cosas

—Yo creo que es el hechicero el que tiene que elegir el jefe —dijo Santiago.

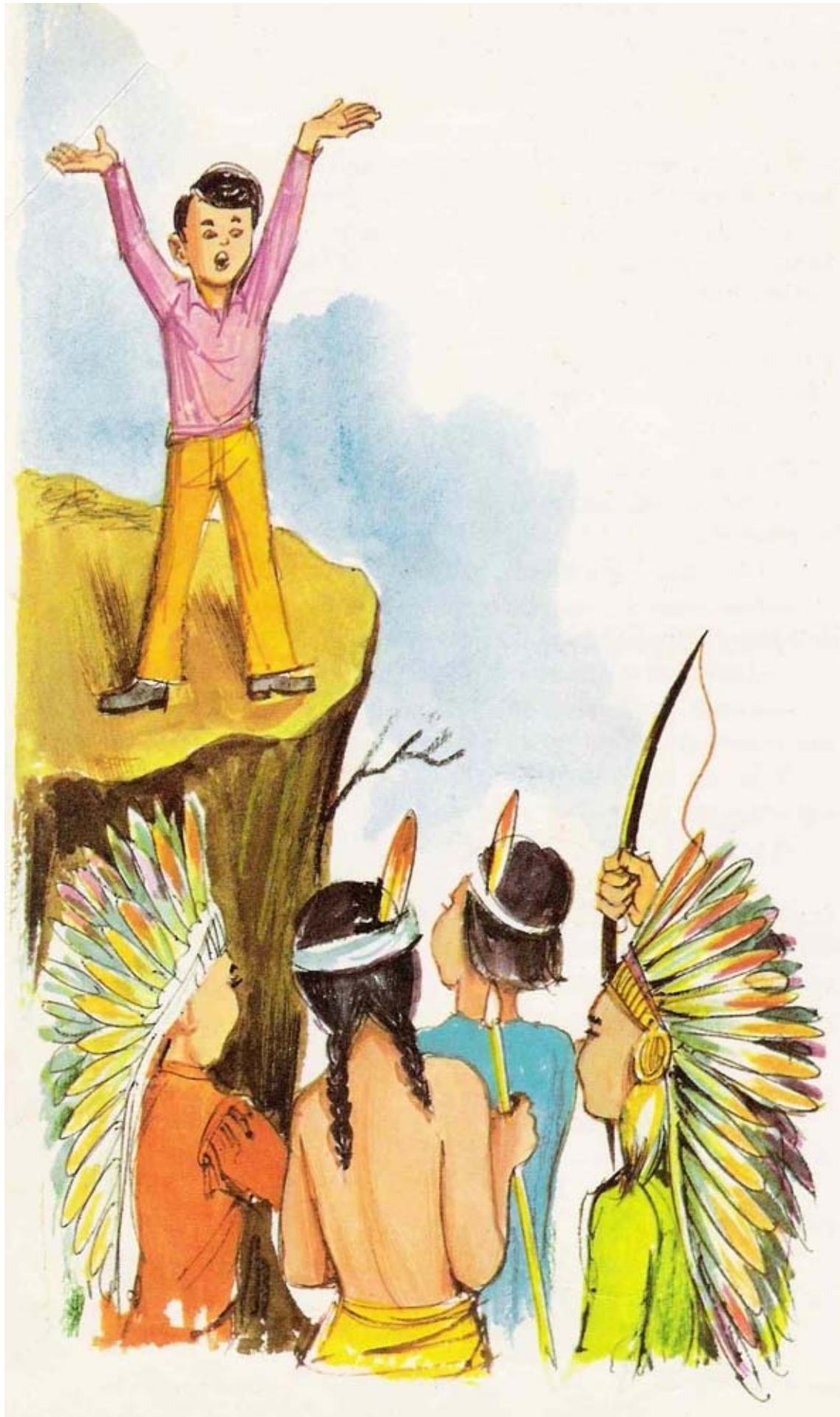
—¡Anda éste! —dijo Clemente—. ¿Y quién es el hechicero, si se puede saber?

—Pues, ¿quién va a ser? —saltó Doroteo—. El hechicero es Andrés, que para eso es el más alto de todos.

—Bueno, bueno. Está bien —dijo Andrés—. Dejadme reflexionar.

Y dándose muchos aires de importancia se subió a lo alto de un peñasco. Levantó los brazos y recitó:

—¡Jau! ¡Jau! ¡Jau! ¡Hortanchíviri! Que las moscas y moscardones que vuelan a nuestro alrededor me inspiren y pueda elegir para nuestra tribu el jefe que se merece. Guardad silencio un momento, valientes guerreros “moscones”.



Y tapándose la cara con las manos se quedó pensando, sin que nadie le molestara. Al poco rato, levantó los brazos y señalando hacia Clemente cantó con la mayor solemnidad:

Necesitamos un jefe  
que sea salvaje y valiente  
y si alguien lo merece,  
es nuestro amigo Clemente.

Inmediatamente todos los miembros de la tribu rodearon a su nuevo jefe. En medio de un infernal griterío bailaron a su alrededor la danza de guerra.

Hortanchíviri, hortanchíviri.  
Ajauja mera maquita.  
Hortanchíviri makón.  
Somos los indios salvajes  
de la tribu del Moscón.

A un gesto de Clemente se callaron todos.

—Y ahora, mis bravos guerreros, vamos al poblado de los rostros pálidos a bautizar al borriquillo de Juanito.

—Muy bien —dijo Clemente—. Mientras tanto, yo iré a buscar a Pegacoces, pero no lleguéis tarde, ¿eh?

—¡Jau! ¡Jau! —contestaron muy solemnes los feroces moscones.

## 5 BAUTIZO DE PEGACOCES

Matilde, Pili, y las demás chicas, engalanadas con sus coronas de flores, aguardaban junto al pilón de la fuente.

Pero el más impaciente de todos era Juanito. Sobre todo porque Pegacoces estaba muy inquieto, y tenía que hacer un verdadero esfuerzo para sujetarle.

El borriquillo, a pesar del precioso collar de flores que le habían colgado, no quería más que correr y brincar.

—Pero bueno, ¿esos vienen o no vienen? —protestaba Juanito.

—Tranquilízate, hombre —le decía Pili muy en su papel de madrina—. Ya no pueden tardar mucho.

Y, en efecto, casi al instante empezó a oírse de lejos el conocido himno de guerra de los indios moscones.

Hortanchíviri, hortanchíviri.  
Ajauja mera maquita.  
Hortanchíviri makón.

Muy solemnes y marciales, los feroces guerreros desfilaron ante los asistentes al bautizo.

El retraso se debía a que cada uno había procurado disfrazarse de indio lo mejor posible.

Todos llevan, además de su arco y flechas, unos hermosos ramos de flores silvestres.

Somos los indios salvajes  
de la tribu del Moscón.  
Venimos con nuestros trajes  
a empezar la gran función.

Clemente, con aire importante, se situó junto a la madrina, mientras los demás le señalaban con sus arcos.



Clemente, como es el jefe,  
se pone el mejor traje,  
que no hay en toda la tribu  
otro indio más salvaje.

Y, finalmente, cada uno se colocó frente a su correspondiente pareja.

Hortanchíviri, hortanchíviri.

Ajauja mera maquita.

Hortanchíviri, makón.

A un gesto de Clemente cesó el himno, y los feroz guerreros obsequiaron con un ramo a cada chica.

Clemente hizo el ofrecimiento en nombre de todos.

—Toma, madrina de nuestra mascota. Adórname con estas flores que te ofrecen los guerreros moscones.



Pili, al oírle, no pudo aguantar la risa.

Lo que faltaba en Valdemoscas, más moscones todavía.

Ya iba a responder Clemente, cuando Juanito, que estaba harto de tanta ceremonia, gritó:

—Bueno ¡ya está bien! ¿Lo bautizamos o no? Porque si no, lo encierro; y a otra cosa, mariposa.

—No, no —gritaron chichas y chicos—. ¡Vamos a bautizarle!

Y entre todos llevaron a Pegacoces junto a la fuente.

Clemente, muy serio, cogió un cubo, lo llenó de agua y subiéndose al pilón, gritó:

—Como jefe que soy de la tribu de los indios moscones, te bautizo. Serás nuestra mascota y te llamarás Pegacoces.

Y levantando el cubo de agua, lo derramó de golpe sobre la cabeza del borriquillo.

Y aquello fue como si hubiese estallado una bomba. Pegacoces se llevó tal susto que de un tirón se soltó de las manos de Juanito. Las chicas gritaron asustadas y todos salieron corriendo. Pero el que más brincos daba era el borriquillo. Y tantas y tantas coces dio, que Clemente perdió el equilibrio y se cayó de cabeza al pilón.

Hasta Pegacoces se quedó asombrado al verle salir chorreando agua. Luego, Clemente se enfadó porque todos se rieron a carcajadas.

Pili fue la primera en ponerse seria y siguió con la ceremonia ofreciendo al borriquillo un manojo de alfalfa.

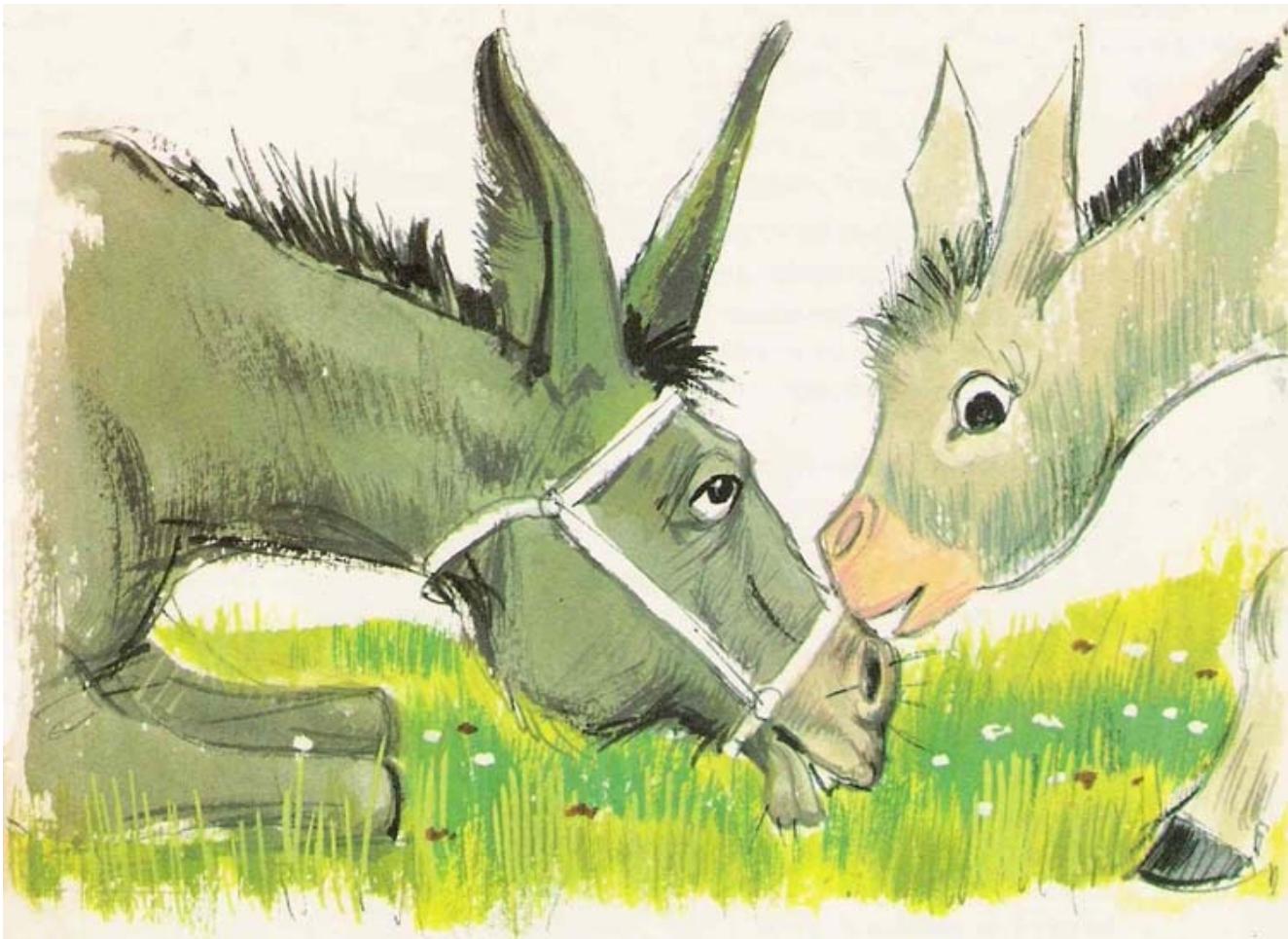
—Toma, Pegacoces, este es el primer regalo que te hacemos por ser nuestra mascota.

El borriquillo no se hizo de rogar y en un momento liquidó el manojo sin rebuznar ni siquiera un poquito.

Y fue Andrés, el hechicero de la tribu, quien terminó la ceremonia diciendo:

—¡Eh, chicos, venid! Que la señora Constanza nos ha preparado una merienda.

Y todos, hasta Pegacoces, se fueron corriendo a la casa, porque los bollos y el chocolate de la señora Constanza eran justamente célebres en toda la comarca.



## 6 MAMA LUCERA SE PONE ENFERMA

Ya desde la tarde anterior estaban muy preocupados por Lucera.

Juanito le había llevado alfalfa y algunas remolachas que habían sobrado del bautizo de Pegacoces. Pero, aunque le gustaban mucho Lucera no quiso probar nada.

Al día siguiente, cuando caminaban hacia el molino como de costumbre, Juanón iba muy preocupado. Tanto, que Juanito se dio cuenta y dejó de saltar y brincar con Pegacoces.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Por qué vas tan serio? ¿Estás enfadado?

Juanón trató de sonreír sin conseguirlo.

—No, hijo. Es que me parece que nos va a suceder una desgracia.

—¿Por qué? —preguntó Juanito muy sorprendido.

Juanón señaló hacia la borrica, que con mucho trabajo se mantenía en pie cargada con los sacos de trigo.

—Mira —dijo Juanón.

Al lado de Lucera se había colocado el borriquillo, que acercaba su hocico al de su madre como si quisiera besarla.

—¿Has visto, papá? —contestó Juanito—. ¡Mira cómo besa el borriquín a su mamá! ¿Es que pasa algo malo porque Pegacoces le dé un beso a su mamá?

El bueno de Juanón estaba muy apenado.

—No, hijo. El borriquillo está besando a su madre porque ella va llorando. Hace días que Lucera está mala. Tiene muchos años ya. Es posible que se nos muera.

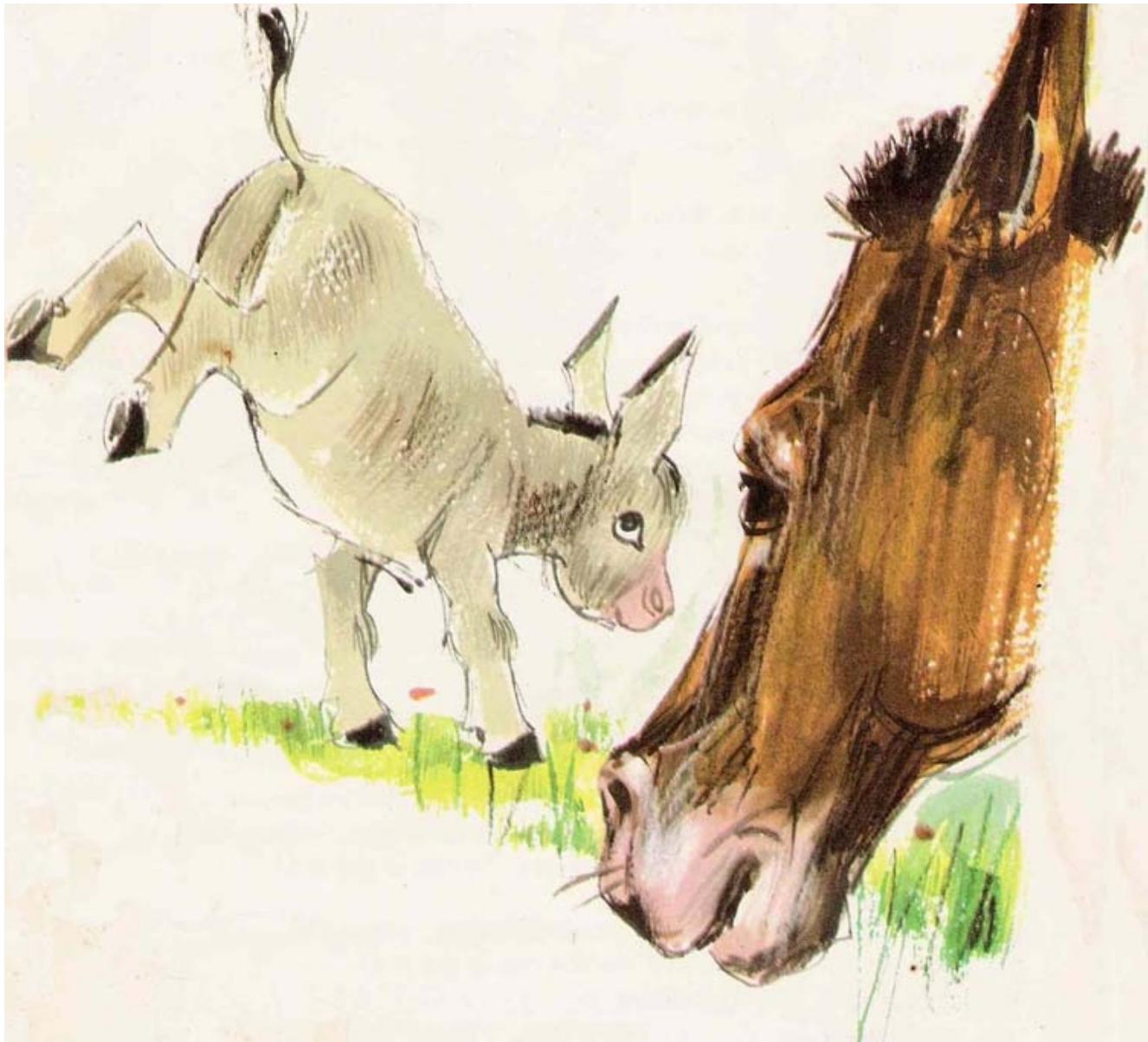
Lucera lanzó un débil rebuzno que era más bien un quejido. El borriquillo comenzó a lamer la cara de su madre, secándole las lágrimas que brotaban de sus ojos. Porque la pobre Lucera estaba llorando.

Juanón, sin decir nada, comenzó a descargar los sacos de trigo que llevaba el animal encima.

Juanito le miró extrañado.

—¿Qué haces, papá?

—Este animal —respondió su padre— no puede seguir con la carga. Está muy enfermo.



## 7 LUCERA SE MUERE

Lucera, al sentirse libre de su carga, miró agradecida a Juanón. Luego se tumbó en el borde del camino y lanzó un ronco rebuzno.

Al ver así a su madre, Pegacoces se puso a dar muchos saltos y a rebuznar, como si chillara.

Juanito le miró divertido.

—¡Fíjate, papá! ¡Mira cómo juega Pegacoces con su mamá!

—No está jugando, Juanito —dijo su padre—. Si da esos saltos y rebuzna así, es porque ésa es su forma de llorar.

Juanito no salía de su asombro.

—¿Y por qué tiene que llorar Pegacoces?

—Porque Lucera, su madre, se está muriendo. Cuando tu mamá se murió, tú también lloraste mucho.

Juanito se acercó a la borrica, que estaba tumbada en el suelo y, con mucha pena, le acarició cariñosamente\*

—¡Lucera! ¡Pobrecita, Lucera! No te preocupes por Pega-coces, que yo le voy a querer mucho.

Lucera lanzó un extraño rebuzno como si quisiera decir algo a Juanito y al borriquillo. Luego se quedó quieta, muy quieta.

Y era cierto que les había hablado. La pobre Lucera les dijo adiós al sentirse morir. El borriquillo chiquitín se había quedado sin madre.

Juanón, que estaba inclinado junto a la borrica tratando de ayudarla, se puso en pie.

—Escucha, Juanito. Yo voy al molino a buscar un carro. Tú espérame aquí y no te vayas, ¿entendido?

—Sí, papá —contestó muy triste.

Luego, Juanito, al oír los gemidos de Pegacoces, acarició a su borriquillo, llorando él también.

—¡Pobrecito, Pegacoces! ¡Tú tampoco tienes mamá!





## 8 LOS “INDIOS MOSCONES”

Estaba avanzada la mañana cuando los feroces “indios moscones” se ocultaron tras un grupo de árboles cerca del camino.

Clemente, Doroteo, Andrés, Pedro y Santiago, habían pasado un buen rato “arrancando cabelleras” y ahora descansaban a la sombra.

Pero el jefe de la tribu no era capaz de aguantar mucho tiempo quieto en ningún sitio.

—¡Valientes guerreros “moscones”! —gritó Clemente—. Estos lugares están infestados de feroces enemigos que ahora se esconden con el calor. Nuestro hechicero sabe dónde se ocultan. Que nos lo diga.

—¡Sí, sí! ¡Que nos lo diga! ¡Queremos saberlo! —contestaron los demás.

Andrés, el hechicero, se levantó muy serio y tendiendo el brazo, señaló hacia el bosque y dijo:

—Entre las ramas de esos árboles se encuentran nuestros enemigos. ¿Veis todos esos pájaros? Pues no son las aves inocentes que parecen. Son nuestros enemigos que se han disfrazado así para luchar contra los “indios moscones”. ¡Guerra contra ellos!

—¡Guerra! ¡Guerra! —gritaron todos.

Clemente agitó el arco y las flechas por encima de su cabeza.

—Para que el espíritu guerrero se encienda en nuestro interior, entonemos el himno de guerra y que tiemblen nuestros enemigos.

Y todos se pusieron a cantar:

Hortanchíviri, hortanchíviri.

Ajauja mera maquita.

Hortanchíviri makón.

Somos los indios salvajes

de la tribu del Moscón.

Después de cantar, acordaron explorar el bosque, pero antes tenían que buscar a Juanito para que fuera con ellos y llevara la mascota de la tribu. Con Pegacoces eran capaces de vencer a cualquier enemigo.

Santiago, que se había subido a un árbol, miraba en todas direcciones. De pronto dio un grito.

—¡Atención, bravos guerreros! Allí lejos, sentado al borde del camino y junto a Pegacoces, se encuentra nuestro hermano el guerrero Juanito. Parece estar preocupado. A lo mejor necesita nuestra ayuda.

—Seguro que sí —dijo Clemente poniéndose en pie—. Vamos allá. Puede ser que nuestros enemigos le estén atacando.

Como un solo hombre, se pusieron todos de pie y echaron a correr por el camino para ayudar a su amigo.

## 9 EL PAJARO AZUL

Desde lejos ninguno había visto que junto a Juanito y Pegacoces, cerca de los sacos de trigo, estaba el cuerpo de Lucera.

Por eso, al ver el triste cuadro, los fieros “moscones” se convirtieron en un grupo de chicos asombrados.

—¡Anda! ¿Qué ha pasado aquí?

—Ya lo veis. ¡Qué se ha muerto Lucera! —contestó Juanito muy triste, sin dejar de acariciar a Pegacoces.

Clemente, como era un poco bruto, quiso hacerse el gracioso.

—¿Y por eso lloras? ¡Veamos, chico, no seas tonto! ¡Mira que llorar por una borrica!

Juanito le preguntó, indignado:

—¿Pero es que no tienes corazón? Mira cómo llora Pegacoces. A pesar de ser un animal, tiene más sentimientos que tú.

Efectivamente, el borriquillo no hacía más que lanzar unos rebuznos muy tristes, como si llorara.

Al verle tan enfadado, Clemente se disculpó.

—Bueno, hombre, no te pongas así. Es una broma.

Doroteo intervino tratando de animar a su amigo:

—Oye una cosa, Juanito. ¿Vas a venir mañana con nosotros a cazar pájaros? Son los enemigos de nuestra tribu.

Juanito les miró asombrado.

—¿Matar pájaros? —exclamó—. ¿A quién se le ha ocurrido esa salvajada?

—¿Es que no sabes que son nuestros enemigos que se han disfrazado de pájaros?

—¡No me importa! —protestó Juanito—. Es una barbaridad y nosotros no podemos hacer eso.

—¿Que no podemos? —contestó Clemente, que tenía un tirachinas en la mano—. ¡Ahora verás!

Y cogiendo una piedra la puso en el tirador. Tensó las gomas y apuntando a un pajarillo de alas azules, que en aquel momento volaba sobre ellos, disparó.

El pobre pajarillo cayó muerto en el acto. Todo ocurrió tan rápido, que nadie tuvo tiempo de impedirlo.

Juanito fue hacia Clemente muy enfadado intentando pegarle.

—¡Eres un salvaje y un criminal!

Clemente trató de hacerle frente, pero el borriquillo, al ver la pelea, corrió a ayudar a su amo dando brincos y pegando coces.

Los chicos se apartaron asustados, sin atreverse a intervenir, viendo las cosas que



hacía Pegacoces.

Al fin pudieron separarlos y cogiendo a Clemente de la mano le apartaron de allí.

—¡Vámonos, jefe!

—Y no te olvides, Juanito —le gritaron al marcharse—. Siquieres, mañana puedes venir con nosotros.

Pero Juanito no les oía. Tenía en sus manos al pájaro muerto y lo miraba muy apenado. Parecía que estaba dormido. Pegacoces, sin embargo, al oír a los niños, estiró las orejas como si comprendiera lo que se proponían hacer.

—¡Pobre! —exclamó Juanito besando cariñosamente al infortunado animal—. ¡Seguramente

que tus hijitos morirán de hambre por culpa de ese salvaje!

Pero lo que Juanito ignoraba era que Clemente estaba arrepentido de haber matado a un pájaro inocente y además se había enfadado con su mejor amigo, y pensaba en pedirle perdón.

Poco después llegaron Juanón y otro hombre con un carro, en el que cargaron los sacos de trigo. Cavaron un hoyo muy grande y en él enterraron a Lucera. Junto a ella, Juanito puso al pajarillo de alas azules.



## 10 PICO DE PLATA

Mientras tanto, en el interior del bosque, una linda pajarita esperaba impacientemente. Como tenía un precioso piquito de color blanco, todos los pájaros la llamaban Pico de Plata.

Aquella tarde Pico de Plata no cantaba. Estaba preocupada. Una y otra vez movía su cabeza en todas direcciones esperando la llegada de su marido, el pájaro de alas azules.

Pico de Plata no se podía mover del nido. Tenía que calentar con su cuerpo a sus hijos, unos pajarillos recién nacidos que no podían volar. Si ella se iba, morirían de frío.

Por eso, mientras ella les protegía con su calor, el Pájaro Azul iba en busca de comida para todos.



Y estaba triste por la tardanza de su compañero. Todos los días, un hombre que llevaba trigo al molino, dejaba caer unos granos al suelo para que los pájaros comieran. Ese hombre no era otro que Juanón.

Pero ya estaba oscureciendo y el Pájaro Azul no llegaba con la comida. ¿Es que no había pasado aún el hombre del molino?

La llegada de algunos pájaros vecinos alegró un poco a Pico de Plata. Pero aquella alegría iba a durar muy poco.

Algunos pájaros traían en su pico un grano de trigo. Otros llevaban una mosca o algún insecto igual de sabroso.

A todos les preguntó por el Pájaro Azul, pero ninguno supo decir nada, hasta que un ruiseñor se decidió a hablar.

—Toma, Pico de Plata —le dijo—. Esta comida es para ti y para tus hijos. Cuando se acabe te traeremos más.

—¿Por qué me dais comida? —preguntó Pico de Plata sorprendida.

—Porque tu compañero ya no la puede traer —dijo un tordo.

—¿Por qué? —preguntó la pajarita angustiada, pensando que al Pájaro Azul le había ocurrido alguna desgracia.

El tordo guardó silencio. Al fin, el pájaro carpintero agitó sus plumas marrones y dijo:

—Porque uno de esos chicos le ha matado con su tira-chinas.

La pobre pajarita rompió a llorar con inconsuelo.

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser ahora de mis hijos y de mí?

—No te preocupes —respondió la abubilla meneando su cresta de bonitas plumas

—Todos te ayudaremos hasta que tus hijos sean mayores y puedan volar.

—Gracias, muchas gracias —repetía Pico de Plata.

Uno a uno, los pájaros dejaron en el nido la comida que traían, mientras Pico de Plata la repartía entre sus hijos, que piaban hambrientos. Al poco rato, los pajarillos se quedaron dormidos al suave calor de su madre, que lloraba en silencio para no despertarles.

# **11 LOS “INDIOS MOSCONES” ENTIERRAN EL HACHA DE GUERRA**

Cuando las chicas se enteraron de la barrabasada de Clemente y su pelea con Juanito, se enfadaron mucho.

—Deberíamos no hablarte ninguno —dijo Pili—. No mereces tener amigos.

Clemente estaba muy conmovido y acongojado.

—Tenéis toda la razón —contestó—, y os aseguro que estoy arrepentido. Cuando venga Juanito le pediré perdón.

Después de una pausa, durante la que dudó seguir hablando, prosiguió:

—Y si vosotros creéis que no merezco vuestra amistad...

Y Clemente comenzó a llorar, apenado.

—¡Será tonto este chico! —dijo Pili—. ¡Pues no está llorando!

Vamos, Clemente, que eso de no hablarte ninguno ha sido una broma. Sabes que te queremos, y para que veas que es verdad, en nombre de todos, ten.

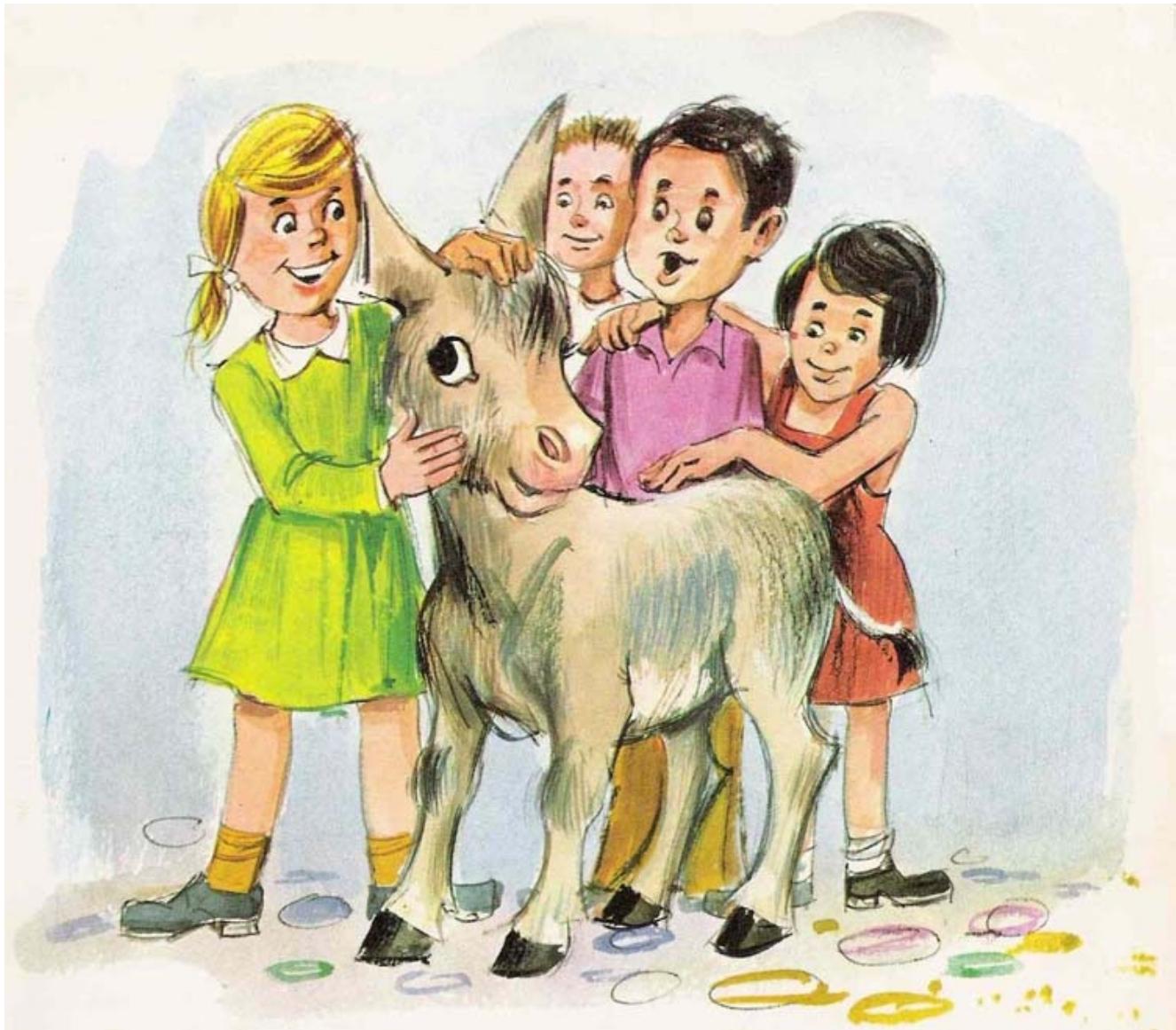
Pili se acercó a Clemente y le dio un beso.

Los niños y las niñas aplaudieron muy emocionados.

—¡Viva nuestro gran jefe! —gritó Andrés.

—¡Viva! —respondieron los demás.

—¡Viva nuestra jefa! Desde ahora propongo que Pili sea la jefa de nuestra tribu —dijo Santiago.



Pero Clemente estaba intranquilo e impaciente porque llegara su amigo para pedirle perdón. De pronto, señalando hacia el camino, gritó:

—¡Mirad, allí viene Juanito!

Efectivamente. Por el camino avanzaba hacia el pueblo un carro que guiaba Juanón. Juanito y Pegacoces iban tras él, muy despacio.

Los niños corrieron a recibirles. Juanito y Pegacoces se detuvieron al verles.

Al instante todos empezaron a acariciar al borriquillo.

Clemente quedó un poco separado. Miraba a Juanito y no se atrevía a acercarse a hablarle. Al fin, se decidió.

—¡Juanito!

Juanito le miró, extrañándose de la seriedad de su amigo.

—¿Qué quieres? ¿Por qué estás tan serio?

—¿Me perdonas lo de esta tarde? Ya sé que me he portado como un salvaje matando a ese pajarillo, y como un mal amigo queriéndome pegar contigo.

—¡No te acuerdes ya de eso, hombre! —dijo Juanito acercándose a su amigo y

tomándole del brazo—. Siempre hemos sido buenos amigos y no debemos dejar de serlo nunca.

Así, hablando, llegaron al pueblo. Pegacoces, que tenía mucha sed, se dirigió hacia el pilón a beber agua.

Los demás se fueron sentando cerca de la fuente. Todos menos Pili, que les miraba enfadada.

Clemente, al verla tan seria, preguntó extrañado:

—Tú, que eres la princesa encantada...

—¡Déjame en paz de princesas! No tengo tan malas ideas como vosotros.

—¿Nosotros?

—¡Sí, vosotros! Mañana pensáis ir al prado a cazar pájaros y a coger nidos, y, os digo lo mismo que Juanito, eso es una salvajada.

Andrés se puso ante ella y, con ademanes exagerados, como los auténticos hechiceros de las tribus indias, dijo:

—¡Jau! ¡Jau! Yo, como hechicero de la tribu del Moscón, te prometo, ¡oh princesa encantada!, que no se hará la guerra-a los pájaros. Mañana iremos a enterrar el hacha de guerra y haremos la paz con ellos.

Y acordaron ir al prado, al día siguiente por la mañana, llevando los bolsillos llenos de trigo y migas de pan para los pájaros.

Los feroces “indios moscones” marcharían de ahora en adelante por el sendero de la paz.

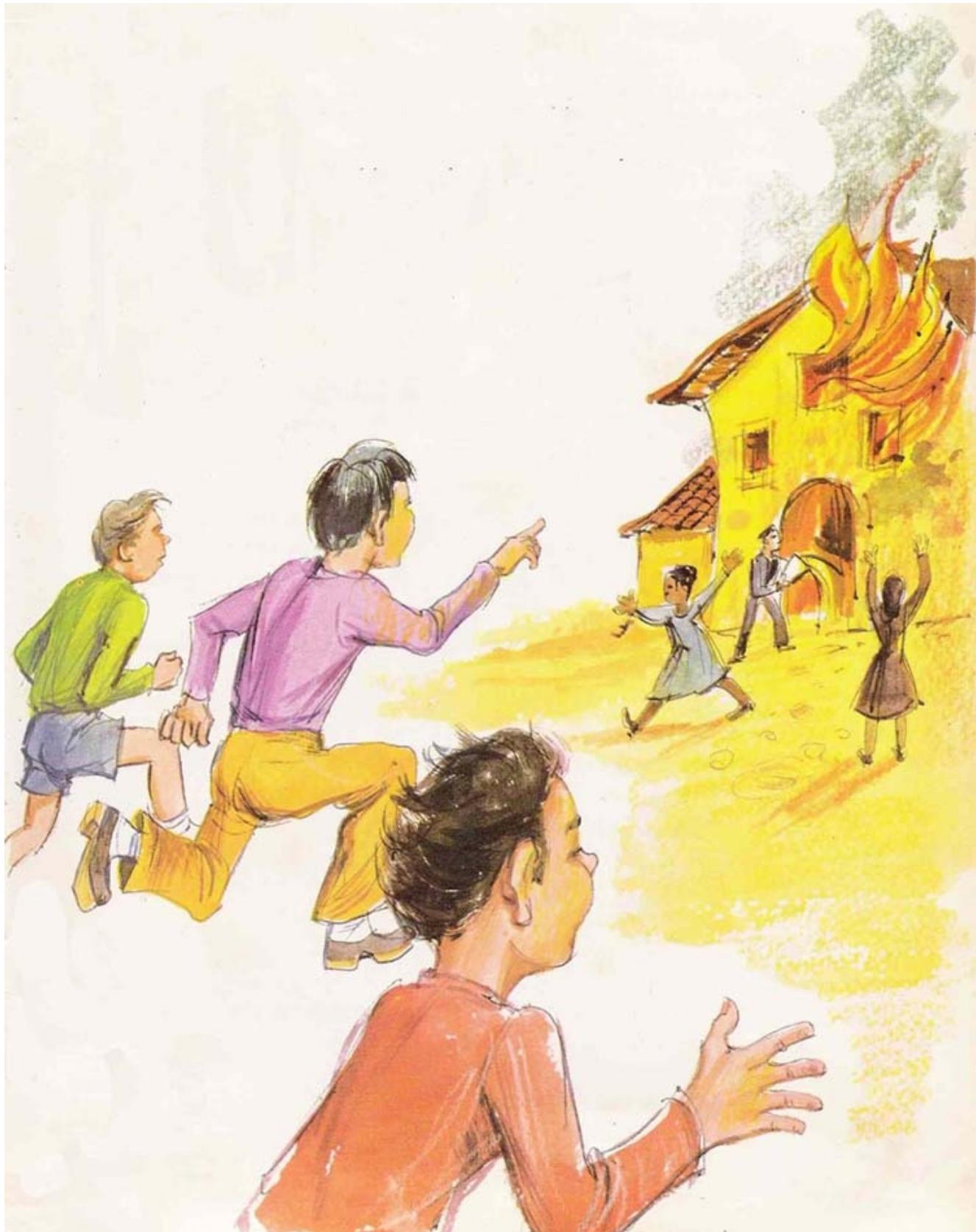
## **12 ¡FUEGO! ¡FUEGO!**

Todavía estaban hablando de enterrar el hacha de guerra, cuando oyeron gritar a la gente, en el centro del pueblo.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Sí. Había fuego. La casa de Juanón estaba ardiendo. Juanito y sus amigos, al verlo, salieron corriendo.

Ninguno sabía cómo había empezado, y menos que nadie Juanón, que aún seguía en el molino.



Una nube de humo negro envolvía la casa. De donde más llamas y humo salían era del establo.

Todos los vecinos, hombres y mujeres, puestos en fila, habían formado una cadena humana desde la fuente hasta la casa incendiada. Con gran rapidez se pasaban de mano en mano los cubos que llenaban de agua en el pilón de la fuente y arrojaban

sobre las llamas.

Un fuerte mugido se dejó oír entre las llamas. Era la pobre vaca que, amarrada en el pesebre, no podía soltarse y huir de la quema.

En este momento, y sin que nadie pudiera impedirlo, Juanito se precipitó en el interior del establo, donde ya las llamas habían prendido las maderas y la paja del establo. Apenas se podía ver nada en medio de la humareda.

La vaca mugía sin cesar. Hacia ella fue Juanito. La desató y el animal salió del establo como un torbellino.

Juanito, cegado por el humo, no acertaba a encontrar la puerta. Tropezó y cayó sobre un montón de paja ardiendo.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Salvadme, que me quemo! —gritó angustiosamente.

Al escuchar los gritos de Juanito, Pegacoces estiró sus orejas y, de pronto, dando un salto, ante el asombro de todos, corrió hacia el establo. Nadie más se atrevió a entrar en la cuadra.

Los niños, asustados, miraban hacia la puerta del establo. ¿Se salvarían sus amigos de morir entre las llamas?

De pronto quedaron estupefactos al ver salir de la cuadra al valiente animal que sostenía en la boca a su amo medio muerto y con los vestidos ardiendo. Pegacoces, a todo correr, fue al pilón de la fuente y arrojó al niño en el agua.

Así le libró de morir abrasado.

Inmediatamente unos hombres le sacaron desvanecido, mientras una señora le arropó con mantas y lo llevó a su casa.

Los demás, poco a poco, siguieron echando cubos de agua hasta que lograron apagar el fuego.

## 13 EL VALOR DE PEGACOCES



Afortunadamente, las quemaduras de Juanito no tenían ninguna gravedad. El médico le recomendó unos días de descanso, y poco después volvería a reunirse, como si no hubiera pasado nada, con sus compañeros.

Pero con todo esto y con el trabajo de arreglar los desperfectos de la casa quemada, nadie volvió a ocuparse del heroico Pegacoces.

Fue el médico, precisamente, quien, al salir de una casa vecina, vio al animalito

ante el abrevadero de la fuente.

El pobre Pegacoces tenía el hociquito metido en el agua. Con su frescura trataba de aliviar el dolor de las quemaduras que se hizo al salvar a Juanito.

El doctor le puso una pomada en el hocico y poco a poco se le fue pasando el dolor.

Por fortuna, las quemaduras eran muy leves y se curaría muy pronto.

Juanito, cuando recobró el conocimiento, lo primero que hizo fue preguntar por su borriquillo.

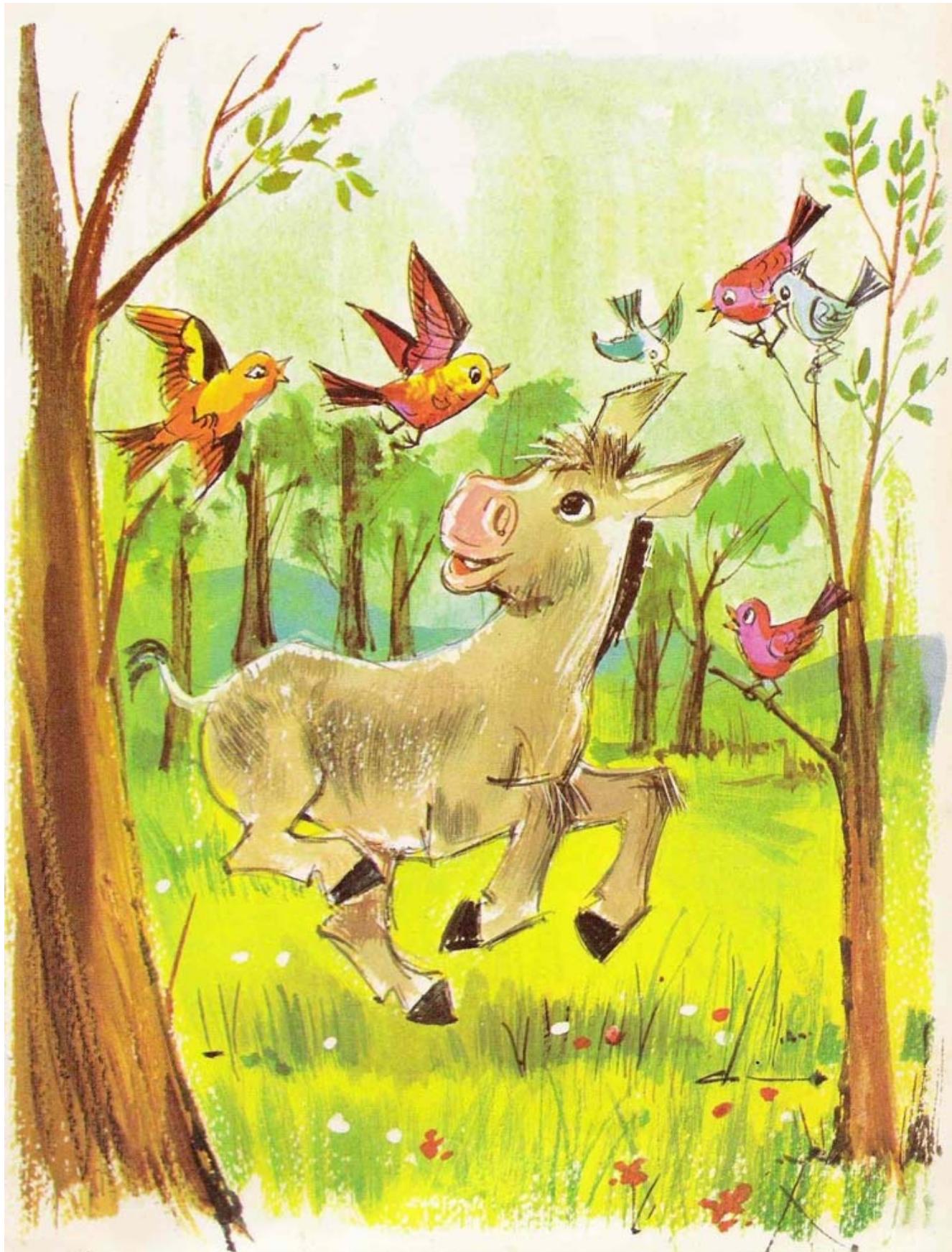
—¿Y Pegacoces? ¿Qué ha sido de mi burrito? ¿Le ha pasado algo?

—No te preocupes, que el burrito está bien. Sólo tiene unas pequeñas quemaduras sin importancia.

—Quiero verle.

Y tanto insistió que lo llevaron a su habitación para que lo viera. Juanito abrazó a Pegacoces que se recostó en la cama del niño y así, abrazados, se quedaron profundamente dormidos.

## 14 CENTINELA DEL BOSQUE



Al día siguiente, en la tranquila mañana del domingo, un coro de voces infantiles despertó a Pegacoces.

Pegacoces se asomó por el ventanuco de la cuadra y vio a los chicos preparados para ir al bosque.

El borriquillo pensó que la expedición era de caza.

Rápido como una centella, Pegacoces salió de la cuadra, que en aquel momento estaba abierta, y fue en dirección al bosque por un atajo.

Corriendo sin cesar, entró en el bosquecillo antes que los niños y comenzó a rebuznar con todas sus fuerzas, llamando a los pájaros.

Al escuchar los desesperados rebuznos de Pegacoces, los pájaros volaron hacia él.

—¿Por qué nos llamas así, borriquito amigo? ¿Te ocurre algo? ¿Necesitas nuestra ayuda?

—No. Sois vosotros los que estáis en peligro —respondió Pegacoces—. Tenéis que huir enseguida. Los chicos de Valdemoscas vienen hacia aquí.

—¡Es verdad! —exclamó uno de los pájaros que estaba en la copa del pino más alto—. Están a punto de llegar. ¡Huyamos!

Muchos pájaros, asustados, comenzaron a volar en todas direcciones. Otros, los más valientes, con el fin de distraer a los chicos, fueron hacia ellos volando sobre sus cabezas.

Mientras tanto, Pegacoces seguía rebuznando.

Los chicos, al oírle, se acercaron. Uno le tiraba de la oreja, otro del rabo... El borriquillo, enfadado, se defendía dando coces y corriendo detrás de los chicos hasta que consiguió alejarlos.

Cuando se quedó solo, se puso tranquilamente a comer la hierba del campo, muy contento, porque creía que con su aviso había salvado la vida de muchos pájaros.

Mientras tanto, los feroces “moscones” derramaban en el suelo, cerca de los árboles, los granos de trigo y las migas de pan que llevaban en los bolsillos.

Pegacoces se quedó asombrado.



## 15 NUBE BLANCA, NUBE GRANDE Y NUBARRÓN NEGRO

Todo parecía haber quedado tranquilo en Valdemoscas, pero no era así porque un gran peligro amenazaba a sus habitantes.

Los pájaros que huyeron, cansados de tanto volar, se posaron en una nube que flotaba allá arriba, muy cerca del cielo.

Se llamaba Nube Blanca y era muy amiga de los pajarillos.

Por eso, al oír cómo piaban sin consuelo, Nube Blanca preguntó qué les pasaba. La pajarita Pico de Plata se lo explicó. Lloraban porque tenían miedo de los chicos. Creían que iban al bosque para matarlos y destruir sus nidos.

Entonces, Nube Blanca y los pájaros fueron volando por el cielo hasta llegar donde se encontraban sus padres: Nube Grande, su mamá, y el temible Nubarrón Negro, su papá.

Nube Blanca se lo contó todo y mientras la oían, sus papas miraron hacia abajo y vieron cómo los pájaros volaban en todas direcciones, asustados.

Observaron también cómo los chicos caminaban por el bosque y creyeron que iban a destruir los nidos.

Pero, de repente, todo cambió, porque los chicos ni perseguían a los pájaros ni

tocaban sus nidos.

Con un suspiro de alegría vieron cómo los chicos se acercaban y acariciaban cariñosamente a Pegacoces. La pajarita Pico de Plata, que le quería mucho, se puso muy contenta al verle jugando tan feliz.

Sin embargo, Nubarrón Negro, que era uno de esos nubarrones malos y rencorosos que destruyen con sus rayos y con su granizo las cosechas del campo, gritó muy enfadado:

—¡Lo que han hecho esos chicos de Valdemoscas merece un castigo! ¡Tenemos que hacer un escarmiento ejemplar!

—¡No! —dijo mamá Nube Grande, que era muy buena—. ¿No ves cómo se han arrepentido? ¿No ves cómo han traído comida para los pajaritos?

—¡Tú te callas! —volvió a gritar Nubarrón Negro, que era muy malo—. ¡Aquí se hace lo que yo mando y nada más!

Nube Grande y Nubecita Blanca, como le tenían mucho miedo, no se atrevieron a contestar.

—Lo que pienso hacer va a ser terrible —seguía chillando Nubarrón Negro. Los que se salven se acordarán de mí toda su vida.

Y lanzando grandes carcajadas continuó diciendo:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Con las ganas que tenía yo de soltar una tormenta sobre ese pueblo! Porque allí me dispararon una vez un cohete que casi me parte en mil pedazos.

## **16 EL MALVADO NUBARRÓN NEGRO**

A pesar de los ruegos de mamá Nube Grande y Nubecita Blanca, papá Nubarrón Negro no hizo caso y comenzó a dar órdenes para realizar su injusto castigo.

Lejos de Valdemoscas, en la sierra, estaba el Gran Lago. Allí nacía el río que regaba el valle.

Y en las montañas próximas al pueblo, se había construido un embalse que recogía el agua.

El agua embalsada sobrante salía poco a poco por unas compuertas como una cascada.

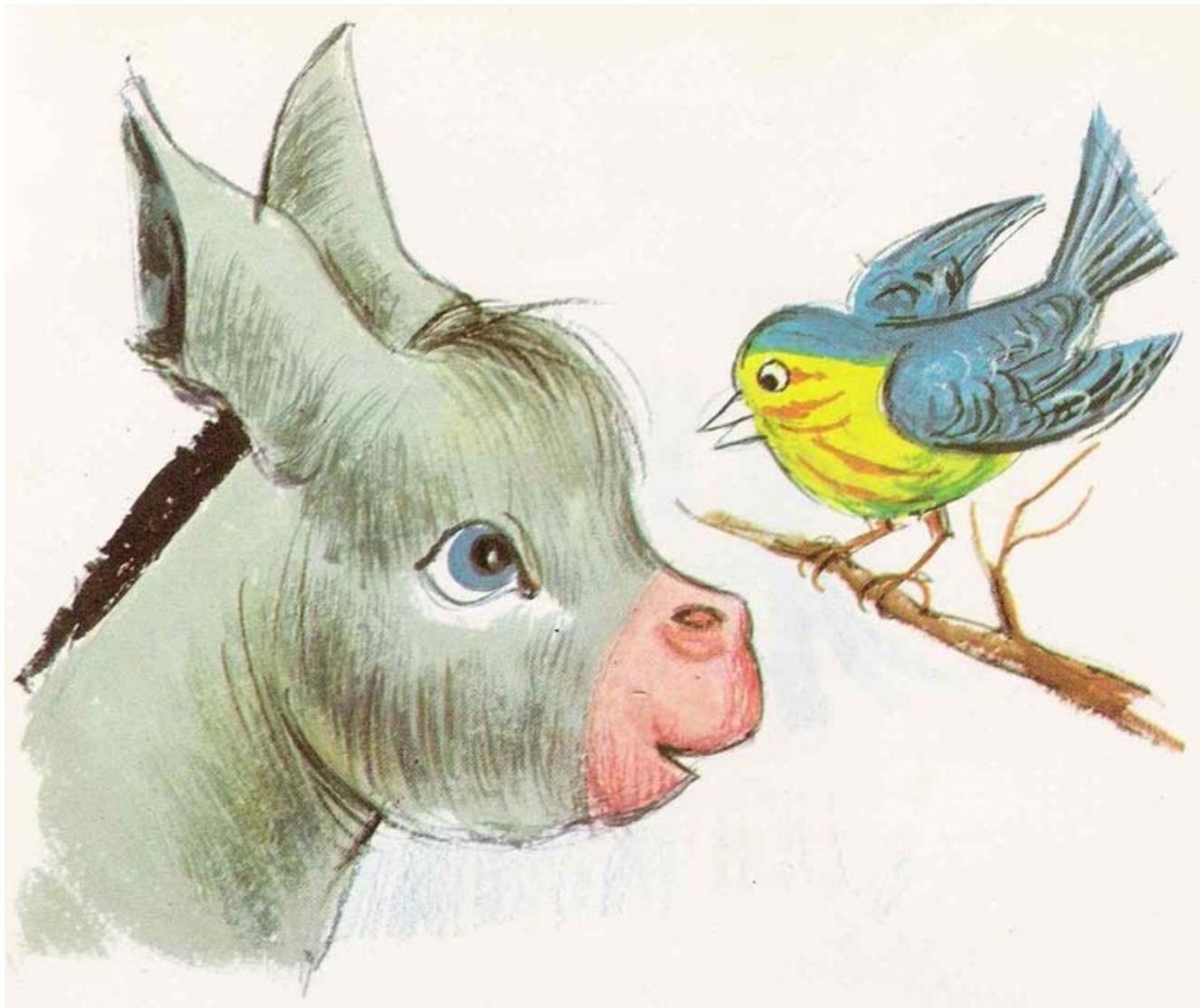
Luego, el agua, seguía tranquilamente el curso del río y servía para regar las huertas del valle.

Y allí precisamente, en el embalse, era donde el malvado Nubarrón Negro quería descargar toda su fuerza.

Porque si el embalse llegara a romperse, en el pueblo se produciría una verdadera catástrofe.

—Tú irás hasta el Gran Lago y te llenarás bien de agua —ordenó Nubarrón Negro a mamá Nube Grande—. Yo iré a la cueva donde tengo guardados los truenos y los rayos y elegiré los mayores que encuentre. Además me llenaré de granizo bien gordo para arrojarlo sobre el embalse.

Mamá Nube Grande pidió a su esposo que perdonara al pueblecito. Pero papá Nubarrón Negro estaba demasiado enfadado para dejarse conmover.



—Lánzate todos los rayos sobre las montañas para que las rocas se desprendan y caigan sobre el embalse. Tú soltarás toda la lluvia que lleves dentro hasta que el agua se desborde por encima de las compuertas. Entonces, los muros se romperán y el agua caerá como una catarata hasta inundar el valle.

Nubecita Blanca intentaba también calmar a su papá.

—¿No ves, papaíto —decía—, que al inundar el valle también se morirán los pajaritos que están en los nidos y no saben volar?

—¡No importa! —rugía Nubarrón Negro—. Los pájaros que busquen otro sitio donde hacer nuevos nidos.

Pico de Plata y los demás pájaros que estaban posados sobre Nube Blanca, se asustaron mucho al ver lo malo que era Nubarrón Negro.

—¡Andando! ¡Vamos a comenzar! —ordenó Nubarrón Negro.

Mamá Nube Grande, con gran sentimiento, se marchó al Gran Lago a llenarse de agua.

Nubarrón Negro se fue hacia su cueva secreta a recoger el granizo y los rayos y truenos que tenía guardados.

Y Nube Blanca comenzó a alejarse hacia el otro lado del valle llevando a todos los asustados pajaritos sobre ella.

Pero la pajarita Pico de Plata no quería abandonar a su amigo Pegacoces y tenía que avisarle de lo que iba a pasar.

Por eso voló hacia el pueblo y le contó al borriquillo todo lo que había oído.

Primero avisaría a Juanito y después, la pajarita volvería al bosque para encontrar su nido.

Pico de Plata había decidido quedarse en el bosque y cuidar de todos los pajarillos abandonados.

Si las aguas rompían el embalse, inundaban el valle y ahogaban a los pájaros, Pico de Plata prefería morir con todos ellos.

## 17 LA GRAN TORMENTA



Hacía mucho calor aquella tarde.

Unos vecinos de Valdemoscas que regresaban al pueblo, vieron el Nubarrón Negro. Un enorme nubarrón que oscurecía el sol.

—¡Vaya nubarrón! —dijo uno—. Donde descargue hará un daño espantoso.

Pues parece que no va a ser muy lejos de aquí —respondió el otro—. Ya ves, está a punto de reventar. Fíjate en lo negro que es y lo despacio que va.

Aún estaban hablando cuando surgió un relámpago, seguido de un trueno, que retumbó en el campo como si hubiesen estallado mil bombas a la vez.

Mucho miedo daba ver aquello. Hasta Pegacoces se asustó.

El tenía que salvar a sus amigos. Por eso lo primero que hizo fue avisar en la casa de Juanón.

Sus rebuznos sorprendieron a Juanito que, debido a las quemaduras, no podía levantarse todavía.

Detrás del borriquillo entró la pajarita Pico de Plata que piaba desesperadamente.

Los truenos seguían retumbando y los rayos pulverizaban las montañas que rodeaban el embalse.

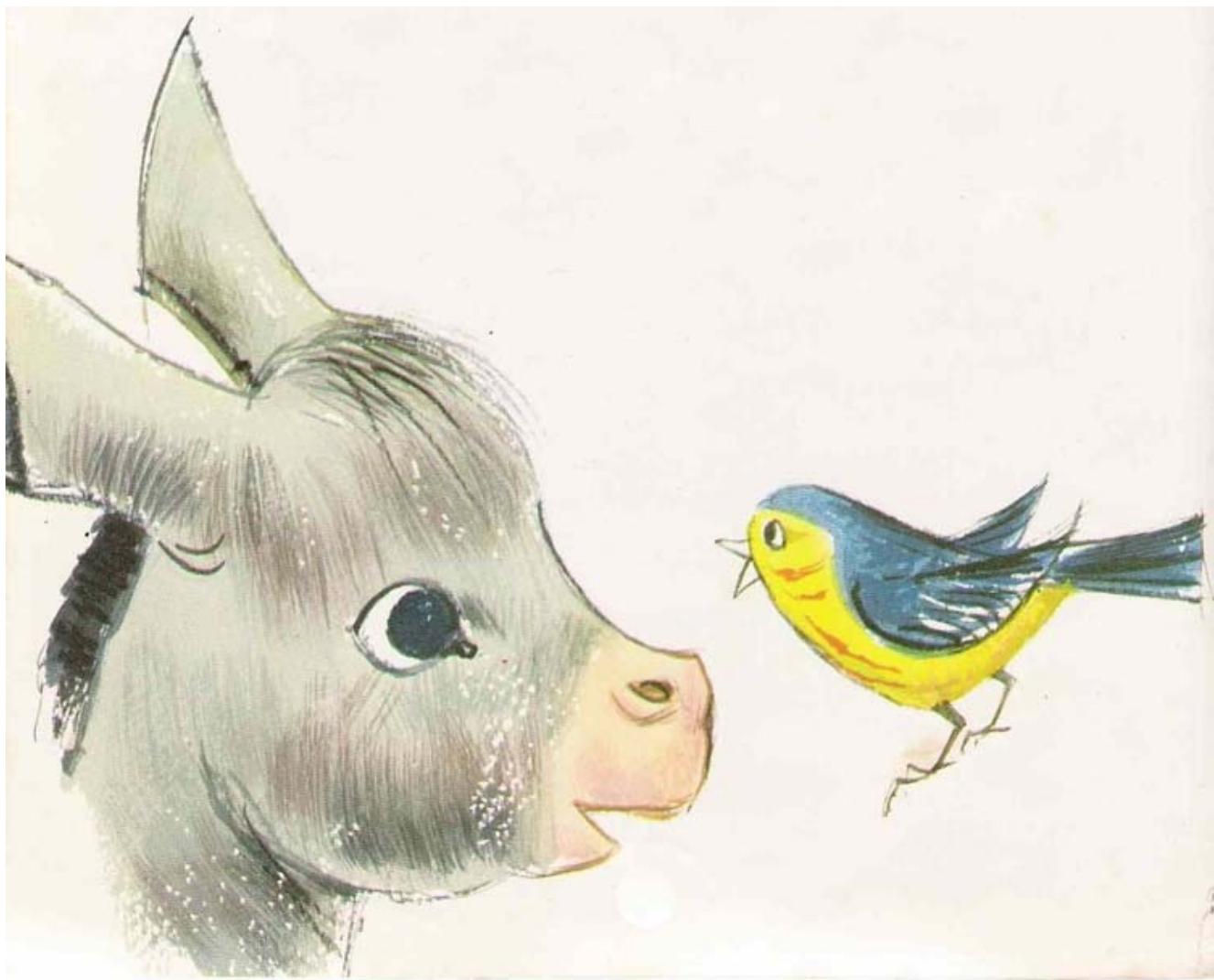
Nube Grande llegó completamente llena de agua y la empezó a soltar sobre el

embalse. Y así, entre la lluvia torrencial y las grandes rocas que los rayos desprendían de las montañas, el agua comenzó a subir y a subir. Un poco más y las paredes del embalse estarían a punto de reventar.

Había comenzado la más espantosa tormenta.

Los vecinos del pueblo estaban asustados.

Nubarrón Negro lanzaba sus rayos sobre las montañas que rodeaban el embalse. Y grandes piedras rodaban cuesta abajo hasta hundirse en el agua.



El río que atravesaba el valle se puso a crecer hasta que se desbordó. Poco a poco el agua fue inundando las huertas hasta llegar a la entrada del pueblo.

Pegacoces y Pico de Plata intentaban hacerse comprender por Juanón y por Juanito.

Con sus rebuznos y su intenso piar, querían decirles que salieran de casa y se subiesen a una carreta llena de paja que había en el corral.

Desesperado, al ver que no le entendían, Pegacoces cogió con los dientes a Juanón por la camisa y tiró de él hacia fuera.

Pico de Plata hacía lo mismo con Juanito, cogiéndole del pelo con su piquito.

—Estos animalitos nos están diciendo algo, papá —explicaba Juanito.

Juanón comprendió la extraña conducta de Pegacoces y de Pico de Plata.

—Nos están avisando —dijo— de algo muy grave y quieren que nos pongamos a salvo.

—¿A dónde vamos a ir? —preguntó Juanito asustado.

Pico de Plata comenzó a revolotear una y otra vez desde la habitación a la puerta de la calle.

—El pajarito quiere decir que le sigamos —dijo Juanito.

Pegacoces, para explicar que eso era lo que él también quería decir, comenzó a rebuznar y a dar saltos.

Juanón tomó a su hijo en brazos, lo envolvió en una manta y salió con él al corral.

Pico de Plata, sin dejar de piar, se posó en lo alto de los fardos de paja que había sobre una carreta.

—Quiere que subamos ahí arriba, papá —dijo Juanito.

Y así lo hicieron. Juanón dejó a su hijo en lo alto de la paja y bajó para ir a buscar a Pegacoces y hacerle subir a la carreta.

Pico de Plata, al ver a salvo a sus amigos, voló hacia el bosque para avisar a los pájaros.

## **18 TRUENOS Y RELÁMPAGOS**

La situación estaba empeorando. Los vecinos miraban hacia las montañas muy asustados.

¿Qué iba a suceder si el embalse no resistía? Si la tormenta continuaba sería el fin de Valdemoscas. Las rocas podían romper los muros y el agua caería sobre el pueblo como una catarata, arrasándolo todo.

Y el fatídico Nubarrón Negro se acercaba de nuevo.

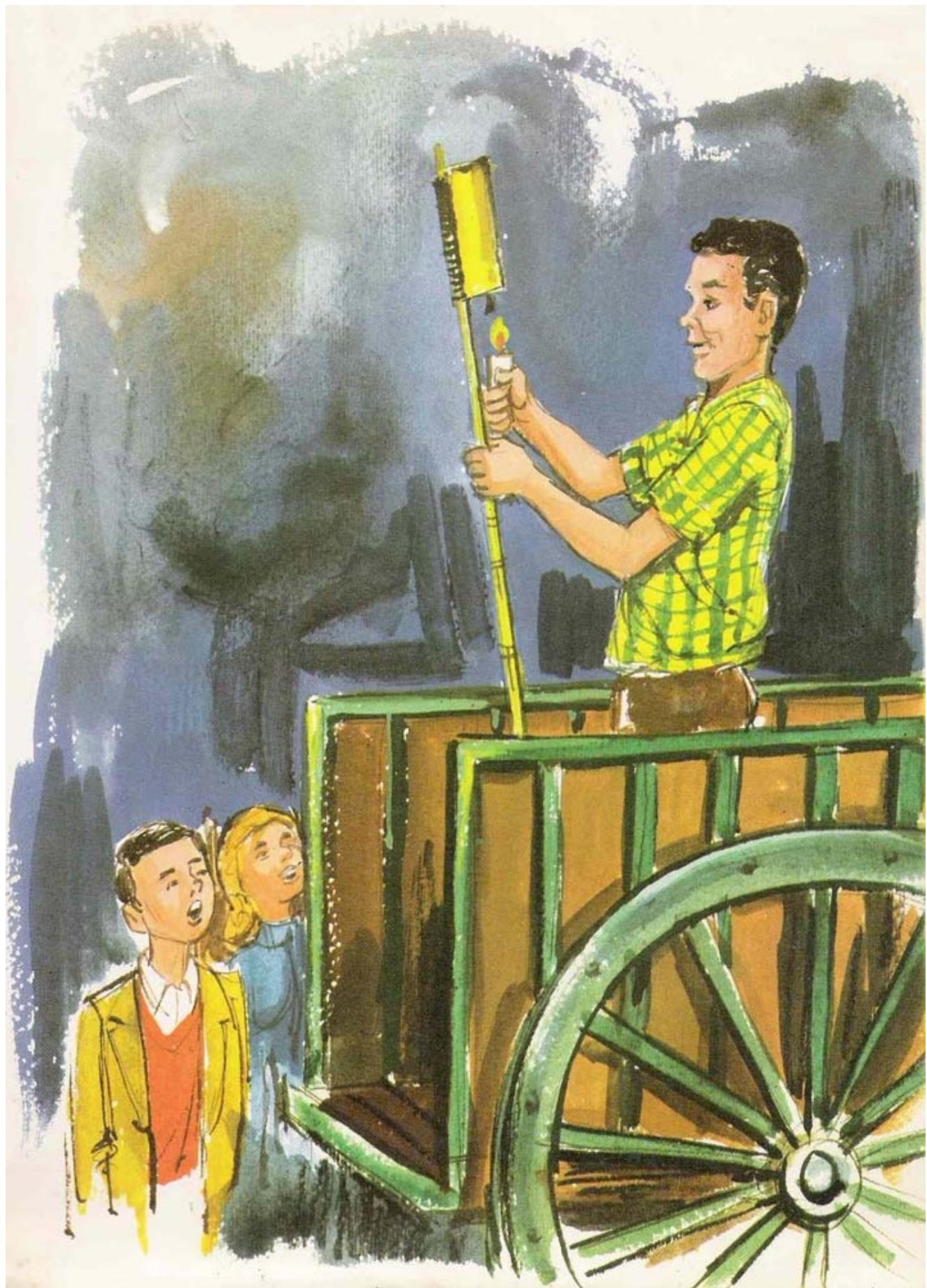
Juanón miró cómo avanzaba dispuesto a seguir lanzando rayos y granizo. Y de pronto tuvo una estupenda idea. Sin decir nada, se bajó de la carreta y entró en la casa.

Al momento salió con una especie de palo muy raro, que llevaba con mucho cuidado para que no se mojara. Era un palo bastante grueso. En una punta tenía atada una especie de bola y de la otra colgaba un trocito de cuerda negra.

Se subió nuevamente al carro, y con el palo en la mano izquierda y una mecha encendida en la derecha, vigiló al nubarrón, esperando que se acercara más.

Y el momento llegó, cuando Nubarrón Negro pasaba por encima del pueblo.

Rápidamente, Juanón, con la mecha, prendió la cuerdecita negra que colgaba del palo gordo. La cuerdecita empezó a arder muy deprisa echando chispas. Y, de pronto, se escapó de la mano de Juanón volando hacia la nube con un fuerte silbido.



Al llegar donde estaba Nubarrón Negro, el artefacto se metió entre los rayos y el

granizo. Al instante, la bola que llevaba en la punta explotó con un ruido espantoso, partiendo a Nubarrón Negro en mil pedazos.

Lo que Juanón había lanzado era un cohete de esos que sirven para romper las nubes de granizo y salvar las cosechas del campo.

Nubarrón Negro sintió un gran dolor con la explosión y le dio tanto miedo que comenzó a gritar:

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —decía empujando a Nube Grande—. ¡Que están tirando cohetes! ¡Nos quieren matar!

Y recogiendo los trozos que se le habían separado, Nubarrón Negro se marchó para siempre del pueblo.

Mamá Nube Grande y Nube Blanca se fueron también muy contentas, porque a ellas nunca les gustó la idea de destruir Valdemoscas, donde, por cierto, ya no quedaba ni siquiera una sola, porque la tormenta había acabado con todas.

## 19 LA HAZAÑA DE PEGACOCES

De nuevo volvió a lucir el sol sobre Valdemoscas. Los vecinos respiraron tranquilos y felicitaron a Juanón.

Pero aquel alivio sólo duró un momento. Aún tenían que enfrentarse con un peligro muy grave. El agua que ahora cubría el valle era muy buena para regar y salvar la cosecha.

Pero... ¿y el embalse que estaba a punto de reventar? ¿Aquantaría sus muros la presión del agua y de todas las rocas que habían caído dentro?

—Qué tragedia más grande —decía Juanito—. ¿No habrá algún medio de podernos salvar?

Juanón miraba serio y pensativo hacia las montañas.

—Sólo hay una posibilidad —dijo—. Sería necesario derribar la pared del otro lado del lago. Entonces las aguas saldrían por allí sin hacer daño a nadie. Pero eso no es posible hacerlo.

—¡Dios nos salve! —se oyó decir a varios vecinos—. Las grietas del embalse son cada vez mayores. La montaña se va a derrumbar sobre nosotros.

En efecto. En los muros del embalse había ya muchas grietas por donde salía el agua a torrentes en dirección a Valdemoscas.

Pico de Plata llegó volando, se posó sobre la cabeza de Pegacoces y piándole al oído decía:

—Si se mueven unas piedras que las sujetan, las del otro lado de la montaña se caerán y se hará un agujero muy grande. Por allí se saldrá el agua y ya no habrá ningún peligro para el embalse.

Pegacoces, con un pequeño rebuzno, contestó a la pajarita:

—Vamos a intentarlo, amiga Pico de Plata.

Y, ante la sorpresa de todos, Pegacoces comenzó a correr entre el barro y el agua hacia las montañas.

Cuando llegó a la ladera, descansó unos segundos para tomar aliento. Después comenzó a subir, seguido de Pico de Plata que le animaba piando sin cesar.

Los vecinos de Valdemoscas contemplaban el ascenso de Pegacoces sin comprender lo que pretendía en borriquillo.

Corriendo y trepando, el borriquillo llegó a la cima de las montañas. Estaba tan cansado por el esfuerzo que hubo de tumbarse en la hierba durante un buen rato.



## 20 ¡SALVADOS!

Pero no había tiempo que perder. En cuanto recuperó las fuerzas, Pegacoces se puso en pie y observó con mucha atención las rocas de la montaña del lado del camino. Allí estaba una de las paredes de contención del embalse que amenazaba con destruir el pueblo.

Y el borriquillo, con gran alegría, comprobó que Pico de Plata tenía razón. Tan sólo una roca enorme era la que sostenía a todas las demás que cerraban la salida del agua. Esta roca tenía la particularidad de que estaba apoyada a su vez sobre varias piedras pequeñas. Pegacoces y la pajarita pensaron que si Pegacoces lograba mover alguna de ellas, la roca grande cedería y rodaría hasta el otro lado arrastrando a todas las demás. Así, el agua podría salir y el pueblo de Valdemoscas estaría salvado.

Sin perder un instante, el valiente Pegacoces comenzó a empujar una a una todas las piedras pequeñas hasta encontrar alguna que se moviese un poco. ¡Y la encontró! Inmediatamente, el borriquillo hizo honor a su nombre y empezó a pegar coces contra la piedra que se movía un poco cuando la empujaba. Pero era un esfuerzo agotador y, al cabo de un rato, Pegacoces se tuvo que detener para dar un descanso a sus doloridas pezuñas.

Pico de Plata no cesaba de animarle con su piar, sin dejar de revolotear sobre el borriquillo como queriendo ayudarle.

Comenzaba a desanimarse Pegacoces. Ya se iba a dar por vencido, pero, de pronto, se acordó de Juanito, de Pili, de Matilde y de todos sus amigos. De los pájaros del bosque y de los vecinos de Valdemoscas. Todos estaban expuestos a morir si él no lograba mover aquellas rocas.

Y de nuevo sintió que el cansancio desaparecía. Con tanta fuerza volvió a golpear la piedra que al fin logró moverla del todo.

La enorme roca, al quedarse sin apoyo, perdió el equilibrio y empezó a rodar hacia un lado dando crujidos muy grandes.

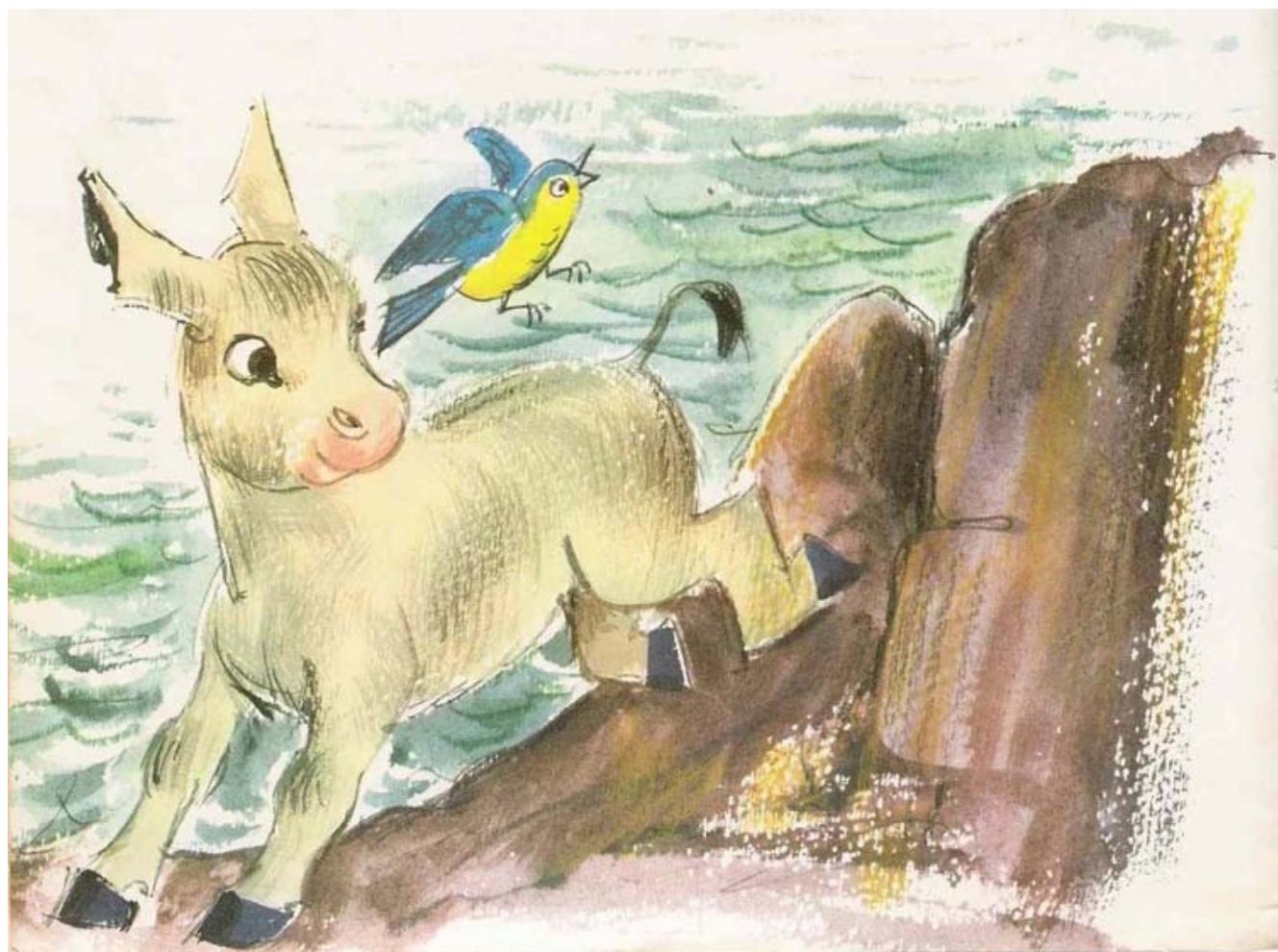
Aquello fue igual que un terremoto. Con un ruido espantoso, las piedras se vinieron abajo y el agua se precipitó hacia el lado contrario del pueblo, en una inmensa catarata.

Abajo, en el pueblo, sólo se oían aplausos, gritos de alegría y vivas a Pegacoces. Porque todos los vecinos habían presenciado la gran hazaña, del borriquillo que les había salvado.

Todos reían y cantaban de alegría. Bueno, todos no. Juanito no reía. No hacía más que mirar desesperadamente hacia la montaña a ver si veía salir por algún sitio a Pegacoces.

Porque toda aquella montaña de rocas, al desplomarse, pudo haber arrastrado al

borriquillo, ya que no se le veía por ninguna parte.



## 21 EL SUPERVIVIENTE

Pegacoces no había muerto. Aunque hizo falta un verdadero milagro para salvarle, el valiente borriquillo estaba todavía con vida.

Pico de Plata, como podía volar, escapó fácilmente. Sin embargo, Pegacoces lo pasó muy mal y se llevó un susto grandísimo. Las piedras, al derrumbarse, le pusieron en una situación apurada. Menos mal que en el momento de caer rodando, ya casi en la falda de la montaña, acertó a quedarse entre dos enormes peñascos. Otro muy grande cayó sobre ellos formando como el techo de una cueva.

Pegacoces se quedó dentro, salvándose así de ser aplastado. Lo malo fue que otras piedras taponaron la salida de la improvisada cueva, dejando encerrado al borriquillo expuesto a morir asfixiado.

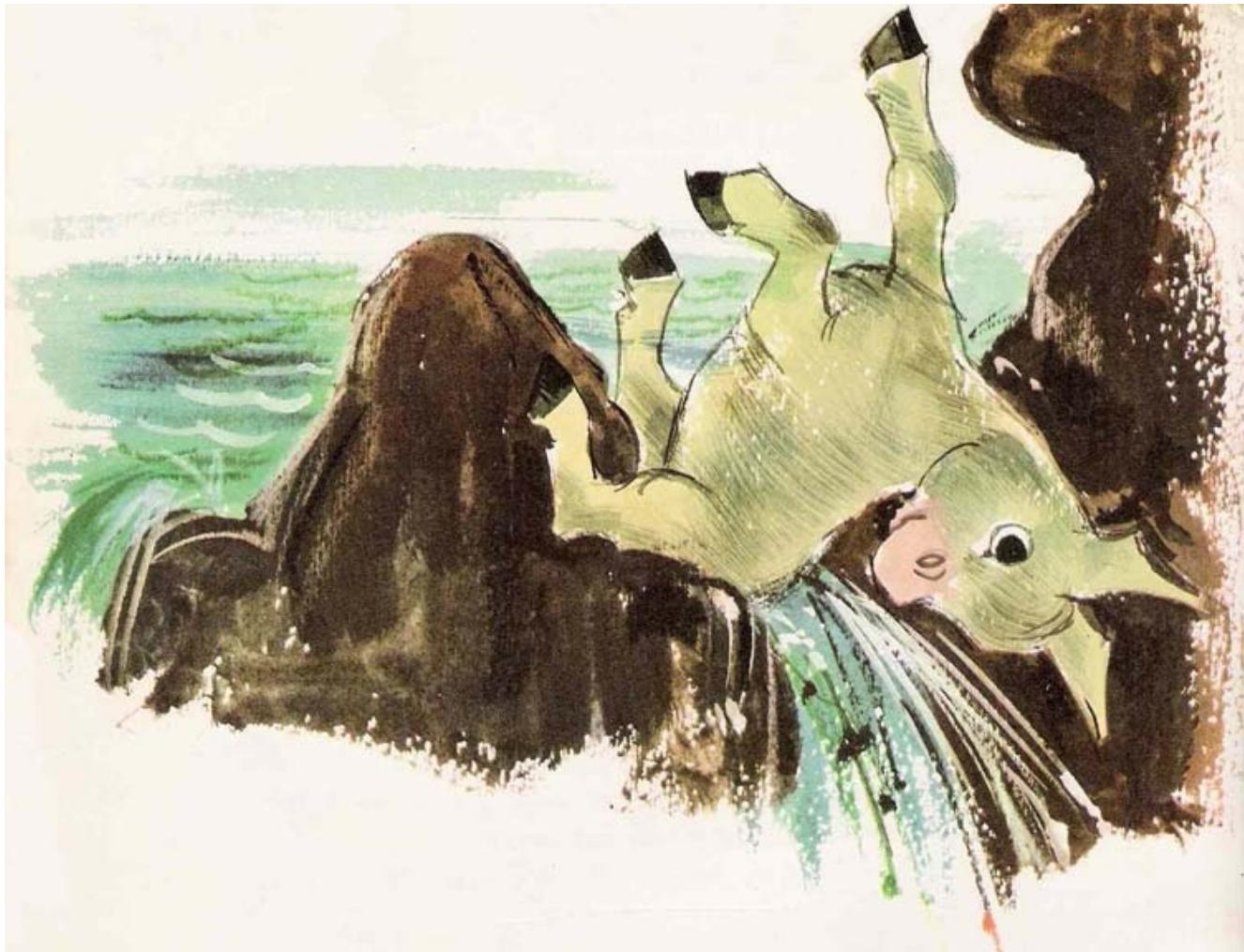
Pero Pegacoces no se dejaba asustar por nada. Estaba dispuesto a seguir viviendo. Así que en cuanto dejó de oír el ruido de las piedras, comenzó a escarbar ansiosamente con sus patas para abrirse paso y poder salir de su encierro.

Mientras tanto, en el pueblo la alegría era inmensa. Todos los vecinos estaban a salvo. El grave peligro había desaparecido.

Y en medio de aquella alegría general nadie se acordaba de Pegacoces. Solamente Juanito pensaba en su borriquillo.

Desde lo alto de la carreta donde estaba subido junto a su padre gritó a los demás vecinos.

—¿Habéis visto a Pegacoces? ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él?



Los vecinos se pusieron serios. Todos comenzaron a hacerse la misma pregunta muy preocupados.

—¿Por qué no le buscamos? —insistía el chico.

—Sí, hijo —le consolaba Juanón—. Pero hasta que la crecida del río no baje, no podemos acercarnos a las montañas.

—Es verdad —reconoció Juanito apenado.

—Mañana podremos ir todos a buscarle —dijo uno de los vecinos—. ¿Qué os parece?

—¡Eso, eso! ¡Muy bien! ¡Viva Pegacoces! —contestaron todos.

Juanito se quedó más tranquilo viendo cómo los vecinos estaban dispuestos a ir en busca de su querido borriquillo.

## 22 UN BUEN SUSTO

Pero retrocedamos en nuestro relato y veamos lo que mientras tanto había ocurrido al otro lado de las montañas por donde estaba el camino para ir a Valdemoscas.

Al empezar la tormenta venía por el camino un carromato de saltimbanquis o titiriteros, como les decían en los pueblos. Era un matrimonio muy joven y simpático. Se llamaban Manuel y Carmelilla.

Con ellos llevaban, además del mulo que tiraba del carromato, una cabra y un mono amaestrados, que con ellos trabajaban en las funciones de circo que daban por los pueblos.

Carmelilla tocaba la guitarra y cantaba canciones antiguas y modernas. Manuel hacía juegos malabares, era equilibrista y hacía números divertidos con la cabra y el mono. Además era ventrílocuo: sabía modificar su voz casi sin mover los labios para imitar otras voces y sonidos. Así que cuando decía algo, parecía que el que hablaba era otra persona.

Por eso, cuando quería, podía hacer que hablase cualquier animal o muñeco. En realidad era él quien hablaba, pero como no se le veía, parecía que eran los otros. Así, en las funciones, la gente se divertía viendo al mono y a la cabra discutiendo y regañando con Manuel y Carmelilla.

La tormenta les sorprendió en las montañas, antes de bajar al valle. Asustados por los truenos y los relámpagos y por la cantidad de agua que caía, se refugiaron bajo una roca muy grande.

Por poco les pilla el derrumbamiento. Ellos y la muía con el carromato lograron escapar. Pero la cabrita y el mono murieron aplastados por las piedras.

Estaban tan atemorizados que en cuanto cesó la tormenta abandonaron el refugio de la gran roca para buscar otro sitio más seguro.

Y menos mal que lo hicieron a tiempo, porque al cabo de un buen rato la gran roca empezó a rodar y las piedras volvieron a derrumbarse.

Inmediatamente, por el hueco del desfiladero, comenzó a salir una auténtica tromba de agua.

Carmelilla estaba asombrada.

—¡Cuánta agua cae de ahí, Manuel! ¿Será éste el principio de otro diluvio universal?

—¡Calla, mujer! —contestó Manuel—. Eso no es posible.

La pobre Carmelilla estaba tristísima por la muerte de los dos animales.

—¡Ay, Manuel de mi alma! ¿Qué va a ser ahora de nosotros sin el mono y sin la cabra? ¿Quién nos va a ayudar en nuestro trabajo?

Manuel trataba de consolarla.

—No lo sé, Carmelilla. Dios dispondrá.





## 23 APARICIÓN INESPERADA

Mientras tanto, Pegacoces había continuado trabajando para poder salir de su encierro y al fin tuvo éxito.

Las piedras que taponaban la salida de la cueva donde había quedado encerrado, comenzaron a ceder.

Menudo susto se llevaron Carmelilla y Manuel al ver que, de pronto, las piedras se movían.

—¡Ay, Manuel! —gemía Carmelilla—. ¿Qué ocurre ahora? ¿Será otro terremoto?

—Eso parece —contestó Manuel, muerto de miedo.

Las piedras cesaron de caer dejando la cueva al descubierto.

Dentro se veía un extraño bullo que se movía y resoplaba y unos ojos misteriosos que brillaban en la oscuridad.

En realidad, se trataba de Pegacoces que estaba descansando del enorme esfuerzo realizado.

Como se había quedado deslumbrado por la luz que entraba en la cueva, estaba

esperando un ratito para acostumbrarse a la claridad antes de salir.

Pero eso no lo sabían Manuel y Carmelilla que, al ver la cueva y el bulto que se movía dentro, pensaron que allí vivía algún monstruo.

—¡Manuel de mi alma! —dijo temblando Carmelilla—. ¿Ves tú lo mismo que yo o son figuraciones mías?

—Yo lo que veo —contestó Manuel— es una cueva y dentro algo como una fiera que se está moviendo.

—¿No será algún dragón de esos que tienen siete u ocho cabezas y que echan fuego por los ojos y por la boca? —preguntó Carmelilla cada vez más asustada.

—No..., no lo sé —contestó Manuel muerto de miedo.

—¿Por qué no huimos?

—Porque no puedo correr, Carmelilla. Se me doblan las piernas.

En este momento Pegacoces, que ya se había acostumbrado a la luz, distinguió al matrimonio y salió de la cueva acercándose a ellos.

Claro que con todo el barro y el agua que le había caído encima, Pegacoces parecía cualquier cosa menos un inocente borriquillo. Por eso, Manuel y Carmelilla creyeron que era un auténtico dragón y se abrazaron llorando y cerraron los ojos aterrizados disponiéndose a morir devorados.

A todo esto Pegacoces se había juntado a la pareja y comenzó a olerles, acercando el hociquito a sus rostros.



—¡Ay, Carmelilla! —decía Manuel con los ojos cerrados al sentir el aliento del borriquillo—. Ya noto el calor del fuego de una de sus cabezas. Ya va a empezar a comerme. ¡Adiós, esposa querida, adiós!

—¡Adiós, Manuel! —lloraba Carmelilla—. Yo también siento el fuego de otra de sus cabezas. ¡Y qué hambre debe tener si lleva mucho tiempo encerrado en esta cueva...!

En aquel momento, Pegacoces, al sentirse libre y viéndose junto a personas como las del pueblo, comenzó a rebuznar de alegría y a dar saltos junto a ellos.

El susto de Manuel y Carmelilla fue morrocotudo. Los dos dieron un fuerte grito y cayeron al suelo desmayados.

## **24 PEGACOCES SE VUELVE A LLAMAR... PEGACOCES**

Poco a poco Manuel y Carmelilla se recuperaron de su desmayo.

Al ver lo que tenían delante y que tanto les había asustado, comenzaron a reír con todas sus ganas.

—Pero mira, Manuel. ¡Si es un borriquillo!

—Ya lo veo, Carmelilla. Sólo que en vez de un borrico parece un saltamontes. ¡Hay que ver los saltos que da!

Pegacoces, haciendo honor a su nombre, saltaba sin parar lanzando al aire sus patas traseras.

—¡Qué bonito y qué gracioso es! Ese borriquillo podría ser nuestra salvación — dijo Manuel pensativo.

Carmelilla le miró alarmada.

—¿Qué pretendes, Manuel? No intentarás robarlo, ¿verdad? Nosotros seremos pobres, pero sobre todo honrados.

Manuel la tranquilizó con una sonrisa.

—No. Mujer, robarlo... no. Pero... ¿No te has fijado que nadie viene a buscarle? A lo mejor es que no tiene dueño.

—Sí, es verdad —dijo la joven más convencida.

—Por eso, llevarnos al borriquillo no creo que sea ningún robo.

—Yo tampoco lo creo, Manuel, pero ¿no deberíamos esperar a ver si aparece alguien que lo reclame?

—Bueno, Carmelilla, no te preocupes más. Nos vamos a quedar aquí hasta mañana. Si al mediodía no ha venido nadie a buscarle es que no tiene amo, y nos lo podemos llevar.

Después de un buen rato de dar saltos y más saltos, Pegacoces se acercó al mulo que estaba junto al carretón y le dio unos golpes muy suaves con su hociquito, que aún le dolía un poco, para llamar su atención.

El mulo le miró con sus grandes ojos cariñosamente y los dos animales se pusieron a hablar en su lenguaje.

—¿Quiénes son esos dos, amigo mulo? ¿Son tus amos?

—Sí —respondió el mulo—. Son dos personas muy buenas que van por los pueblos haciendo títeres.

—¿Qué es eso de títeres? —preguntó intrigado Pegacoces.

—Pues... hacer cosas de circo para divertir a la gente. Con nosotros venían una cabra y un mono, pero los pobrecillos han muerto durante la tormenta, arrastrados por las aguas. Nosotros mismos nos hemos salvado de milagro.

El mulo lanzó un resoplido de alivio y luego se quedó mirando de hito en hito, a Pegacoces.

—Y a todo esto, ¿quién eres tú, jovencito?

—Ya puedes verlo, un borriquillo al que todos llaman Pegacoces.

—¿Y qué haces por aquí? —le preguntó el mulo intrigado—. ¿Es que no tienes dueño?

—Pues... ahora ya no lo sé. Yo, al ver que todos los que viven en ese pueblo, que hay en el valle, iban a morir ahogados, quise salvarlos. Derribé a coces las piedras y conseguí que saliera el agua del embalse. Los salvé a todos, y ya ves: nadie ha venido a buscarme. Todos se han salvado y ya no se acuerdan de mí. Claro que no tiene nada de particular. Al fin y al cabo, yo no soy más que un burro, y eso es muy poca cosa para los hombres.

El borriquillo hablaba triste y desilusionado.

El mulo le lamió el hocico afectuosamente.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? Mis amos te enseñarán a hacer trabajos de circo que son muy divertidos. Así les puedes ayudar con tu trabajo. Los dos son muy buenos y se merecen que les tengamos cariño.

—¿Tú crees que me admitirían?

—Ya lo creo que sí —contestó el mulo con una sonrisa.

Pegacoces se puso a dar brincos de alegría.

Viéndole tan entusiasmado con sus piruetas, Manuel y Carmelilla se reían muy divertidos.

—¡Mira qué gracioso es el borriquillo! —exclamó Manuel—. Si nos lo llevamos, le enseñaremos a hacer cosas para divertir a la gente. Ya verás cuando anunciamos la actuación del borriquito saltarín... ¡Eso, Saltarín! ¿Te parece bonito ese nombre, Carmelilla?

—Yo le pondría otro.

—¿Cómo? —insistió Manuel. ¿Pegasaltos, por ejemplo?

—Tampoco —rió Carmelilla—. ¿No ves que al saltar levanta las patas traseras como si diese coces? Yo le pondría de nombre... Pegacoces. ¡Eso! ¡Pegacoces!

Estaba visto que el destino del borriquillo era que todos le llamasen igual: Pegacoces.



## 25 TRISTE DESPEDIDA



Hasta el día siguiente por la tarde esperaron los titiriteros que alguien llegara a buscar el borriquillo.

Le habían tomado ya tanto cariño que, hasta el último instante, estuvieron temiendo que alguien llegara reclamando al precioso borriquillo.

Pero pasó el tiempo y nadie se presentó. Manuel y Carmelilla subieron al carromato que les servía de casa y, llevando con ellos a Pegacoces, se marcharon hacia otros lugares.

Pegacoces iba muy triste al tener que abandonar el valle donde había nacido. Lo que más le apenaba era que su antiguo amo Juanón no hubiese ido a buscarlo.

¿Acaso era que por ser aún pequeño y no poder llevar los sacos al molino lo había abandonado?

¿Y Juanito? Pegacoces sabía perfectamente que Juanito no le olvidaría. Pudiera ser que como aún se quejaba de las quemaduras, no había podido ir en su busca, que si no...

Pero los demás no tenían disculpa ninguna. Ni su amo, ni los niños que antes parecían quererle tanto. Ni siquiera los vecinos del pueblo se habían preocupado de

él. Y eso que casi se muere en su gran esfuerzo por salvarlos a todos.

Así que, triste y cabizbajo, Pegacoces se fue con sus nuevos amos deseando no volver nunca jamás a Valdemoscas.

Sin embargo, lo que estaba pasando en realidad era algo muy distinto a lo que pensaba el borriquillo.

En cuanto las aguas se retiraron del pueblo, Juanón organizó una expedición de socorro.

Casi todos los habitantes de Valdemoscas acudieron al lugar donde habían visto por última vez a Pegacoces. Incluso descendieron por el otro lado de la montaña hasta llegar al camino. Pero cuando llegaron, los titiriteros se habían marchado.

—¡Pegacoces! ¿Dónde estás? —gritaban por todas partes.

Pero como el borriquillo estaba muy lejos, no podía oírles.

Por eso, después de buscarle durante horas y horas, Juanón y sus compañeros llegaron a la conclusión de que Pegacoces había muerto aplastado por enagua y las piedras.

Al enterarse Juanito del triste final de su borriquillo, lloró muchísimo, y los demás chicos del pueblo también.

El alcalde y los concejales se reunieron en el Ayuntamiento y acordaron levantar un monumento en la plaza Mayor del pueblo al borriquillo Pegacoces en recuerdo de su heroica hazaña.

Pero, además, Juanón tuvo una gran idea que todos aplaudieron y aprobaron. Cambiar el nombre del pueblo.

En vez de Valdemoscas, el pueblo se llamaría Valdecoces.

Así nadie se olvidaría jamás del valiente y cariñoso borriquillo, que creían había muerto por salvarlos a todos de aquella terrible inundación.

Mientras tanto, Pegacoces comenzó una nueva vida en compañía de sus nuevos amos, Manuel y Carmelilla, los titiriteros.

## **26 EL PAJARITO PÍO-PÍO**

Para el simpático borriquillo comenzó una nueva vida llena de emociones y aventuras.

La vida del pequeño circo era difícil y a veces peligrosa, aunque siempre, siempre, apasionante y divertida.

Pero Pegacoces no fue el único habitante del ya lejano pueblo de Valdemoscas que se marchó con los titiriteros.

Los pájaros del valle, con Pico de Plata a la cabeza, al ver que Pegacoces se iba con sus nuevos amos a correr mundo, se fueron con él.

Pico de Plata se llevó a todas sus crías y, cantando, muy contentos, se acomodaron en el techo del carromato, que así se convirtió en un nuevo hogar también para ellos.

¡Si hubieseis visto lo bonito que resultaba verles trabajar en las funciones!



Manuel y Carmelilla enseñaron a Pegacoces a realizar algunos números de circo.

Aprendió a mantenerse sobre sus patas traseras y, con las manos dobladas, daba un salto lanzando un gracioso rebuzno.

Ya sabéis que Manuel era ventrílocuo. Teníais que ver cómo se divertía el público con las discusiones que sostenían él y Pegacoces. ¡Vaya ocurrencias las del borriquillo! Naturalmente el único que hablaba era Manuel, pero como podía imitar cualquier voz sin que se le notara, todos se creían que Pegacoces le contestaba de verdad. Sus actuaciones eran un verdadero éxito.

El trabajo de Carmelilla, ahora, resultaba más bonito.

Vestida de gitana y tocando la guitarra, cantaba y cantaba, mientras los pájaros le acompañaban con sus trinos revoloteando a su alrededor.

Después volaban entre el público y recogían con sus picos las monedas que todos les daban entusiasmados.

Pero entre todos los pájaros había uno que no gustaba a nadie. Era un gorrión negro, muy feo, muy feo, que un día se acercó a la pajarita Pico de Plata pidiéndole que le diera algo de comer porque tenía mucha hambre.

Pico de Plata, como era tan buena, le dio unos granos de trigo y le invitó a quedarse con ella y con los demás pajaritos.

Por eso, cuando todos se marcharon con Pegacoces, el gorrión se fue con ellos. Pero estaba muy triste porque no le dejaban actuar con los demás y ni siquiera sabían cómo se llamaba. Hasta que la pajarita Pico de Plata decidió ponerle un nombre. Y como el gorrión estaba siempre piando con mucha pena, le dijo:

—Desde ahora te llamaremos el pajarito Pío-Pío, ¿qué te parece?

Al gorrión negro le gustó mucho su nuevo nombre y se quedó muy contento.

Y desde entonces Pico de Plata y Pío-Pío se hicieron grandes amigos.

## 27 GRITOS EN LA OSCURIDAD

Fue un verano feliz el que pasaron actuando de sitio en sitio.

Pero llegaron los primeros fríos y comenzaron a sufrir grandes penalidades.

Carmelilla y Manuel llegaron a pensar que iban a morirse por aquellos caminos cubiertos de nieve. Parecía como si los pueblos hubiesen desaparecido, pues llevaban ya varios días sin encontrar ninguno.



—Apenas si nos queda comida, Manuel. Cuando se nos acabe, ¿dónde la vamos a encontrar?

—No lo sé —contestaba Manuel preocupado.

—Fíjate en Pegacoces y en el mulo, tampoco tienen nada que comer.

Así era, en efecto, y, sin embargo, los dos animales caminaban lentamente, apenas sin fuerzas, a través del campo helado.

Casi todos los pájaros se habían marchado. Sólo quedaron Pico de Plata y Pío-Pío, que no quisieron separarse de sus amigos.

Estaba ya anocheciendo y decidieron acampar junto a unos grandes peñascos a un lado del camino.

Metieron el carromato entre las rocas y en un hueco acomodaron al mulo y a Pegacoces. Carmelilla se puso a preparar la cena.

Mientras tanto, Manuel recogió un montón de ramas secas para hacer una hoguera.

Ya había oscurecido. La noche era tan negra que apenas se veía a unos metros de distancia.

De pronto, cuando Manuel se disponía a encender el fuego, se detuvo mirando a Carmelilla muy sorprendido.

Pegacoces y el mulo levantaron las orejas escuchando.

En el silencio de la noche pudieron oír perfectamente unos gritos pidiendo auxilio:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Que me roban!

## 28 HÉROES EN LA NOCHE

Pegacoces, al oír los gritos, dio un salto y se lanzó al camino perdiéndose en la oscuridad.

El mulo corrió tras el valiente borriquillo dispuesto a ayudarle, si era necesario.

Carmelilla, sin pensarlo más, cogió el pandero con el que actuaba en las funciones y salió tras ellos.

—¡Vamos allá, Manuel!

Manuel reaccionó también con valentía y, cogiendo la trompeta y un buen garrote, marchó con su esposa.

Al poco rato distinguieron un coche tirado por un caballo y a su lado un hombre bien vestido, de pie, con los brazos en alto.

Dos individuos de muy mala catadura le rodeaban. Uno registraba el coche y el otro apuntaba a la víctima con un pistolón.

—Tengan piedad de mí. Soy un médico. No me quiten el coche, por favor, que lo necesito para visitar a mis enfermos.

—Este coche nos servirá para huir —decía el bandido que registraba al doctor.

—¡Venga, date prisa! —dijo el otro ladrón—. Tenemos que estar muy lejos de aquí antes de que se haga de día.

Y de pronto... unos bultos negros avanzaron en la oscuridad hacia los bandidos, y el silencio de la noche se convirtió en un verdadero terremoto.

—¡Hiuuu! ¡Hiuuu! ¡Hiuuu!

—¡Groog! ¡Hiuuu! ¡Groog! ¡Hiuuu!



Eran Pegacoces y el mulo que saltaban sobre los matorrales y rebuznaban con todas sus fuerzas. Los bandoleros, asustados, miraban hacia el lado por donde llegaban los animales, y sintieron tal miedo que les pareció que unos grandes monstruos los atacaban.

Por el lado opuesto recibieron otra sorpresa, que les atemorizó aún más.

—¡Pom, pom! ¡Porróm, porróm! ¡Pom!

—¡Tarárí, tarárá, tarárá!

Eran Carmelilla y Manuel que se acercaban haciendo sonar el pandero y la trompeta.

Los bandidos, ante tal escándalo, huyeron despavoridos. Tanto miedo tenían que hasta dejaron abandonada la pesada bolsa, para huir más aprisa.

—¡Corre, corre! —gritaba uno—. ¡Que vienen los soldados!

—Debe ser Napoleón con todos sus ejércitos —decía el otro, que parecía volar de tanto como corría.

Carmelilla, Manuel, Pegacoces y el mulo se acercaron al médico. El pobre hombre, llorando, se abrazó a Manuel.

—¡Gracias, gracias, amigos míos! ¡Os debo la vida!

Manuel, muy solemne, le presentó a Pegacoces.

—Este borriquillo es el que ha iniciado el ataque. Se llama Pegacoces.

El hombre, emocionado, acarició al borriquillo.

—¡Gracias, muchas gracias, también yo quiero ser amigo tuyo!

—Bueno —dijo Carmelilla muy sonriente—. Volvamos al campamento y allí tomaremos un café calentito.

La idea les pareció de perlas, porque todos estaban deseando tomar algo y calentarse con un buen fuego.

Mientras tanto, Manuel recogía todo lo que los ladrones dejaron atrás olvidado en su huida, y lo metía en el coche del médico.

—¡Qué barbaridad! ¡Cuánto pesa este saco! —exclamó al recoger la bolsa abandonada por uno de los bandidos.

Y volviendo con el grupo de amigos, se fueron todos hacia los peñascos donde estaba el campamento. Allí, al calor de una buena hoguera, hicieron una olla de café y esperaron al amanecer para marchar al pueblo.

## 29 UNA FORTUNA INESPERADA

En cuanto se hizo de día, recogieron el coche del médico y, en caravana, se dirigieron al pueblo.

Pegacoces y el mulo comprendieron que llegar pronto significaba un buen pienso y un establo caliente. Así que comenzaron a caminar tan aprisa como se lo permitían las escasas fuerzas que les quedaban. Y al poco tiempo ya se divisaban, a los lejos, las primeras casas.

El pueblo era muy pequeño, pero a Manuel y Carmelilla les pareció el más hermoso del mundo.

Los vecinos se pusieron contentísimos al verlos. Como el doctor se retrasaba tanto, habían pensado que le podía haber ocurrido alguna desgracia. Precisamente, en el momento de llegar la caravana, estaban organizando un equipo de salvamento para salir en su busca.

Por eso, cuando se enteraron de la historia del atraco y de cómo los titiriteros y sus animales habían salvado la vida al doctor, no sabían qué hacer para demostrarles su agradecimiento.

Hasta se peleaban por alojarles en sus casas.

Lo primero que hicieron fue meter al mulo y a Pegacoces en un establo calentito, ante unos pesebres llenos de buen pienso. Y todos acariciaban con cariño a aquel borriquillo tan bonito al que llamaban Pegacoces y que se había portado como un héroe.

Después, el alcalde mandó llamar a Manuel y a Carmelilla, les felicitó por su valentía y les comunicó la decisión del Ayuntamiento, que no era otra más que contratarles para que diesen una gran función de circo en la Plaza Mayor del pueblo, el próximo domingo.

Manuel y Carmelilla ni siquiera pudieron responder al alcalde. Estaban tan emocionados que se les saltaron las lágrimas.

Pero todavía quedaba lo mejor, y fue que el médico, después de visitar a sus pacientes del pueblo, se acercó al carromato de los titiriteros.

Llevaba con él la pesada bolsa que los bandidos habían abandonado en su huida tan precipitada. Era un saco pequeño lleno de monedas de oro que valían muchos miles de pesetas.

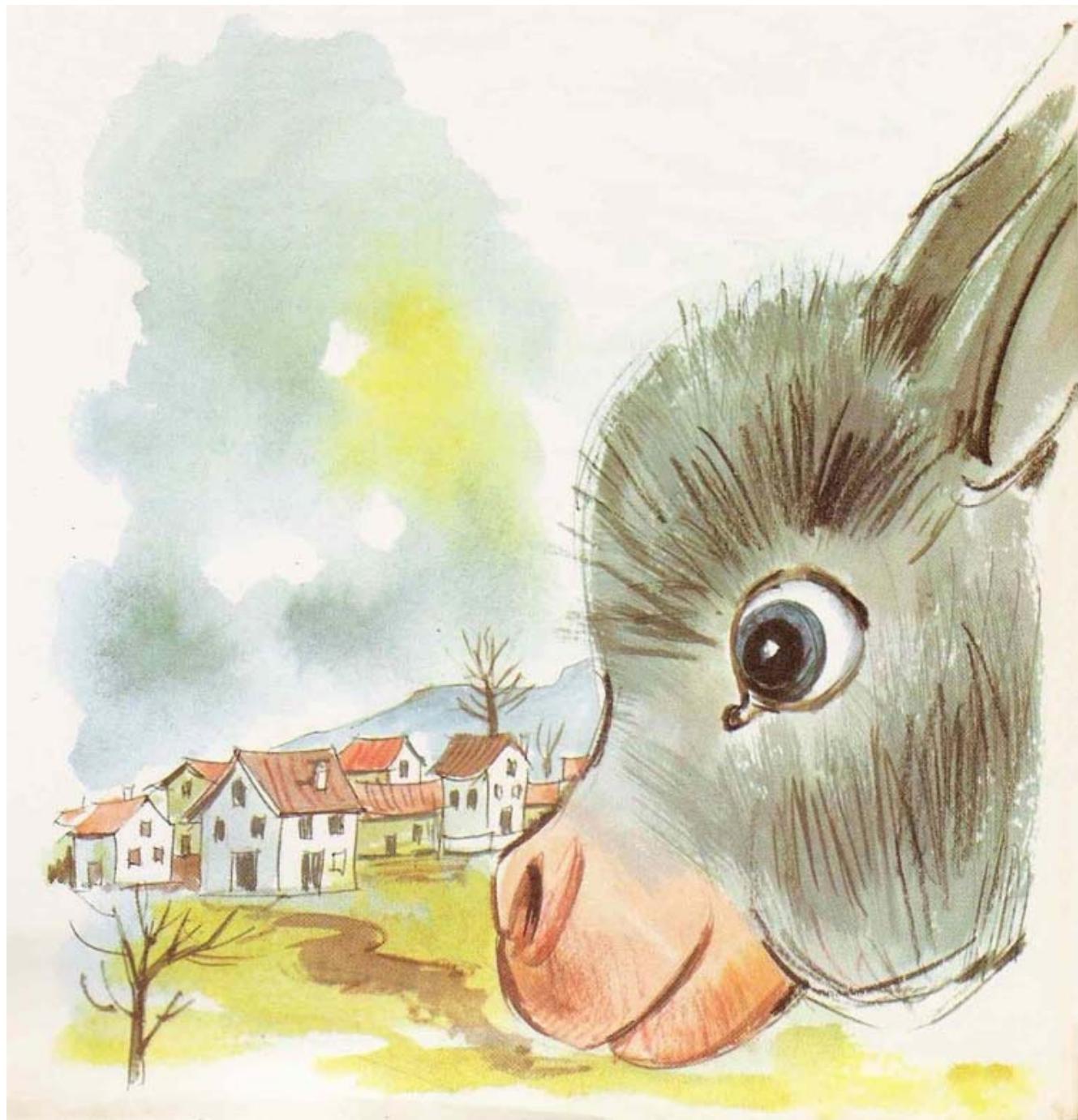
El doctor se lo entregó a Manuel, que le miraba sorprendido.

—Esta bolsa —dijo— es la que abandonaron los bandidos al huir. Pero no sabemos quiénes puedan ser sus dueños y, por tanto, no podemos devolverlo. Por eso, creo que lo más justo es que todo ese dinero sea para vosotros.

Manuel y Carmelilla se miraron asombrados, como si no se pudieran creer lo que

estaban oyendo.

—¿Que todo este dinero es para nosotros? —preguntó Manuel muy sorprendido. Pues no me parece justo. Por lo menos una parte de este tesoro debe ser también para usted.



Pero el médico, muy sonriente, no consintió en tomar ni una sola moneda.

Yo no necesito más dinero —les dijo—. Con el que tengo y mi profesión, es más que suficiente para vivir bien durante toda mi vida. Así que todo eso es para ustedes. Para que se compren otro carromato más moderno y todo el equipo necesario para hacer un circo moderno.

Carmelilla y Manuel estaban tan emocionados que lloraban de alegría sin poder

pronunciar una sola palabra.

El médico, que ya había terminado de visitar a todos los enfermos del pueblo, aprovechó la ocasión para marcharse discretamente.

Los dos titiriteros se quedaron solos entre la gente del pueblo que les trataba con tanto cariño.

Pero no estaban solos ni mucho menos, porque en un establo bien calentitos, descansaban tranquilamente el mulo y Pegacoces.

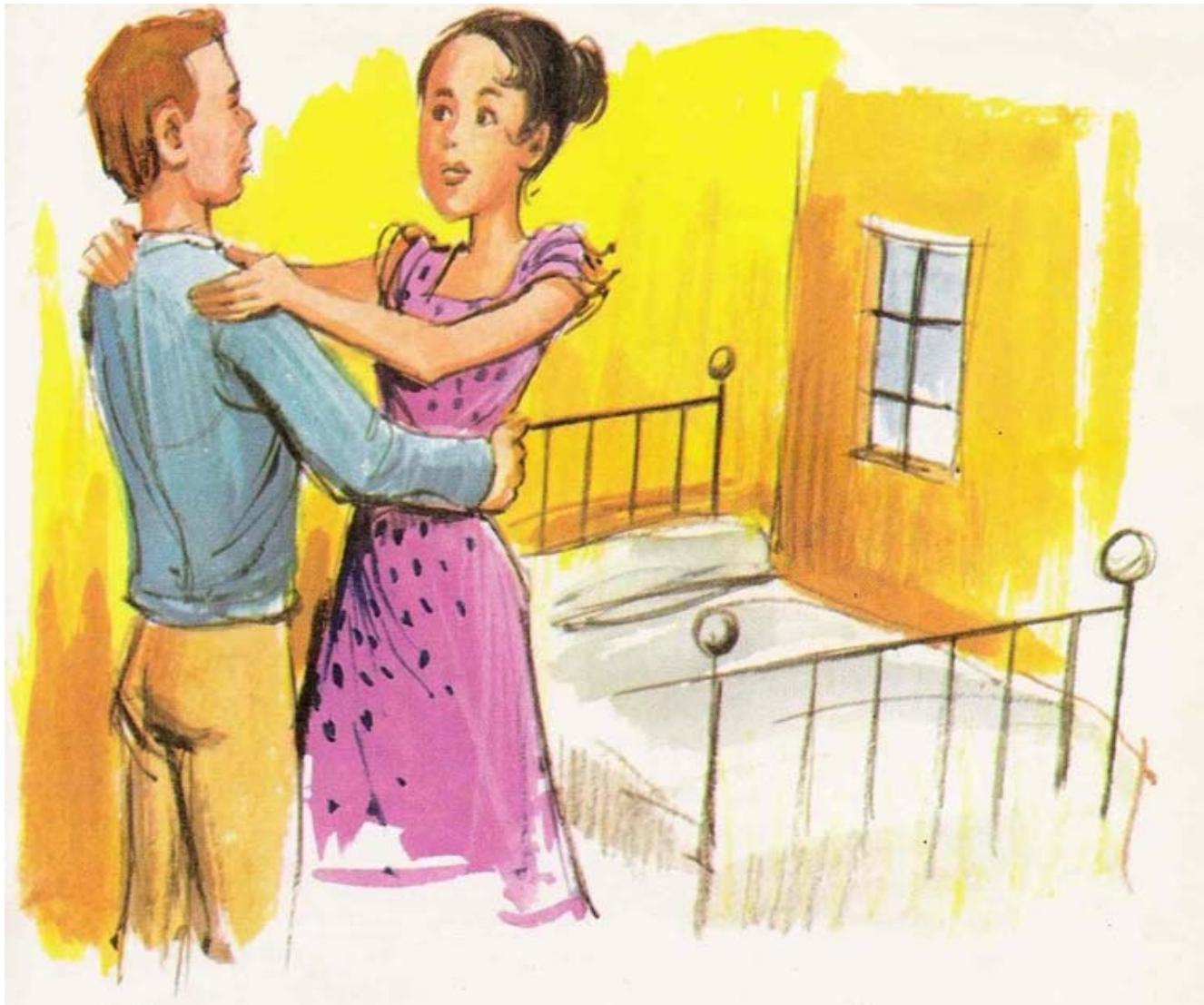
Y, además... ¿sabéis quiénes estaban también en el establo? Pues nada menos que Pico de Plata y Pío-Pío.

Un chico del pueblo les había llevado allí mismo una gran hogaza de pan muy tierno, la había abierto por la mitad y la había desmigajado en pequeños trocitos que los pajaritos picoteaban revoloteando de alegría.

Fue uno de los días más felices para todos los componentes del Circo Mundial.

¡Hacía tanto tiempo que no comían así de bien...!





## 30 EL GRAN INVENTO DEL TITIRITERO

Aquel día estaba tan cargado de emociones y se sentían todos tan felices que parecía como que nadie tuviera ganas de irse a dormir.

Al fin, cuando Manuel y Carmelilla se retiraron por la noche a descansar, se abrazaron muy contentos en su habitación.

—¡Qué alegría, Carmelilla! [Cuánto dinero tenemos!

—Ay, Manuel de mi alma! ¡Y qué vamos a hacer con todo eso!

Manuel se puso muy solemne y misterioso.

—Tengo pensada una cosa que es un invento mío. A ver qué te parece.

Y Manuel comenzó a explicar sus grandes proyectos a su esposa, que le oía llena de admiración.

—Cuando terminemos la función que vamos a dar aquí —empezó a decir Manuel — nos iremos a la ciudad. Allí compraremos un carromato nuevo, que sea muy moderno y que tenga de todo, cocina, camas, lavabo, duchas, luz y toda clase de comodidades.

La pobre Carmelilla le oía maravillada, como si estuviera soñando despierta.

—Además —continuó Manuel—, buscaremos dos caballos muy resistentes para que tiren del carromato y nos lleven a todas partes, aunque sea por caminos pedregosos.

—¿Y qué vamos a hacer con el mulo? —preguntó Carmelilla algo preocupada.

—Descuida, mujer —sonrió Manuel tranquilizándola—. Se lo dejaremos al alcalde de este pueblo para que le cuide bien y no le haga trabajar demasiado. El pobre se ha ganado un buen descanso con todo lo que ha sufrido durante su vida.

Pero todavía quedaba algo que le preocupaba mucho a Carmelilla.

—¿Y Pegacoces? ¿Qué vamos a hacer con él?

—¡Qué cosas tienes, mujer! El borriquillo se vendrá con nosotros. Con él y con el invento que se me ha ocurrido, vamos a ganar mucho dinero. Se me ha ocurrido un número que, en cuanto lo hagamos, nos va a llamar para que actuemos en los circos más importantes del mundo.

Carmelilla no podía resistir más tiempo su curiosidad.

—¿Qué invento es ése, Manuel? Por favor, cuéntamelo de una vez que estoy muy intrigada.

—Si es que no me dejas decírtelo con tantas preguntas como me haces —contestó Manuel, y continuó diciendo—: voy a mandar que nos hagan unos muñecos muy graciosos, que sean casi tan grandes como las personas de verdad. En la espalda les pondré un mecanismo que me he inventado, para que muevan los brazos y las piernas. También se les moverá la boca como si hablaran, .y yo, como soy ventrílocuo, imitaré varias voces. Una para cada muñeco.

—¿Y qué van a decir? —preguntó Carmelilla.

—Pues cosas muy graciosas que hagan reír y diviertan al público. Como si los muñecos pudieran hablar y se pusieran a discutir con nosotros.

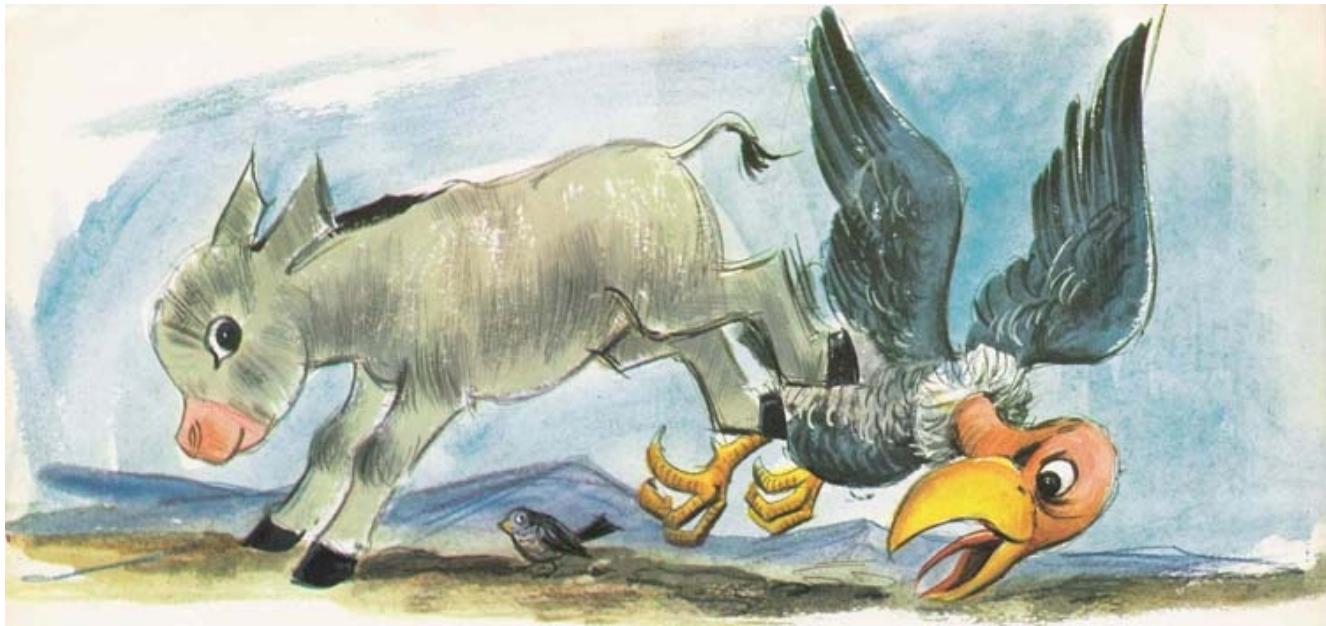
—Me parece una idea estupenda, Manuel. Corno salga bien va a ser un gran éxito. Nunca más volveremos a pasar tantas penalidades —suspiró Carmelilla.

Y así, poco a poco, se fueron quedando dormidos, pensando en su nuevo circo.

Y la noche cayó sobre el pueblo, llenando todas las casas de sueños felices.

Los dos titiriteros soñaban con el éxito de sus muñecos. El borriquillo Pegacoces se veía aplaudido por los espectadores de todos los circos y obsequiado con manojos de dulcísimas remolachas.

La pajarita Pico de Plata, con la cabecita entre sus alas, y el pajarito Pío-Pío, que ya no estaba triste, dormían apaciblemente un sueño tranquilo y protector.



## 31 EL OGRO, CORAZÓN DE BUITRE

Al día siguiente, como lucía un sol espléndido, Pico de Plata y Pío-Pío se fueron a volar por el campo.

¡Iban más contentos!... Por eso Pegacoces se quedó asombrado cuando vio que Pico de Plata regresaba al poco tiempo muerta de miedo.

—¡Ay, Pegacoces, amigo querido! —piaba lastimera—. ¡Ayúdanos, por favor! Ven a salvar a Pío-Pío de un peligro grandísimo.

Pegacoces no dudó un momento en acudir en su auxilio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mientras corría velozmente.

—Un buitre enorme le tiene acorralado cerca de las peñas —contestó Pico de Plata—. Pero es un misterio muy grande, porque Pío-Pío no es un simple pájaro como yo. Pío-Pío es un hada de verdad, que está hechizada y convertida en un pájaro tan feo. Y el ogro que hizo el encantamiento es ese buitre tan horrible.

Pegacoces estaba tan asombrado que no' fue capaz de decir nada. Además, habían llegado ya junto a las rocas, y tenían que andar con mucho cuidado para que nadie les viese.

Poco a poco se fueron acercando a las peñas sin que el buitre se diese cuenta de nada.

El ave de rapiña lanzaba al aire unas terribles carcajadas mirando al indefenso Pío-Pío.

—Te da miedo, ¿eh? —decía—. Pues si quieras volver a ser el Hada de los Sueños, ya sabes lo que tienes que hacer: casarte conmigo.

—Jamás me casaré contigo —gritaba Pío-Pío—. Tú no eres más que un ogro. El peor de todos los que han salido del centro de la tierra.

—Pues entonces no te quitaré mi encantamiento y seguirás convertido en un pájaro feo a quien nadie querrá jamás —chilló el buitre, riéndose y lanzando espantosos graznidos.

Pegacoces, sin aguardar un momento más, saltó sobre la roca y se lanzó sobre el ave de presa.

Dio un par de coches al enorme buitre que, acobardado por lo inesperado del ataque, huyó volando.

Ya en el aire, gritó con voz potente, que parecía un trueno:

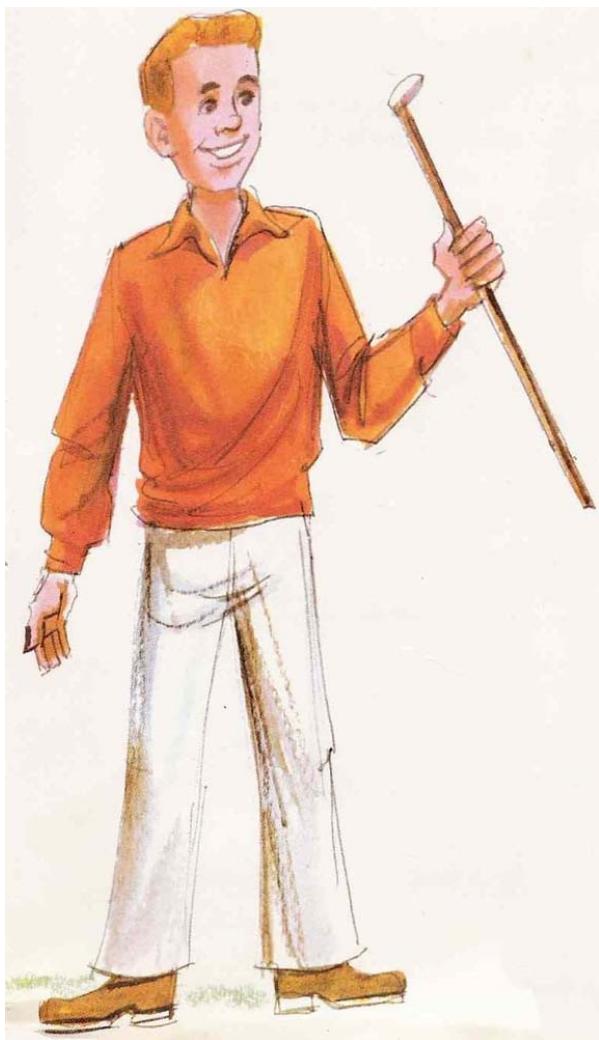
—¡Ah, burro entrometido, has estropeado mis planes! ¡Pero ya conocerás mi poder! ¡Te juro que me he de vengar! ¡Te demostraré que por algo me llaman el Ogro Corazón de Buitre!

Y volando muy alto, muy alto, se perdió entre las nubes.

## 32 FUNCIÓN DE CIRCO

Llegó el domingo y, con él, la gran función de circo que todos esperaban.

El carromato estaba a un lado de la plaza, y en el centro habían dejado un espacio circular para los titiriteros.



Todo el resto de la plaza estaba lleno de sillas. Cada espectador había traído la suya. No faltaba allí ni uno solo de los habitantes del pueblo.

Al redoble del tambor, que se escuchaba desde dentro del carromato, todo el mundo se quedó en silencio.

En ese momento apareció Manuel, vestido con un pantalón de raso y una blusa de seda encarnada. Llevaba también un bastón que dejó encima de una silla.

—Buenas tardes, distinguido público — comenzó Manuel—. Tengo el honor de presentarles a mi pequeño circo que ha recorrido el mundo entero. Van a ver ustedes lo nunca visto.

—Para comenzar les voy a enseñar, señoras y señores, lo que tengo en la mano. ¿Ven?

Y mostró una moneda de oro que tenía entre los dedos y que de repente desapareció ante el asombro de todos.

—¿Y mi moneda? ¿Dónde está? —preguntaba Manuel mirando a todos los sitios, haciendo como que no la encontraba—. Bueno, no importa. Ya aparecerá. Vean ésta otra que es de plata.

Y según la mostraba al público, también desapareció.

Los espectadores comenzaron a aplaudir. Manuel hacía como que buscaba. Al cabo de un rato, sin poder encontrarlas, rogó silencio.

—Un momento, por favor —dijo—. Mi poder de adivino me ha hecho saber dónde están las monedas y quiénes me las han quitado.

Se acercó a dos mozos que estaban muy serios y, poniéndoles una mano a cada uno en el hombro, dijo:

—¡Venga! A devolverme las monedas. Sí, las tenéis vosotros. Os he visto

perfectamente.

Los dos mozos se quedaron sorprendidos y se pusieron rojos como una amapola.



—¡Yo no tengo nada! —protestó el uno.

—¡Ni yo tampoco! —dijo el otro.

—No seáis tontos y dadme lo que no es vuestro. Mirad que mi borriquillo me ha dicho que las guardáis en el bolsillo. ¿Acaso pretendéis privarme de mis útiles de trabajo?

Los dos mozos estaban cada vez más apurados y casi avergonzados.

—¡No, señor! —dijeron—. Le prometemos que no las hemos cogido.

—Bueno. Mirad una vez más a ver si no están en vuestros bolsillos.

Y los dos mozos metieron las manos, y con gran sorpresa suya y de todos sacaron las dos monedas desaparecidas.

Grandes aplausos y risas estallaron en todos, comprendiendo la broma que Manuel había gastado a los mozos.

Terminada la ovación que premió el trabajo del artista, Manuel hizo diversos juegos malabares, que gustaron muchísimo.

Luego, Manuel anunció que un gran artista, único en el mundo, iba a aparecer por primera vez ante el público.

Mientras aplaudían, se acercó al carromato y volvió con Pegacoces. El borriquillo estaba muy gracioso con su montura de cuero y cintas de colores en las orejas, en el cuello y hasta en el rabo.

Manuel lo presentó ante el público con gran solemnidad.

—Señoras, señores: tengo el gusto de presentarles al burro más sabio del mundo, pero también al burro más vago.

Pegacoces se sentó en el suelo dando un rebuzno. Manuel se volvió hacia él, y dijo:

—¿Ya estás protestando? Pues la verdad es que cada vez es más difícil hacerte trabajar.

—El que está cansado de oírte soy yo —dijo el borriquillo ante el asombro general.

Ya sabéis que Manuel era ventrílocuo, y por eso, aunque era él quien hablaba, hacía creer a la gente que hablaba el burro.

—Y como continúes diciendo cosas de mí —siguió hablando Pegacoces— te voy a soltar un par de coces que vas a ver las estrellas.

—Bueno, no empecemos a pelearnos como siempre —dijo Manuel.

Y dirigiéndose al público, continuó:

—No sé cómo me contengo algunas veces. Es un animal tan bestia y tan burro que no he visto otro igual, ni creo que lo haya.

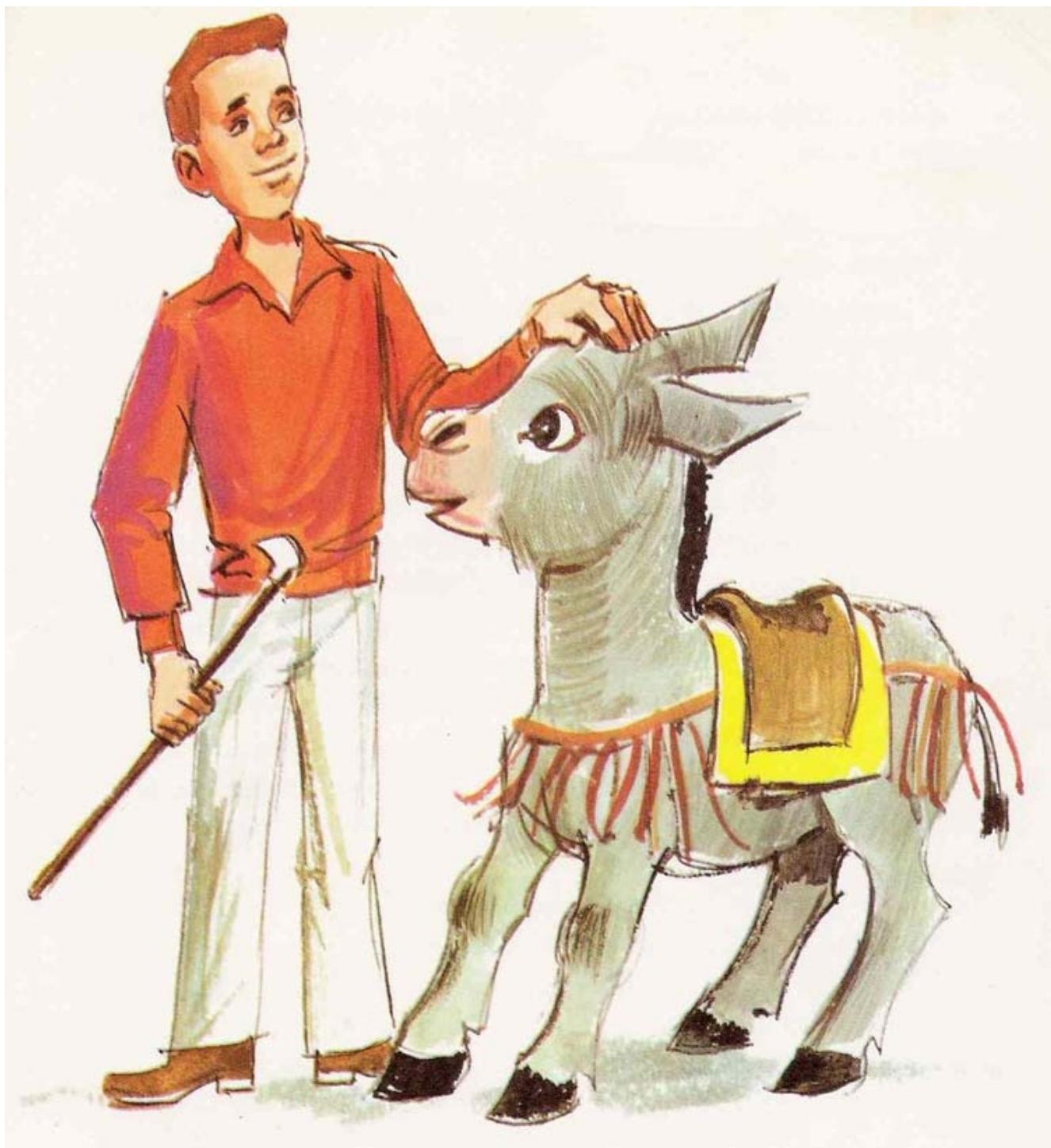
—A mucha honra —contestó Pegacoces—. Yo seré todo eso que tú dices, pero tú eres algo mucho peor. Eres..., bueno, no te lo quiero decir por no sacarte los colores.

—¿Qué soy yo? —gritó Manuel—. ¡Anda, dímelo!

—Eres... simplemente un hombre. ¡Ya es decirte bastante!

Los vecinos reían, y eso que aún no había empezado lo mejor de la discusión.

### 33 HABLA PEGACOCES



Cuando se hizo nuevamente silencio, Manuel continuó:

- Bueno, amigo Pegacoces, porque somos amigos, ¿verdad?
- ¡Sí; claro que sí! —dijo el burro.
- Entonces, ¿trabajamos o no trabajamos?
- Está bien. Vamos a trabajar —contestó el borriquillo—, pero lo hago porque están estos señores aquí, que si no... no hacía nada.

—Pues empecemos. Vamos a demostrar al respetable público toda tu sabiduría. La sabiduría del borrico más borrico del mundo.

—¡A que te doy un mordisco como te sigas metiendo conmigo! ¡Hombre, más que hombre! Porque yo seré burro, pero tú no eres más que un hombre.

Manuel, conteniendo a duras penas la risa, siguió adelante con la función.

—Está bien; dejémonos de peleas y atiende a las preguntas que te voy a hacer. A ver si me sabes contestar.

—Te escucho —dijo el borriquillo muy ceremonioso, sentándose sobre sus patas traseras.

Manuel, después de una pequeña pausa, en la que parecía estar pensando, comenzó:

—Veamos. Si tú me debes cien pesetas...

—¡Un momento! —interrumpió Pegacoces poniéndose en pie—. No empieces con líos que yo a ti no te debo nada.

La gente comenzó a reír.

—Pero si es un ejemplo —dijo Manuel.

—¡Que no sigas! ¡Que no te debo nada!

—Bueno —dijo pacientemente Manuel—. Voy a ponerte otro ejemplo: Como yo te debo a ti mil pesetas...

—O sea, ¿que tú me debes a mí un billete verde?

—Exacto.

Pegacoces se adelantó hacia el público y dijo:

—Ustedes son testigos de que Manuel reconoce que me debe mil pesetas. ¿No es así?

—¡Sííí! —gritaron todos.

Pegacoces se volvió hacia Manuel.

—Pues, mi querido amigo, ya me estás pagando ahora mismo tu deuda.

—¡A eso no hay derecho! —protestó Manuel sacando un billete de su bolsillo y depositándolo en una cajita sobre la montura de Pegacoces.

—Así está bien —dijo el borriquillo—. Para que aprendas otra vez a poner ejemplos.

Manuel, sin que Pegacoces le viese, hizo señas al público, dando a entender que le iba a preparar una buena trampa.

De un saco que había sobre el carromato sacó cinco remolachas y se las mostró al borriquillo.

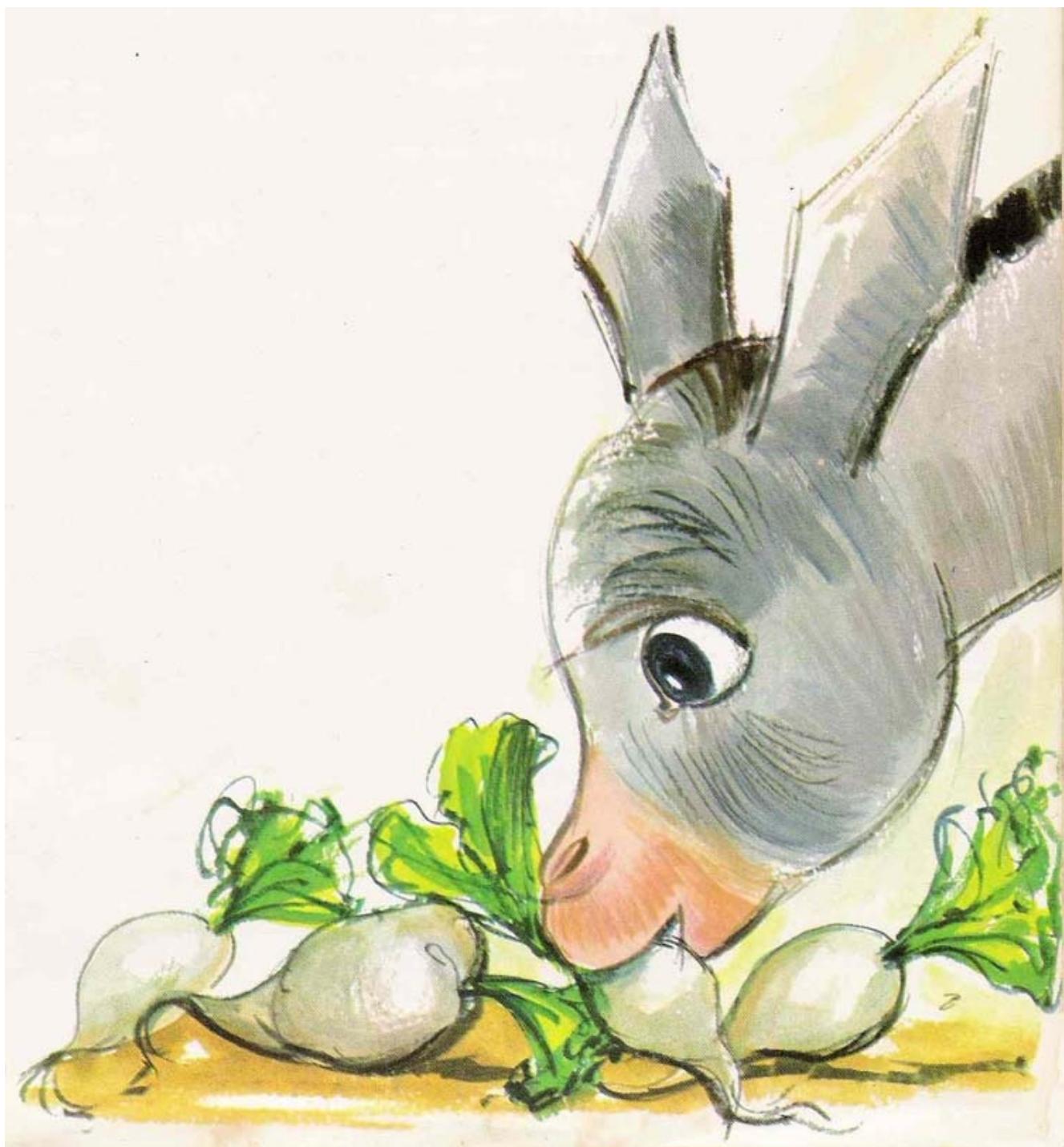
—¿Te gustan las remolachas, Pegacoces?

El borriquillo sacó la lengua relamiéndose el hocico.

—¡Ya lo creo que me gustan! —exclamó muy contento.

—Pues toma, cómetelas.

Y Manuel le dio a comer las cinco remolachas que Pegacoces saboreó con deleite.



Cuando el borriquillo terminó de comérselas, dijo Manuel:

—Ahora vamos a ver, Pegacoces. Yo te he dado cinco remolachas y te las has comido, ¿no es verdad?

—Es cierto. Me has dado cinco remolachas que estaban muy buenas. Muchas gracias.

—Pues si por cada remolacha me tienes que pagar diez pesetas, ¿cuántas pesetas me tienes que dar?

—Ninguna —respondió el borriquillo.

—¿Cómo que ninguna?

—Claro. No tengo que pagarte nada. Todos lo han visto. Me has dado cinco remolachas sin que las pidiera. Y volviéndose al público preguntó: ¿No es cierto eso?

—¡Sííí! —gritaron todos riendo.

—¿Lo ves? Si me las has dado, ¿por qué pretendes cobrármelas? Tramposo, que eres un tramposo. Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita.

—A eso no hay derecho —protestaba Manuel.

—A lo que no hay derecho es a engañar a un pobre borriquillo como yo. Vergüenza te debería dar...

Y Pegacoces se tumbó en el suelo con gesto digno, mientras el público se reía pasándolo en grande.

## 34 OCURRENCIAS DE PEGACOCES

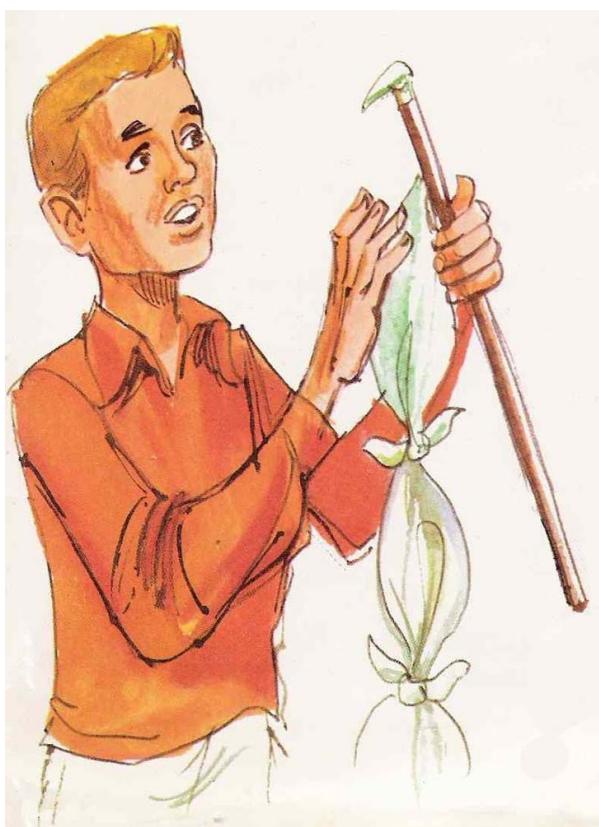
Manuel hizo intención de volver al carromato, pero el borriquillo le llamó:

—¡Eh! No te marches, que tienes que hacer un regalo a las señoras y señoritas.  
¡Es que no vas a darles un pañuelo de esos tan bonitos!

—¿Y dónde están los pañuelos?

—En ese bastón los tienes.

Manuel miró extrañado al bastón que había sacado al comenzar la función. Lo cogió y dijo, riendo, a Pegacoces:



—¿De este bastón? ¡No digas tonterías!  
—Yo te aseguro que de ese bastón puedes sacar pañuelos —afirmó el borriquillo.  
—Pues no veo ninguno —decía Manuel.  
—Claro que no los ves. Como que hay que sacarlos y eso es un truco. Verás: Coge el bastón por el puño.

Manuel cogió el bastón.  
—Ahora —continuó Pegacoces— da con él tres vueltas como si fuesen las aspas de un molino.

Manuel así lo hizo y... ¡Oh, maravilla! Del bastón empezaron a salir pañuelos y pañuelos, causando la admiración del público, que aplaudía con entusiasmo. Manuel repartió todos los pañuelos entre los espectadores.

Terminado el reparto, Manuel prosiguió diciendo:

—Distinguido público: Voy a presentarles a la mejor cantante de todos los tiempos. ¡Ante ustedes, la gran...! ¡¡Carmelilla!!

Los asistentes aplaudieron entusiasmados al verla aparecer.

La verdad es que estaba preciosa con su vestido de colores muy vivos, adornado de lentejuelas doradas.

Un gran pañuelo de seda le cubría la cabeza. Y al andar dejaba oír el tintineo de un magnífico collar de monedas de plata, así como de los grandes pendientes de aro.

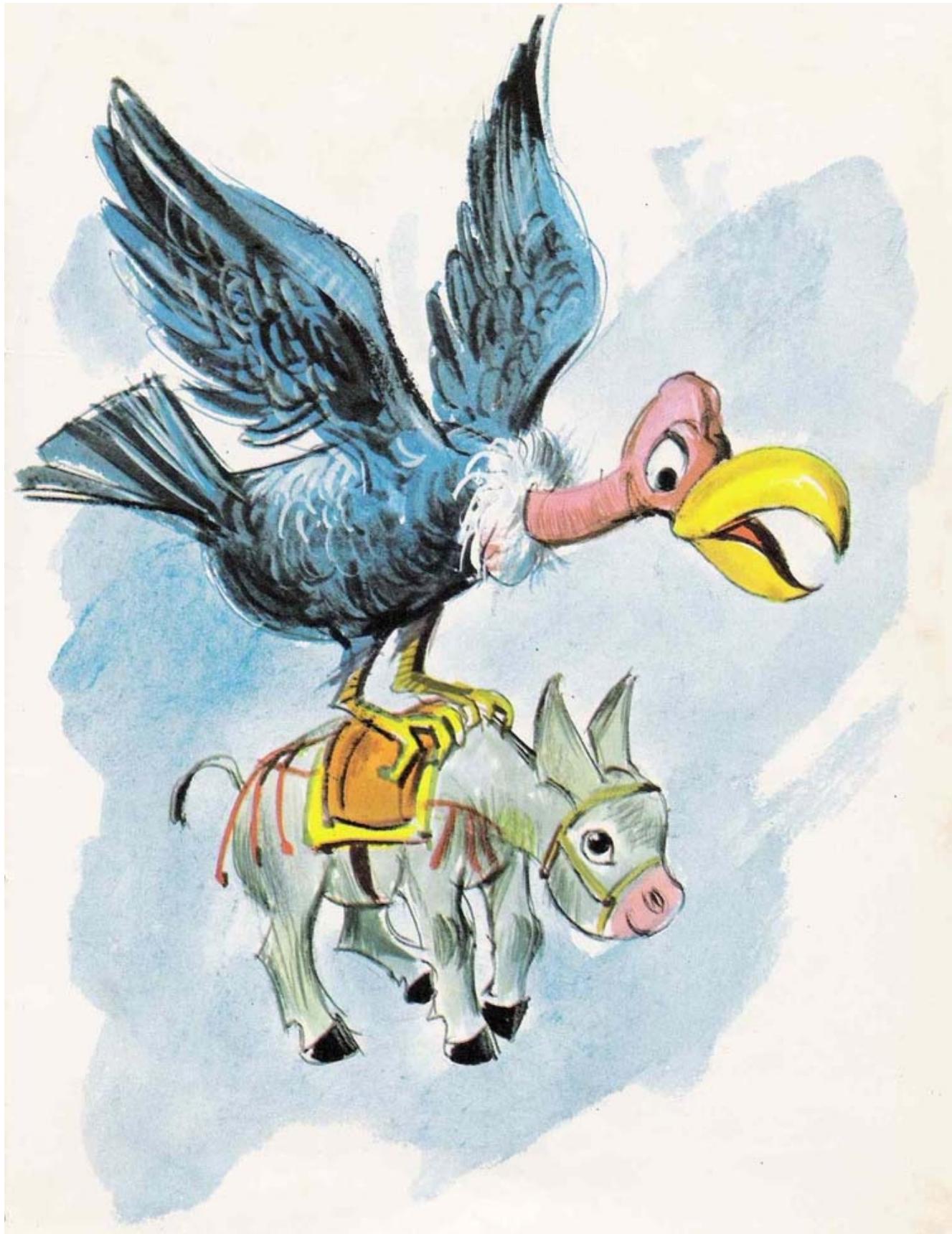
La pajarita Pico de Plata revoloteaba a su alrededor y, de cuando en cuando, se posaba en su hombro.

La actuación de Carmelilla fue un éxito apoteósico. Los vecinos del pueblo no se

cansaban de oírla y una y otra vez pedían que repitiera sus canciones.

Pero aquel entusiasmo se convirtió pronto en una desagradable sorpresa. En medio de una salva de aplausos, se escuchó, vivo y desgradable, un graznido tan fuerte como un trueno. Todos quedaron paralizados al oírlo.

Inmediatamente pudieron ver, llenos de horror, a un gran buitre que planeaba, a cierta altura, sobre la plaza. Era el mismo que Pegacoces había hecho huir en el campo, cuando salvó de una muerte segura al pajarito Pío-Pío.



## 35 RAPTO DE PEGACOCES

Pegacoces, que estaba muy tranquilo en un lado del escenario, vio cómo el buitre

se lanzó en picado contra él sin que el pobre borriquillo pudiera hacer nada para defenderse.

El ogro Corazón de Buitre, con sus potentes garras, cogió por el lomo a Pegacoces y comenzó a elevarse muy alto, alejándose del pueblo.

Pío-Pío salió volando tras él. No podía abandonar a su amigo Pegacoces. Quería ver dónde lo llevaba y estar siempre a su lado.

Mientras tanto, el borriquillo hacía todo lo posible por escapar. El buitre reía, divertido, burlándose de sus esfuerzos.

—Si te suelto y te caes desde aquí arriba —decía el malvado buitre— te estrellarás contra el suelo y te matarás.

Pegacoces comprendió que no podía hacer nada y decidió esperar a que bajasen al suelo para escapar.

Pero el ogro tenía el poder de adivinar el pensamiento de sus víctimas y, por eso, supo lo que Pegacoces iba a hacer. Así que le dijo riendo:

—Estás esperando que bajemos a tierra para librarte de mí, ¿eh? Pues no lo vas a lograr.

Pegacoces, muy enfadado, le gritó:

—Eso ya lo veremos. No te atreves a bajar y dejarme en el suelo porque sabes que te puedo, ¿verdad?

El buitre volvió a reír estrepitosamente.

—¡Ja, ja, ja! ¿Que tú me puedes? Para que veas que no tengo miedo, vamos a bajar.

Y comenzó a descender velozmente, sin dejar de reír a grandes carcajadas.

—¡Ahora verás! —chillaba.

Lleno de asombro, Pegacoces notó que apenas podía moverse. Que sus patas, su cabeza y todo su cuerpo comenzaban a ponerse rígidos. Que su piel parecía de cartón, y al mismo tiempo empezó a hacerse pequeño, pequeño, hasta quedar convertido en un borriquito de juguete.

Cuando llegaron al suelo, el malvado pajarraco le dijo:

—Anda, ¿qué vas a hacer ahora? ¿No decías que podías conmigo?

Y con una de sus garras arañó y golpeó al borriquillo de cartón, que rodó por el suelo.

—Aquí te quedarás para siempre en medio de este campo. Ni siquiera tendrás la satisfacción de que los niños jueguen contigo. Cuando llueva serás arrastrado por las aguas y desaparecerás. ¡Ja, ja, ja! ¡Adiós burro entrometido!

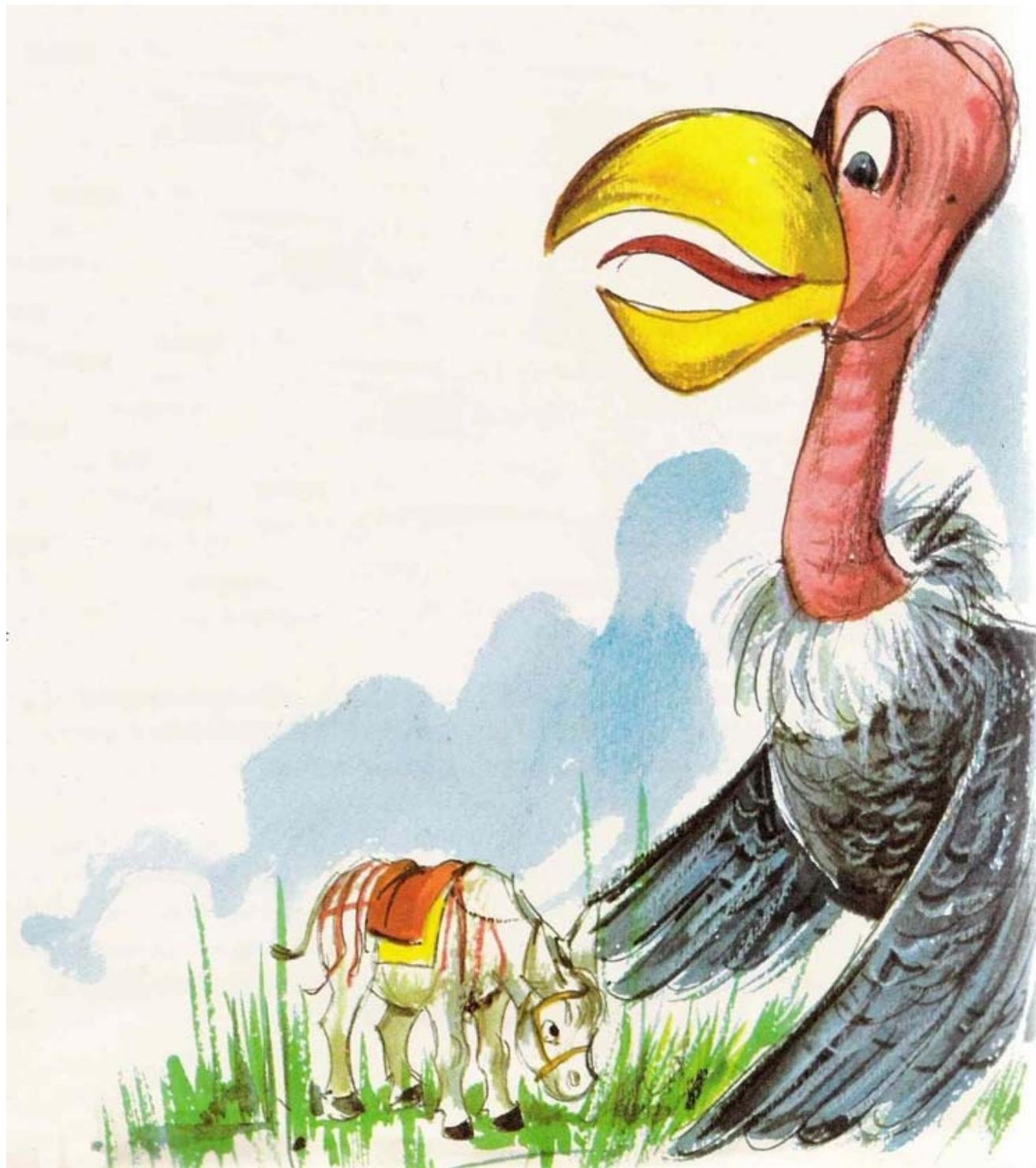
Y el odioso buitre elevó su vuelo, alejándose de aquel lugar.

Apenas se había marchado el ogro cuando llegó el pajarito Pío-Pío. Se puso al lado de Pegacoces y comenzó a piar con desconsuelo. Por su culpa estaba así su buen amigo. ¿Qué podría hacer por él? Si al menos hubiese alguien que pasase por allí y lo

recogiera...

Pensando en estas cosas y muy cansado por el largo vuelo con el buitre, se acurrucó junto al borriquillo de cartón.

Tenía mucho frío y por allí no había nada de comer, pero el pajarillo Pío-Pío estaba dispuesto a morir antes de abandonar a su amigo Pegacoces.



## 36 LAS DESGRACIAS DE MANUEL Y CARMELILLA

La desaparición de Pegacoces, raptado por el ogro Corazón de Buitre en medio de la función de circo, les había dejado a todos llenos de espanto.

Poco a poco, los espectadores tristes y apenados se fueron retirando a sus casas.

Manuel y Carmelilla se quedaron solos, sin saber qué hacer, acompañados tan sólo por e! mulo y la pajarita Pico de Plata.

Carmelilla no hacía más que llorar. Estaba segura de que nunca más volvería a ver a Pegacoces.

Y Pico de Plata, a su vez, estaba cierta de haber perdido para siempre a su querido pajarito Pío-Pío.

Nadie podría escapar de las garras de aquel buitre siniestro.

Manuel era el único que aún mantenía una pequeña esperanza, pero era más bien por animar a su mujer que por creer de verdad en la salvación de sus amigos.

Con mucha serenidad fue recogiendo las cosas que habían servido para la función de! circo y las guardó en el carromato.

Mientras tanto, Carmelilla no hacía más que suspirar pensando que la buena suerte se les había terminado y que nunca realizarían sus grandes proyectos.

Y, por desgracia, no le faltaba razón, porque no solamente los dos titiriteros iban a perder a su borriquillo, alma de su trabajo, sino que en poco tiempo iban a sufrir mayores desgracias todavía.

Dos días después marcharon del pueblo en su desvencijado carretón tirado por el mulo que marchaba triste, igual que sus amos, ante la ausencia de Pegacoces.

Con el dinero que tenían en la bolsa de los ladrones, caminaban hacia la ciudad para realizar sus sueños: comprar otro carromato, muñecos y algunos animales para trabajar en el circo.

Pero Carmelilla seguía con el presentimiento de que algo malo les iba a ocurrir y de que sus sueños no se realizarían.

Por eso, sin que Manuel lo advirtiera, cogió uno de los calcetines y lo llenó de monedas de las que iban en el saco y se lo guardó entre sus vestidos.

Así, si algún accidente les sucedía o les asaltaban los ladrones, no lo perderían | todo de golpe.

Por lo menos, aún les quedaría algo para ir tirando y sobrevivir mientras encontraban trabajo.

Y, en efecto. Un día, mientras estaban, acampados cerca de un riachuelo, Manuel llevó a beber al mulo y Carmelilla aprovechó que hacía buen tiempo para lavar la ropa y secaría al sol.

Cuando regresaron al carromato vieron con sorpresa que todo en su interior

estaba revuelto.

Aprovechando su ausencia, unos ladrones asaltaron el carromato y se llevaron todo lo que encontraron de valor.

La bolsa de las monedas había desaparecido, así como la caja de collares que Carmelilla lucía en sus funciones. ¡Habían quedado totalmente en la ruina! ¿Qué iba a pasar ahora?

Ya no les quedaba más dinero que las pocas monedas que Carmelilla había guardado.

La mujer confesó a su marido que había recogido del saco monedas, llenando un calcetín. Gracias a eso podrían salir del apuro y vivir una temporada, pero... ¿y después? ¿Qué iban a hacer?

Caminaron hacia la ciudad para buscar trabajo en alguno de los circos que allí actuaban. Mientras llegaban, aprovecharon para hacer alguna función por los pueblos por los que tenían que pasar.

Manuel lo mismo hablaba con un bastón que con una gallina. Con lo que fuera. El caso era divertir a la gente.

Carmelilla cantaba sus canciones acompañada por la pajarita Pico de Plata, que no les había abandonado.

Pero sin la presencia de Pegacoces, las funciones no eran como antes. Les faltaba alegría, no tenían atractivo y, poco a poco, dejaron de actuar.

Para ganar algo en algunos pueblos ayudaron en las faenas del campo. De algún modo tenían que ganar para comer.

El porvenir de "El Gran Circo Mundial" no podía ser más triste.

Mal que bien, pasaron aquel invierno, que fue bastante crudo y frío.

No estaban demasiado preocupados, pero lo que sí les angustiaba era la suerte que hubiera podido correr el burrito Pegacoces en poder de aquel espantoso buitre.

¿Y el pajarito Pío-Pío habría logrado encontrarle? ¿Qué habrá sido de los dos? ¿Dónde estarían? ¿Vivirían aún?

De saber dónde se encontraban, podrían salir en su busca para ayudarles y



salvarles. Pero ¿cómo encontrarles?

Y así, angustiados por aquellos pensamientos, fueron pasando uno tras otro los largos días de aquél invierno.



## 37 CARLOS Y CONCHITA

Pegacoces, convertido en borriquillo de cartón, continuó días y días en el mismo sitio donde lo arrojó el malvado Ogro Corazón de Buitre.

Pío-Pío no se separaba de su amigo Pegacoces sino para buscar algo de comer. Para dormir, como no había árboles, se acurrucaba junto al borriquillo de cartón.

Mientras tanto, algo iba a suceder que sería la salvación de nuestros amigos.

En uno de los pueblos de aquella región, vivía un matrimonio que tenía dos hijos. Uno de ocho años, Garlitos, y una hija de seis, que se llamaba Conchita. El padre, como estaba enfermo, no podía trabajar y no ganaba dinero para mantener a la familia.

Ante esta apurada situación, el matrimonio acordó enviar a sus hijos a casa de unos parientes que vivían en un pueblo cercano.

Y se pusieron en camino. Delante iba Carlos con una bolsa. Le seguía Conchita, que abrazaba con fuerza a su muñeca, que no abandonaría por nada del mundo.

De pronto, el niño gritó alegre y sorprendido a la vez:

—¡Mira, Conchita! ¡Un juguete!

Carlos recogió del suelo el borriquillo de juguete, que era el propio Pegacoces convertido en borriquillo de cartón.

—¡Qué bonito es! ¿A quién se le habrá perdido?

—A lo mejor lo ha tirado alguien que tenía muchos juguetes — respondió la niña.

—Me lo voy a llevar y así tendré con quién jugar en casa de los tíos — dijo Carlos.

Y llevando al borriquillo entre sus brazos, con todo cuidado, continuaron el camino.

Cuando el gorroncillo negro, que había ido a buscar comida, regresó al lugar donde estaba el borriquillo, de cartón, vio con asombro que su amigo había desaparecido.

Pió varias veces llamándole, sin obtener contestación. Desconsolado, comenzó a volar sin saber dónde ir ni qué hacer.

Mientras tanto, los dos hermanitos se sentaron a descansar y a comer algo. Y como estaban muy cansados, se quedaron dormidos. Muy juntitos los dos, eso sí, y cada uno abrazado a su juguete.

Así los encontró el pajarito Pío-Pío.

Pío-Pío reconoció enseguida al borriquillo de cartón, que el niño tenía en sus manos.

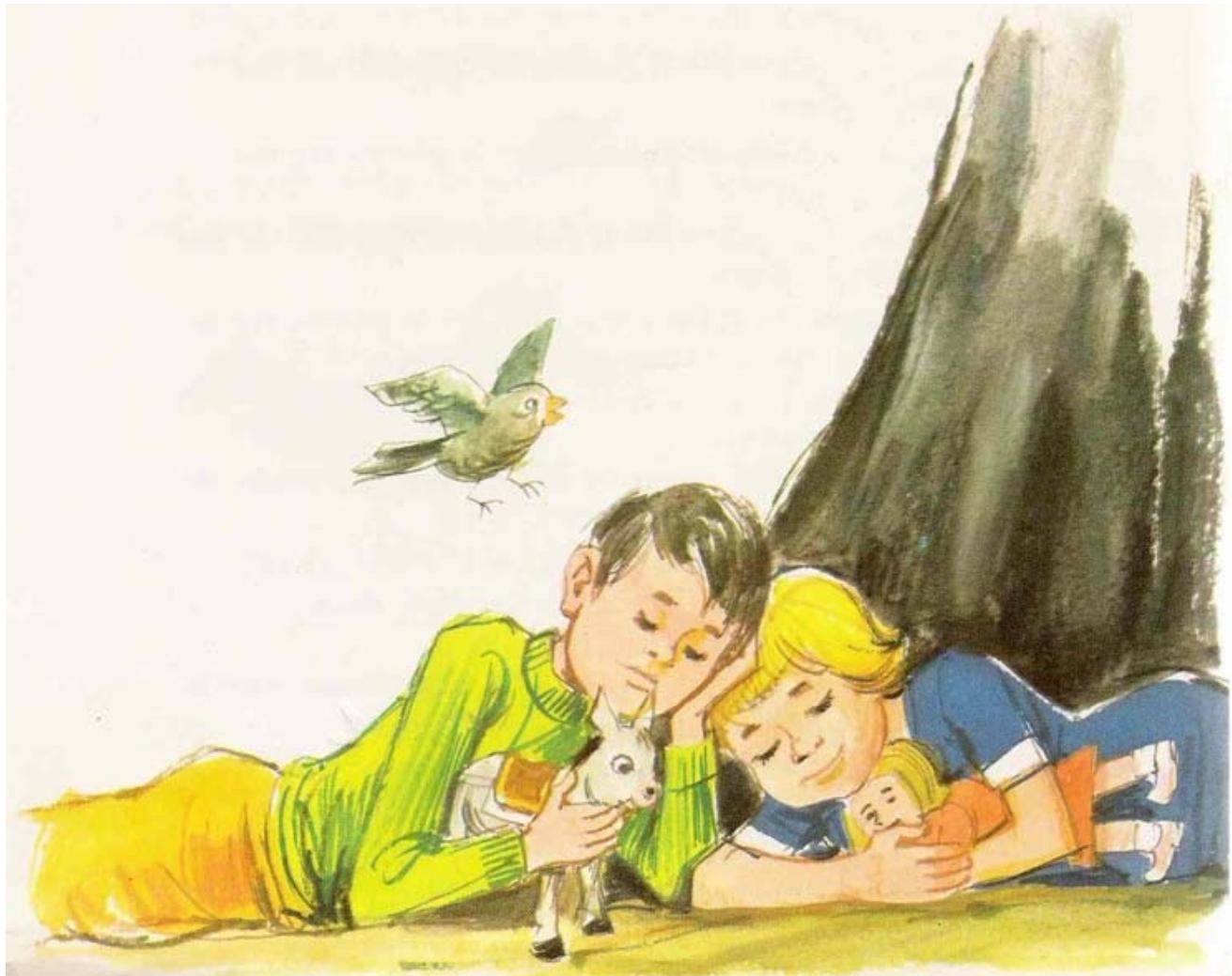
Los dos hermanitos dormían apaciblemente. ¡Qué cara tan bonita tenían! Pero ¿qué hacían allí ellos solos?

El gorroncillo negro se puso muy contento al verlos. Revoloteó sobre ellos y comenzó a piar llamando su atención.

—¡Pío, pío, pío!

¡Oh! Si aquellos niños le acariciaran y le besaran... Con eso se acabaría su encantamiento. Sólo así volvería a ser de nuevo el Hada de los Sueños y escaparía para siempre del siniestro ogro Corazón de Buitre.





## 38 EL GORRIONCILLO NEGRO

—¡Pío, pío! —gritó con todas sus fuerzas el gorroncillo negro.

Carlos y Conchita despertaron sobresaltados al escuchar al pajarito.

La primera en verle fue la niña, que dijo a su hermanito:

—Fíjate, Carlos. Mira ese pajarito.

—¡Qué feo es! —exclamó el niño.

—¡Qué va a ser feo! —contestó Conchita—. ¿Es que no hay pájaros de todos los colores, o qué?

Y dirigiéndose al gorroncillo negro, le dijo:

—Hola, pajarito. ¿Cómo estás aquí con el frío que hace? ¿Dónde tienes tu nido?

—¡Pío, pío! —respondió el gorroncillo.

Conchita, al verle tiritando, exclamó muy apenada:

—¡Pobrecito! ¡Si está muerto de frío!

—¿Tienes hambre, pajarito? —preguntó Carlos, dándole una migaja de pan.

—¡Pío, pío! —respondió el gorroncillo moviendo sus alas en un gesto de alegría.

El pajarito Pío-Pío se sentía feliz. Era la primera vez que un niño le trataba con tanto cariño.

—¿Quieres venir con nosotros a casa de nuestros tíos? —preguntó Conchita.

—¡Pío, pío, pío! —contestó el gorroncillo aleteando alegremente en señal de asentimiento.

—Mi hermano se llama Carlos y yo Conchita. ¿Y tú?

—¡Pío, pío! —decía el gorroncillo negro, sin dejar de revolotear alegremente sobre los niños.

—¡Eso! —exclamó Conchita—. Te llamaremos Pío-Pío.

Poco después, los dos hermanitos, Carlos con su borriquito y Conchita con la muñeca, se encaminaron al pueblo de sus tíos.

Pío-Pío revoloteaba junto a ellos. Unas veces se posaba a descansar sobre el hombro de la niña y otras sobre el del niño.

Caminaban en silencio. Conchita miraba sonriente a su muñeca. Carlos, serio y pensativo, a su borriquito. Conchita, al observarlo, preguntó:

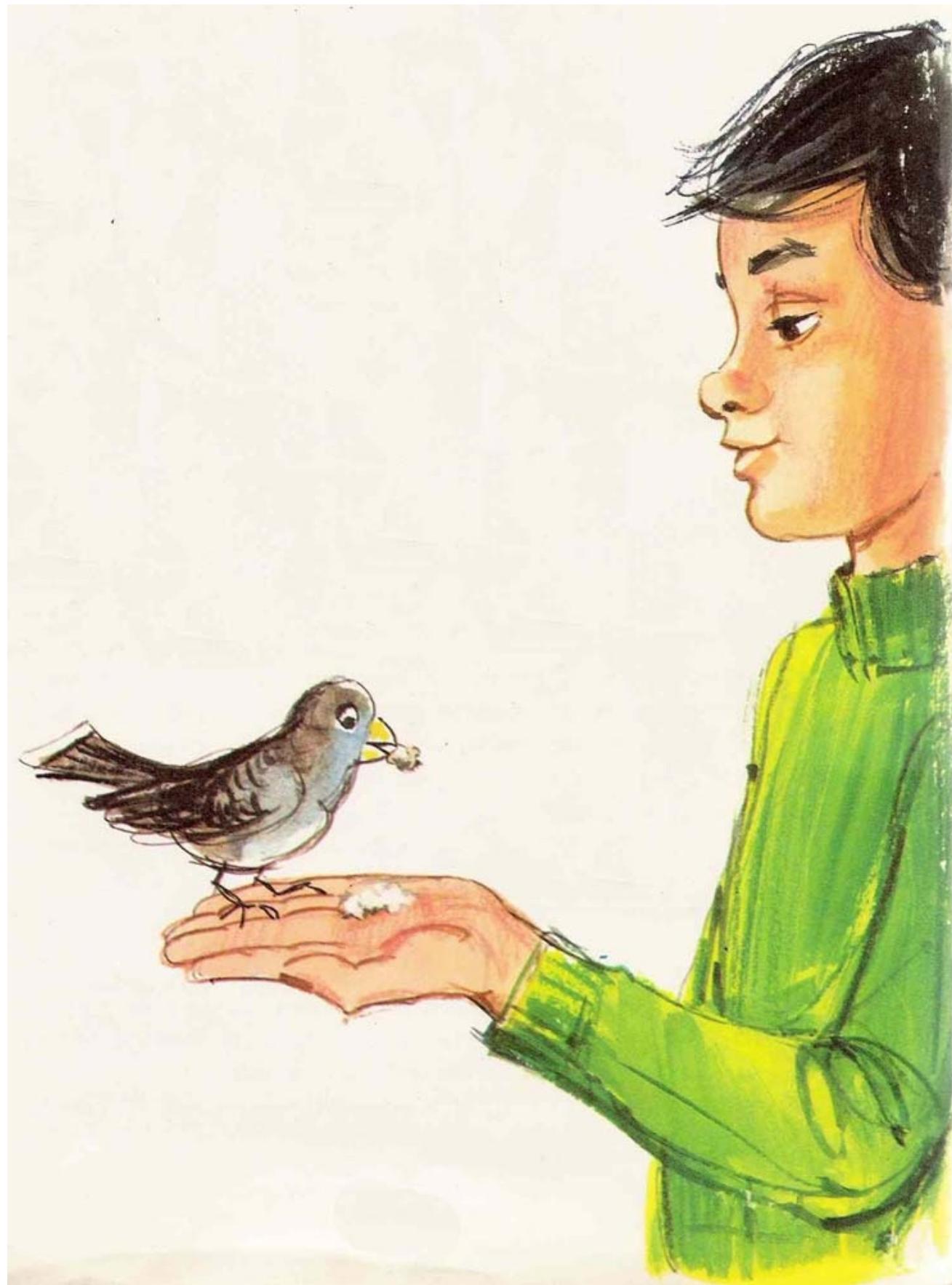
—En una cosa imposible —respondió el niño—, pero que me hace mucha ilusión.

—Mira que si este borriquito de juguete se convirtiera en uno de verdad!

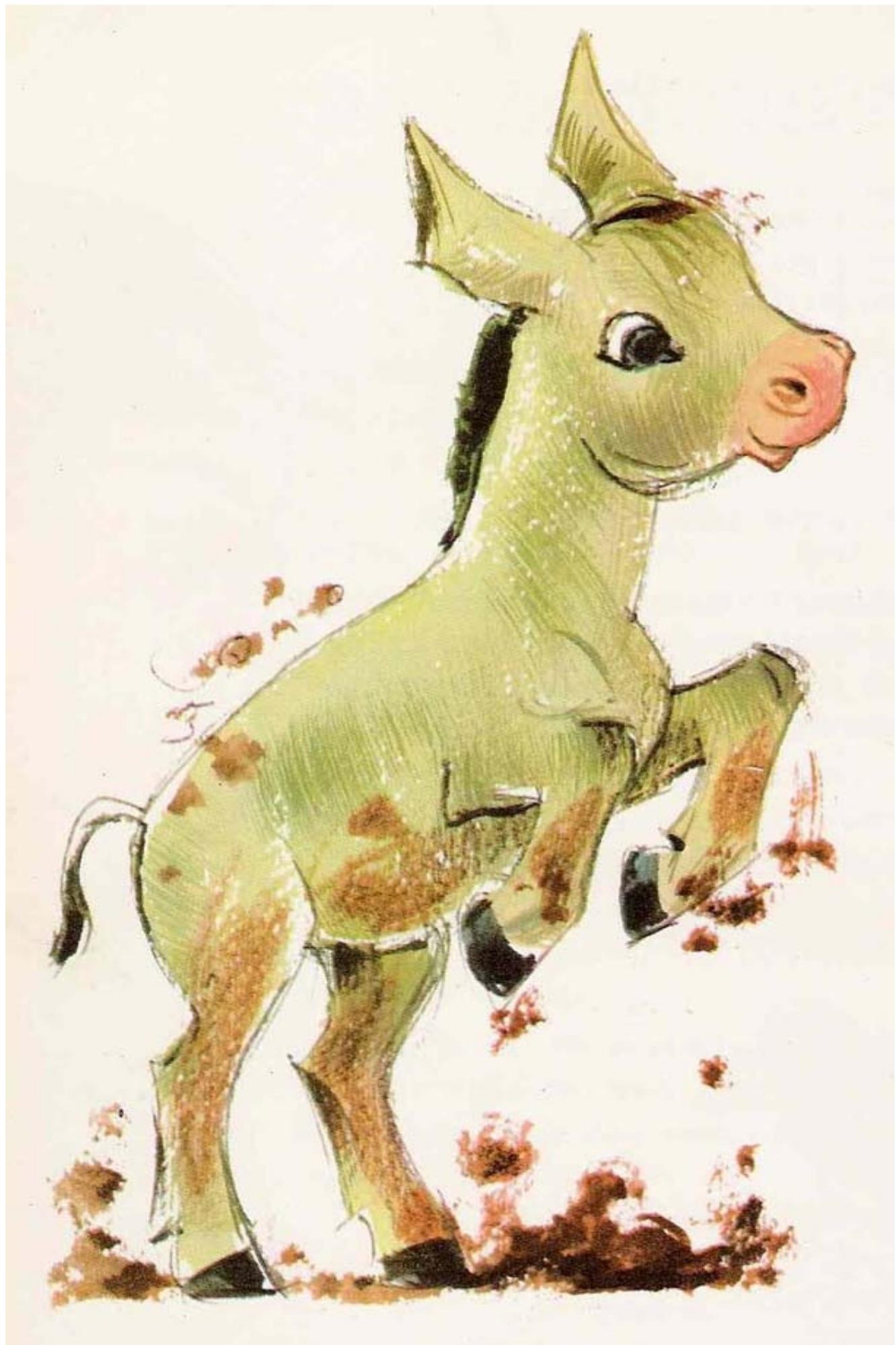
—¡Qué bien! —aplaudió Conchita contenta—. Así, montados en él, llegaríamos antes a casa de los tíos.

—No —respondió Carlos—. Lo que haríamos sería volver a nuestra casa y el borriquillo nos ayudaría a llevar sacos de verdura al mercado. Así ganaríamos algo y llamaríamos a un médico para que curase a papá.

—¡Eso, eso! —y Conchita aplaudió alegremente. Pero poniéndose seria continuó —. Aunque eso no puede ser. Un borrico tan pequeño y de juguete no puede convertirse en uno grande y de verdad...







## 39 PEGACOCES VUELVE A LA VIDA

Iban hablando así los dos hermanos, cuando, de pronto, Carlos tropezó y el borriquito de juguete fue rodando por el suelo. Algo así como si hubiera dado un salto.

—¿Se te ha caído el borriquillo? —preguntó extrañada Conchita.

—No lo sé —contestó Carlos—. Parece como si hubiese saltado solo. Yo no lo he tirado.

Pío-Pío comenzó a revolotear sobre el borriquito de juguete que estaba en el suelo.

Y, de pronto, los dos niños contemplaron algo extraordinario. El borriquito de cartón comenzó a crecer, a crecer, hasta quedar convertido en un borrico de verdad. Pegacoces había vuelto a la vida.

Los niños le miraban llenos de asombro.

Pero la sorpresa de los niños fue mucho mayor cuando Pío-Pío, posado sobre la cabeza de Pegacoces, les habló como si fuese una persona.

—¿No queríais un burrito de verdad? Pues aquí lo tenéis.

—¡Oh, Pío-Pío! —dijo Conchita—. ¿Cómo es que siendo un pajarito hablas como nosotros?

—Porque ya no soy un pájaro. Soy el Hada de los Sueños. El hada protectora de los niños buenos.

—¿Y cómo vas disfrazada de pájaro negro y feo?

—Es la venganza del ogro Corazón de Buitre que, por no querer casarme con él, me convirtió en un gorroncillo tan feo, para que nadie me quiera. Solamente un beso de cariño de dos niños, tan buenos como vosotros, podría romper mi encantamiento. Porque habéis de saber que yo no soy un gorrión. Y si hacéis lo que os pido, sucederá algo maravilloso.

—Nosotros somos amigos tuyos —dijo Carlos—. A mí no me importa darte un beso.

—Ni a mí tampoco —exclamó Conchita—. Yo te quiero mucho. Pájaros tan feos como tú hay muchos volando, y mira qué alegría hay en el campo.

—Entonces, ¿no os importa darme un beso cada uno? —preguntó Pío-Pío.

—Uno, no. ¡Muchos! —dijo Conchita emocionada.

—Yo también te daré lo que quieras —añadió Carlos.

Y el gorroncillo pió emocionado.

## 40 EL HADA DE LOS SUEÑOS

Pío-Pío voló hacia Carlos y se posó en su mano. El niño besó varias veces la cabeza del gorroncillo negro y feo.

—Ahora me toca a mí. Déjame que yo también bese a Pío-Pío —dijo Conchita.

Pío-Pío voló hacia la niña que le dio muchos besos.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? Si quieres, puedes vivir en nuestra casa.

—Ya verás cómo nuestros papas también te van a querer mucho —dijo Conchita.

Pío-Pío, volando, se posó en el suelo junto a Pegacoces, y entonces los niños pudieron contemplar algo maravilloso.

Pío-Pío, el gorroncillo negro y feo, se convirtió en una bellísima joven, toda vestida de rosa. En la cabeza llevaba una corona de brillantes y esmeraldas, y en su mano derecha una varita de oro con una estrella en la punta. Era la varita mágica que tienen todas las hadas.

—¡Qué guapa eres! —gritó entusiasmada Conchita. Parece como si te conociera.

—¿Dónde te he visto yo antes? —dijo Carlos.

—Claro que me conocéis —contestó el hada sonriente—. Me habéis visto en todos vuestros sueños felices. Porque yo soy el Hada de los Sueños.

Los dos hermanitos miraban admirados aquella maravilla. Pegacoces se había acercado a los niños y los acariciaba con su hocico.

—Ahora —dijo el Hada de los Sueños— decidme qué es lo que más deseáis. A ver, empieza tú, Conchita.

—Yo... Pues... no sé... Deseo... —dijo la niña— deseo volver a mi casa. Quiero que mi papá se ponga bueno y que pueda trabajar. Quiero que estemos todos juntos y ayudar a mi mamá.



—Y yo —pidió Carlos— igual que Conchita; quiero volver a mi casa con mamá. Y que papá se ponga bueno y encuentre trabajo para que esté siempre con nosotros.

—Los padres —dijo el hada— son las personas más buenas, y todos los hijos los deben querer mucho.

—A ti también te queremos —dijo Conchita.

—¿Y no os gustaría tener muchos juguetes? —preguntó cariñosamente el hada.

—Bueno, pero yo ya tengo mi muñeca —dijo Conchita.

—Y yo mi borriquito, que es de verdad —contestó Carlos.

De pronto, los niños comenzaron a sentir mucho, mucho sueño. Tanto, que sin

darse cuenta se quedaron profundamente dormidos.

## 41 EL OGRO DESAPARECE

Los niños seguían dormidos. Pegacoces y el hada vigilaban para que nadie molestara su profundo sueño, cuando, de pronto, se oyó un aleteo ensordecedor.

Ante el asombro de Pegacoces y el espanto del hada, allí estaba el horrible y monstruoso buitre.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha desencantado? ¿Quién ha vencido mi poder?

—Esos dos niños, con su cariño —dijo el Hada—. ¿No dijiste que solamente podrían desencantarme unos niños que me quisieran y me besaran sin sentir repugnancia? Pues ahí los tienes. Estos son.

—Sí? —rió cruelmente el ogro—. Pues ahora esos dos niños se van a convertir para siempre en un par de ratoncitos, y a ti, Hada de los Sueños, te volveré a hechizar otra vez si no aceptas casarte conmigo.

—¡No! ¡Nunca! —gritó el Hada de los Sueños.

—¿Es que no soy guapo ni elegante? —preguntó el ogro.

En ese momento, el buitre quedó convertido en un hombre muy bien vestido, pero terriblemente feo. Era un monstruo. Sus dientes parecían los de una hiena. En su mano derecha tenía un bastón negro con la empuñadura de plata.

—Piénsalo bien, amiga mía —dijo el ogro riendo, al mismo tiempo que mostraba su bastón—. En esta mano tengo el bastón que me da el poder. Puedo volveros a encantar.

El Hada de los Sueños miró con tristeza a Pegacoces. Estaba dispuesta a ceder para salvar a todos.

—¡No! ¡No te cases con ese monstruo! Déjale que nos vuelva a encantar si quieres. Todo antes de que caigas en las garras de ese malvado.

El ogro Corazón de Buitre, sonriendo burlonamente, preguntó al Hada de los Sueños:

—¿Qué dices tú a eso? ¿Prefieres seguir siendo un pajarraco feo antes que casarte conmigo? ¿Quieres que ese asno entrometido sea un gato que corra siempre tras esos dos niños convertidos en indefensos ratones?

El ogro Corazón de Buitre rió escandalosamente y, volviéndose hacia Pegacoces, preguntó:

—¿Y tú, qué dices? ¿Te gustará ser gato? Ahora no pareces tan valiente como cuando te llevaba entre mis garras. ¿No decías que cuando estuviésemos en el suelo ibas a poder conmigo? Pues ya estamos en el suelo. ¿A qué esperas? ¡Anda, atrévete!

Pegacoces se puso de espaldas al ogro y, visto y no visto, le dio un par de coches, haciéndole rodar por el suelo. Con la boca le arrebató el bastón y se alejó a todo correr'.

El ogro gritaba angustiado.

—¡Dame ese bastón! Si me lo devuelves prometo no haceros ningún mal. ¡Os dejaré en paz para siempre!

El ogro, sin el bastón, no tenía su poder mágico. Y si ese bastón se rompía, el ogro dejaba de existir.

—Por favor —suplicaba—, devuélvemelo. No lo rompas. Os prometo que ya no os haré daño. ¡Pedidme lo que queráis!

Pero el bastón tenía otra virtud. Su dueño podía adivinar el pensamiento de los demás. Pegacoces, al llevarlo en la boca, adivinaba que el malvado ogro no decía la verdad.

Por eso, el borriquillo apoyó el bastón sobre una piedra, y con sus dos patas traseras a la vez, dio tal golpe que lo hizo pedazos. El ogro dio un grito espantoso.

—¡No! ¡No! ¡No!

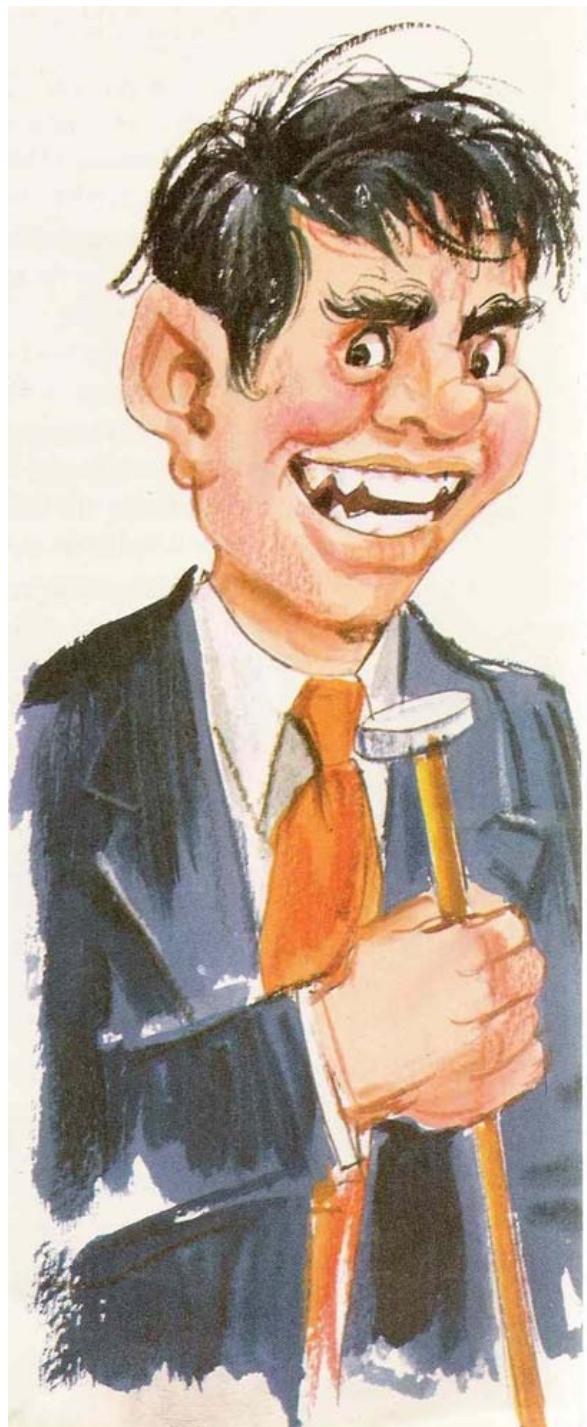
El chasquido del bastón produjo un trueno horrible, al mismo tiempo que lanzaba rayos y relámpagos terribles. Y una gran llamarada surgió de la tierra envolviendo al monstruo. Después... sólo se vio una columna de humo que se disipaba en el aire dejando un fuerte olor a azufre quemado.

La tierra se había tragado al malvado ogro Corazón de Buitre. Ya no tenía ningún poder y nunca podría volver para encantar a nadie.

El hada, agradecida, puso sobre la cabeza de Pegacoces su varita mágica, y dijo:

—Amigo Pegacoces: En premio a lo que has hecho por nosotros derrotando al ogro Corazón de Buitre, te concedo un poder mágico. Con él conseguirás todo cuanto quieras, siempre que tus deseos sean para hacer el bien y la justicia.

El hada montó a Carlos y a Conchita sobre Pegacoces, a quien le habían salido unas preciosas alitas plateadas, y moviendo graciosamente su varita mágica, comenzaron todos a subir por los aires y se perdieron entre las nubes.





## 42 DULCE DESPERTAR

¡Qué sorpresa más grande recibieron los niños al despertar!

Se hallaban en una habitación amplia, llena de luz y acostados en unas camas adornadas con dibujos de pájaros. Las colchas se parecían en todo al manto del Hada de los Sueños.

Junto a los niños estaban sus papas, que los miraban sonriendo. Carlos y Conchita, sentados cada uno en su cama, sorprendidos, no sabían qué decir.

La mamá rompió el silencio y dijo, acariciándoles:

—Papá ya está curado y trabaja, gracias a algo maravilloso que ha sucedido en esta casa y que yo no me puedo explicar.

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Dónde estamos? —preguntaron al tiempo los dos niños.

—Esta es nuestra nueva casa y aquí viviremos todos juntos, contentos y felices.

—Levantaos y entrad en esa habitación, a ver si os gusta lo que han dejado para vosotros.

Conchita y Carlos saltaron rápidos de sus camas y fueron corriendo. Entraron y...

—¡Huy, Conchita! ¡Fíjate cuántos juguetes!

—¡Mira, Carlos! ¡Si hay una muñeca con su cunita!

—¡Qué pelota más grande! —decía Carlos saltando de alegría.

—¡Y cacharritos de cocina!

—¡Y un carro con muías de cartón!

—¡Y muchos vestidos para mi muñeca! ¡Y un estuche para bordar!

—Ahora —dijo la mamá—, os contaré lo ocurrido. Estaba yo en la puerta de casa, triste y llorosa, pensando en vosotros, cuando vi venir hacia mí un precioso borriquito con alas de plata, acompañado de alguien que parecía un ángel.

—No era un ángel, mamá —dijo Carlos—. Era el Hada de los Sueños.

—No, que era Pío-Pío —dijo Conchita.

—Bueno —continuó la madre sonriendo—. Con ellos veníais vosotros dormidos. El hada, como vosotros decís, traía una varita en la mano.

—Sí, sí; la varita mágica —aclaró Carlos ante la sonrisa de sus padres.

—Pues con esa varita —continuó la mamá— tocó las paredes de nuestra casa y al momento todo cambió: muebles nuevos, paredes pintadas, papá se puso bueno, vinieron a buscarle de la fábrica y yo me puse tan contenta.

En esto, la niña dio un grito de alegría. En un rincón vio a su muñeca de trapo. Corrió hacia ella y la abrazó con entusiasmo.

—¡Mi muñeca guapa! Tú también jugarás con mis cacharros y con todo.

Y cuando más entretenidos estaban los niños con sus juguetes, oyeron una voz



muy dulce que decía:

—¡Adiós, amigos! Divertíos, jugad y seguid siendo buenos. Pegacoces y yo, el Hada de los Sueños, seguiremos pensando en vosotros.

## **43 PEGACOCES VUELVE AL CIRCO**

Cuando Pegacoces se separó del Hada de los Sueños, aprovechó el poder que tenía para que le salieran alas y volar. Lo primero que pensó fue regresar al pueblo de Valdemoscas, donde tan feliz había sido con Juanito y sus amigos. ¿Se acordarían de él? ¿Le reconocerían Pili, su madrina y las demás niñas?

Pero, de repente, se acordó de sus otros amigos, Manuel y Carmelilla, Pico de Plata y del mulo. ¿Qué sería de ellos?

De saber dónde estaban, iría a buscarles para trabajar con ellos y darles el premio que se merecían. Pero... ¿por dónde buscarles? ¿Por qué caminos marcharían?

Decidió levantar el vuelo y subir muy alto, para dominar desde las nubes todos los caminos. En alguno de ellos descubriría el carromato de los titiriteros.

Después de bastantes horas sin encontrar nada, vio a lo lejos, junto a unos árboles del camino, el carromato de Manuel y Carmelilla. Era ya casi de noche y preparaban la cena, dispuestos a descansar.

Se dirigió hacia ellos y quiso darles una sorpresa.

El montón de paja que tenía ante sí el mulo, se lo convirtió en un montón de rica alfalfa y sabrosas remolachas.

El mulo, al ver aquello, lanzó un bufido de alegría.

Carmelilla y Manuel, asustados, corrieron a ver lo que pasaba. Y quedaron maravillados por la abundante comida que el mulo tenía ante sí.



—Oye, Carmelilla, ¿quién habrá traído todo esto?

Y se volvieron al carromato donde, a su vez, se encontraron con una mesa repleta de toda clase de comida.

También la pajarita Pico de Plata se encontró con un montón de alpiste y de gruesos cañamones.

Manuel y Carmelilla cenaron opíparamente aquella noche. Y cuando entraron en el carromato para acostarse, vieron, con gran sorpresa, que el interior había cambiado: camas, colchones, sábanas, mantas, colchas... Todo era nuevo.

Los esposos se abrazaron emocionados y lloraron de alegría antes de acostarse.

A la mañana siguiente les despertaron unos alegres rebuznos. Era Pegacoces, que ya no podía aguantar más sin reunirse con sus amigos.

A esos rebuznos se unieron unos bufidos del mulo y el alegre piar de la pajarita Pico de Plata.

Carmelilla y Manuel salieron apresuradamente del carromato, abrazando muy alegres al borriquillo, que volvía a estar otra vez con ellos.

Cuando se fijaron en el carromato, otra sorpresa les esperaba. El vehículo era

nuevo, estaba recién pintado, y en grandes letras podía leerse: “GRAN CIRCO MUNDIAL”.

Dos días después comenzaron las funciones por los pueblos. El buen tiempo invitaba a otros pájaros a seguirles y nuevamente se formó el coro de aves que acompañaban a Carmelilla en sus canciones.

Pegacoces, con su poder, no hacía otra cosa que pagar el cariño que sus amos le tenían y el buen trato recibido.

## 44 ENCUENTRO INESPERADO

El flamante carromato de los titiriteros rodaba camino adelante. Un camino ya conocido de nuestros amigos Manuel y Carmelilla.

En ese mismo lugar, un año antes y bajo los efectos de una terrible tormenta, perdieron la vida la cabra y el mono amaestrado.

En ese mismo sitio fue donde, después de un gran susto, encontraron a Pegacoces, que fue su salvación, porque gracias a él, pudieron seguir trabajando y dando funciones de circo.

—¿Recuerdas estos lugares, Carmelilla? —preguntó Manuel.

—¡Claro que me acuerdo! No podré olvidarlos en la vida.

Mientras tanto Pegacoces, que iba suelto detrás del carromato, y que ya conocía el terreno, corrió hacia un arroyuelo próximo a saciar su sed.

Los demás caminaban muy tranquilos cuando vieron a lo lejos, en medio de la carretera, a un grupo de personas.

¿Quiénes eran? ¿A quién esperaban?

Algo raro sucedía.

Manuel y Carmelilla comenzaron a preocuparse.

Muy pronto iban a salir de dudas porque precisamente a ellos iban dirigidas las señas y que les obligaron a detenerse.

Al acercarse, el grupo rodeó el carromato.

Entre los hombres había un solo niño. Este niño era... era Juanito. ¿Os acordáis de él, verdad? El muchacho a quien el heroico borriquillo salvó de morir abrasado por las llamas, el antiguo amo de Pegacoces, el muchacho que tanto lloró, creyendo que su borriquillo había desaparecido para siempre, el que había dado por muerto a Pegacoces.

El grupo de personas lo formaban un conjunto de vecinos del pueblo cercano que saludaron con afecto a los titiriteros.

—¿Dónde van los artistas? —preguntó uno del grupo que no era otro que Juanón.

—No llevamos rumbo fijo. Vamos por esos pueblos de Dios dando funciones de circo —contestó Manuel.

—¡Yupi! —exclamó Juanito, saltando de contento—. ¿Y por qué no dan mañana una función en nuestro pueblo?

—Podemos hacerlo —dijo Carmelilla—. Pero ¿dónde está ese pueblo? ¿Cómo se llama?

—Está aquí cerca, detrás de esas montañas. Se entra por ese desfiladero. Se llama Valdemoscas, pero eso sólo hasta mañana.

Manuel y Carmelilla, muy extrañados, dijeron:

—¿Y por qué hasta mañana nada más?



—Porque mañana cambiará de nombre y se llamará Valdecoces —explicó Juanito con una gran sonrisa.

Manuel y Carmelilla se miraron.

El borriquillo aún seguía por el campo, alejado del carromato, aprovechando el tiempo para comer hierba a la orilla del riachuelo.

—¿Oye, muchacho, qué es eso de Valdecoces? —preguntó Manuel.

—Muy sencillo. Vamos a cambiar de nombre al pueblo en recuerdo de un borriquillo que se llamaba Pegacoces. Era el borriquillo más valiente que se ha conocido. Le queríamos mucho porque gracias a él estamos vivos todos los del pueblo.

Los titiriteros se miraron intencionadamente y sonrieron.

Juanito continuó contando la historia de Pegacoces diciendo cómo todos le recordaban, cómo después de la tormenta no quedó una sola mosca y cómo en su

recuerdo el Ayuntamiento acordó cambiar el nombre y hacer una estatua de Pegacoces que se pondría como remate de la fuente en el centro de la plaza del pueblo.

Explicó también a los titiriteros cómo al día siguiente tendría lugar el cambio de nombre y la inauguración del monumento.

Por eso el pueblo ardía en fiestas y quería ver el circo.

La alegría y el asombro de Juanito eran muy grandes.

Carmelilla lo comprendió y dijo al muchacho:

—¡Mira que si el borriquillo que tú crees muerto apareciera vivo mañana...!

—¡Huy, si eso mera verdad! —exclamó Juanito—. ¡Qué alegría más grande! Sería maravilloso.

Pero de pronto se puso triste y dijo con amargura:

—Si no es posible. Si el pobre Pegacoces murió al derrumbarse las rocas de la presa. Si desde entonces no le hemos vuelto a ver. Si yo lo he buscado por todas partes y no lo he encontrado ni muerto ni vivo. No, no es posible, Carmelilla.

—Bueno, bueno, muchacho, no te desesperes, que mayores cosas se han visto. Si yo te contara...

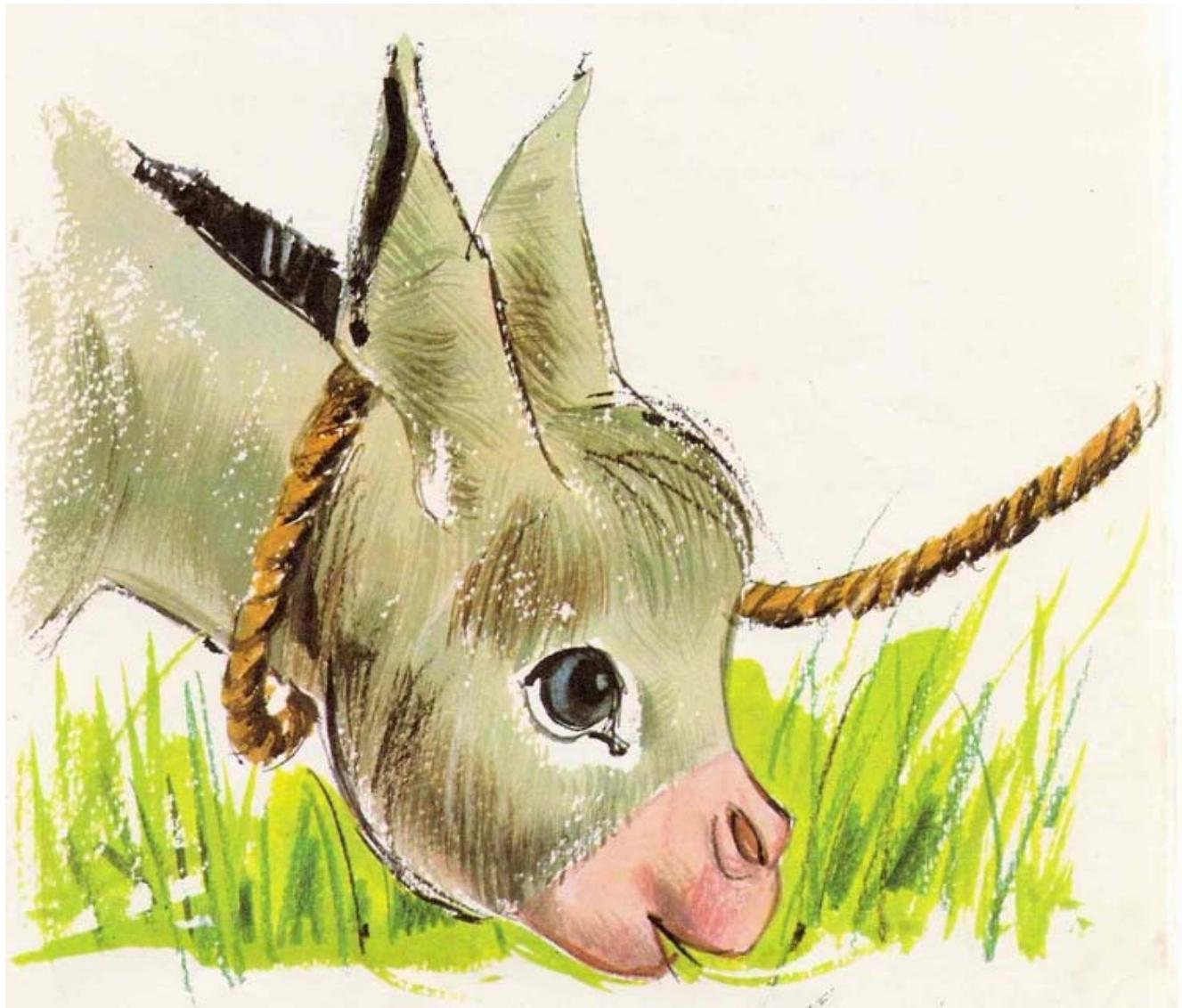
Juanito fijó su vista en Carmelilla y exclamó:

—¡Cuenta, cuenta!

Carmelilla le despidió con una caricia diciendo:

—Por hoy no te puedo decir más, pero mañana charlaremos. No te preocunes.

Y Juanito se volvió al pueblo con sus paisanos, más contento que unas castañuelas.



## 45 MANUEL Y CARMELILLA

Cuando el grupo de vecinos de Valdemoscas se une, Manuel decidió acampar a la orilla del camino, junto a una fuente.

Manuel y Carmelilla se quedaron muy preocupados.

—Entonces a nuestro borriquillo le buscaron, pero no le encontraron —dijo Carmelilla—. Tendremos que devolverlo, ¿verdad?



Manuel no contestó. Estaba muy apenado. Carmelilla continuó diciendo:

—¿Te das cuenta de la alegría tan grande que recibiría ese niño si le devolvemos su borriquillo?

—¿Tú crees que lo debemos devolver? —dijo Manuel muy serio.

Carmelilla le miró sorprendida.

—¿Cómo no lo vamos a devolver? ¡Si no es nuestro! Quedarnos con él sería un robo.

—Ten en cuenta, Carmelilla, que es nuestro principal medio de vida. Entiéndelo bien.

Y después de un rato de silencio continuó Manuel:

—¿No comprendes que sin ese borriquillo no podemos hacer las funciones de circo? ¿Sabes lo que he pensado? Que no vamos a ir a ese pueblo. Daremos la vuelta y nos marcharemos en otra dirección.

—¡Pero eso no lo debemos hacer, Manuel! Nos hemos comprometido.

Y cuando Carmelilla trataba de convencer a su marido, los dos se quedaron sorprendidos al oír una voz misteriosa que se oyó junto a ellos.

—Eso que piensas hacer, Manuel, es una mala acción. Carmelilla tiene razón. Tú, siempre has sido bueno.

—¿Quién habla por ahí? —preguntó Manuel mirando a todas partes.

—Soy yo —dijo la voz—. Estoy en tu carromato.

Manuel y Carmelilla volvieron la cabeza y quedaron paralizados. Ante ellos tenían a una bellísima muchacha vestida de blanco, con una diadema de brillantes y con una varita de plata en la mano.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Manuel.

—Una amiga vuestra que os debe muchos favores y os quiere mucho. Tanto como vosotros me queréis a mí.

—Pero si nosotros no sabemos quién es usted. Si no la hemos visto nunca —exclamó Carmelilla.

—Es verdad. Así, como estoy ahora, no. Me habéis visto de otra manera. Tú Carmelilla me has querido mucho. ¿No me reconocéis? ¡Fíjate!

Y ante los ojos atónitos del joven matrimonio, el Hada de los Sueños se convirtió en un gorroncillo negro, muy feo.

—¡Pero si es el pajarito Pío-Pío! —exclamó Carmelilla.

—¿Os acordáis de mí?

—¡Cómo no! —contestó Carmelilla tendiendo su brazo para que el gorroncillo negro se posara en su brazo.

Así lo hizo el pajarillo y Carmelilla, emocionada, le dio un beso en el pico.

El pajarito Pío-Pío voló nuevamente hasta el carromato y se volvió a convertir en la bella muchacha vestida de blanco.

—Lo veis. Soy el Hada de los Sueños. Estaba encantada por el malvado Ogro Corazón de Buitre y gracias a Pegacoces he podido salvarme. Porque habéis de saber que Pegacoces fue quien logró romper mi encantamiento al destruir al Ogro.

Manuel y Carmelilla estaban emocionados. El hada continuó diciendo:

—Pegacoces no puede seguir con vosotros. Es necesario que se quede a vivir en este valle donde nació. Tengo que saber dónde está porque seguramente le necesitaré en alguna ocasión para que me ayude a salvar a muchas personas buenas que se encuentran en peligro. Así que no debéis marchar, sino cumplir lo prometido a los vecinos del pueblo. Tenéis que dar la función de circo y entregar el borriquillo a sus dueños.

Dicho esto, el hada desapareció y Manuel comenzó los preparativos para ir al pueblo de Valdemoscas.

Carmelilla tuvo la idea de dar una sorpresa a los vecinos del pueblo en el mismo momento de descubrir la estatua de Pegacoces.



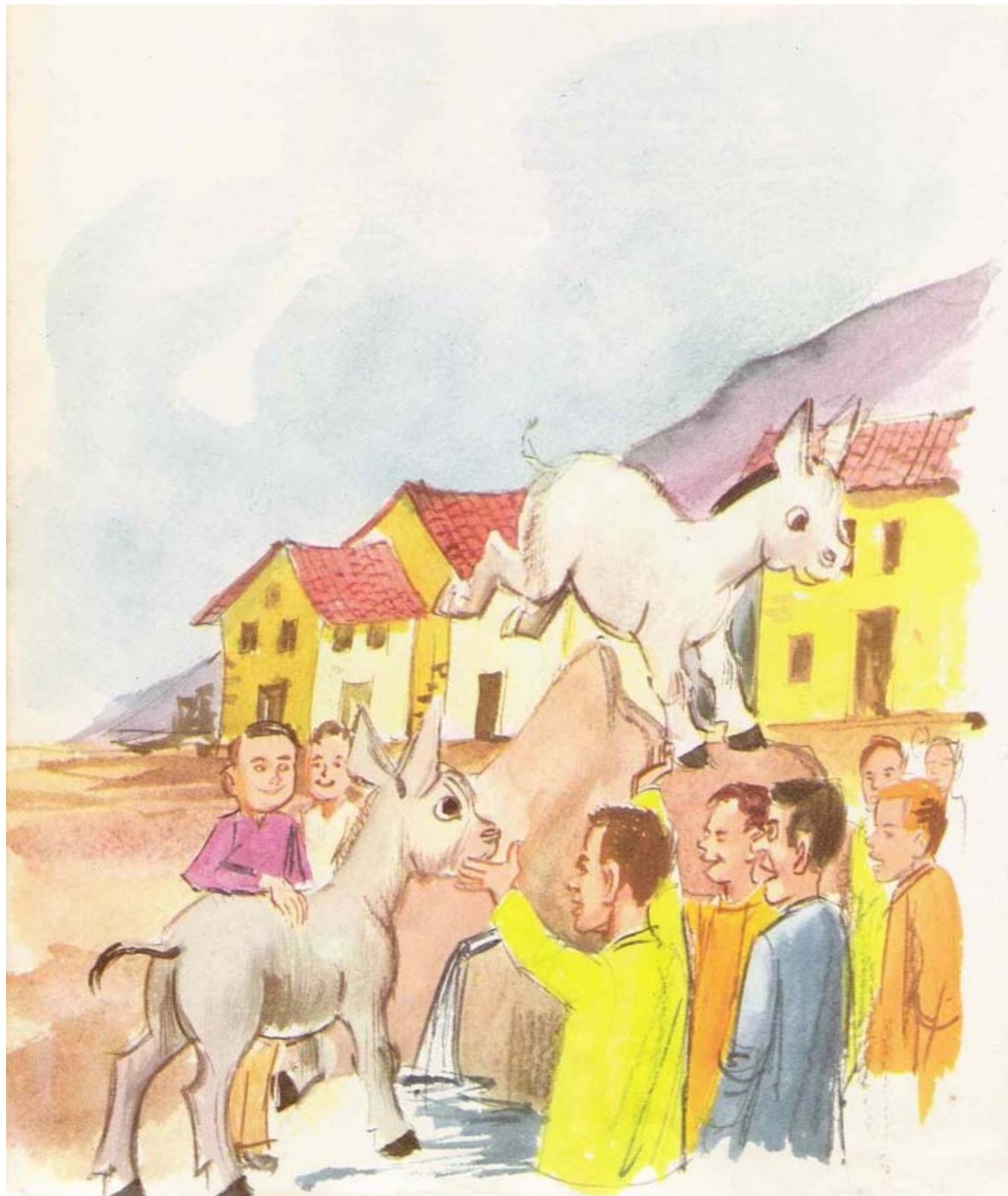
Se lo comunicó a su marido y en cuanto el borriquillo volvió, Manuel, Carmelilla y el propio Pegacoces, prepararon el plan. Y debía ser una sorpresa muy agradable, porque los tres se reían con ganas al planearla.

Llegados al pueblo colocaron el carromato en la plaza, a pocos pasos de la fuente y descansaron tranquilos.

Al día siguiente...

## 46 LA MEJOR FIESTA

Sí. A la mañana siguiente, antes del amanecer, para que nadie les viese, Manuel y Carmelilla sacaron del carromato a Pegacoces y lo llevaron ante la fuente, escondiéndolo entre las cortinas que tapaban el monumento. Allí lo dejaron junto a un montón de alfalfa.



Desde muy temprano, la banda de música alegraba las calles y la plaza, al mismo tiempo que los niños, con sus juegos y cantos, ponían una nota de color y de alegría propios de los días de fiesta.

A las doce en punto de la mañana, y ante todo el pueblo reunido en la pinza, comenzó la ceremonia. Primero habló el alcalde y luego Juanón. Después, entre los aplausos de todo el pueblo, Juanito se acercó a la cortina que ocultaba la estatua.

El muchacho, emocionado, miraba a sus amigos, los chicos y las chicas, que estaban allí, muy contentos, en primera fila.

Cuando el alcalde dio la señal, Juanito se dirigió hacia el grupo de niños. Y tomando de la mano a Pili y a Clemente, que fueron los padrinos de Pegacoces, los llevó al pie de la fuente y los tres a la vez descubrieron la estatua.

—¡Viva! ¡Viva! —clamaron todos.

Pero al mismo tiempo un ¡oh! general de sorpresa, salió de todas las bocas. Y es que al pie de la estatua apareció un borriquillo de verdad.

¡Era Pegacoces en carne y hueso!

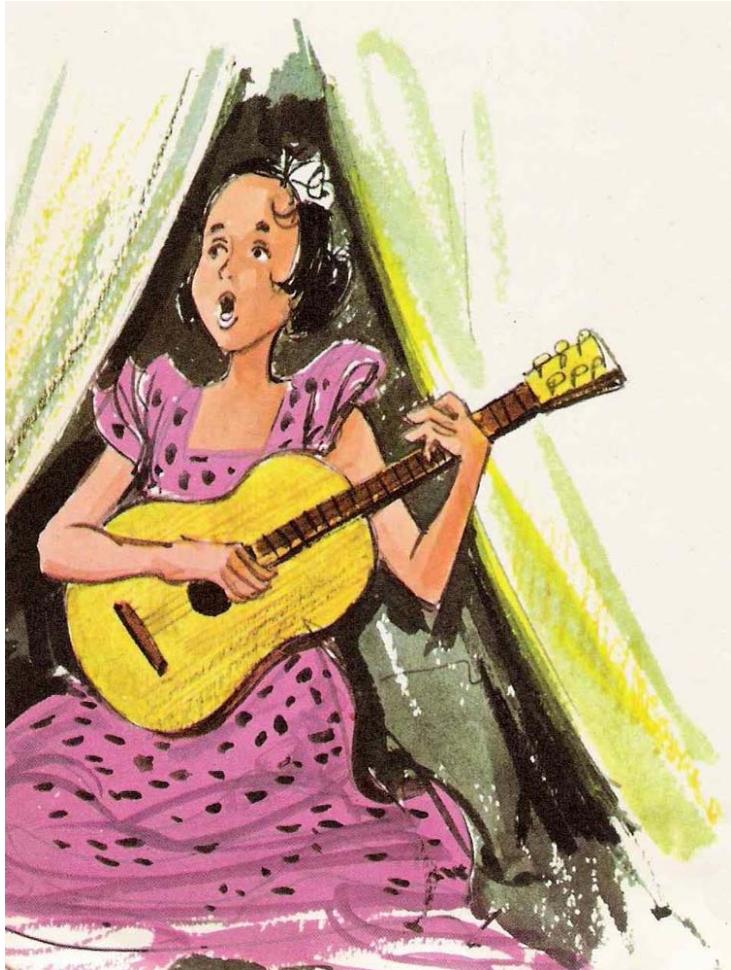
Los tres chicos saltaron de alegría, abrazando al borriquillo, llorando y dándole besos. Pegacoces, emocionado, restregaba su cabeza por la cara de sus amigos.

Los aplausos y vítores no cesaban. Entonces Clemente entonó el himno de los “indios moscones”, que fue coreado por todo el pueblo:

Hortanchíviri, hortanchíviri.  
Ajauja mera makita.  
Hortanchíviri, hortanchíviri.  
Ajauja mera maquila.  
Hortanchíviri makón.  
Somos los indios salvajes  
de la tribu del Moscón.  
Necesitamos un jefe  
que sea salvaje y valiente  
y si alguien lo merece  
es nuestro amigo Clemente.

Clemente se destacó del grupo de chicos y desde casi el centro de la plaza saludó a todos con los brazos en alto, mientras los demás seguían cantando:

Hortanchíviri, hortanchíviri.  
Ajauja mera maquita.  
Hortanchíviri makón.  
Somos los indios salvajes  
de la tribu del Moscón.



Venimos con nuestros trajes  
a empezar la gran función.  
Clemente, como es el jefe,  
se pone el mejor traje;  
que no hay en toda la tribu  
otro indio más salvaje.  
Hortanchíviri, hortanchíviri.  
Ajauja mera maquita.  
Hortanchíviri makón.

## 47 RECUERDO DE PEGACOCES

La alegría se desbordó por el cielo, por el aire y por la tierra en el nuevo pueblo de Valdecoces.

En el cielo, porque Nube Blanca y mamá Nube Grande, empujadas por el viento, daban vueltas y más vueltas sobre el pueblo saludando a su querido borriquillo.

En el aire, porque los miles de pájaros que vivían en el valle acudieron en masa a ver a Pegacoces vivo y a la pajarita Pico de Plata.

Y en la tierra, porque había que ver la alegría, la música y la fiesta que había en el pueblo.

Y ante el contento y las risas de todos, Pegacoces corría y saltaba por la plaza.

El alcalde ordenó al alguacil que tocara la trompeta pidiendo silencio.

Cuando todos callaron, el alcalde habló así:

—Amigos: vamos todos a la entrada del pueblo. Y emprendió la marcha el primero.

Llegados al lugar donde estaba la placa con el nombre de Valdemoscas, el alcalde volvió a decir:

—Vecinos, desde hoy nuestro pueblo se llamará Valdecoces. ¿Os parece bien? ¡Viva Valdecoces!

—¡¡Viva!! —gritaron todos entusiasmados.

Y mandó cambiar el antiguo letrero.

La fiesta duró todo el día.

A la caída de la tarde comenzó la función de circo, que resultó excepcional porque Pegacoces, con el poder que le había dado el hada, hizo cosas extraordinarias: un terrible león se convertía en un caballo; más tarde, en un pavo real de preciosas plumas y, finalmente, en un montón de bolsas de caramelos que se repartieron entre las niñas y los niños.

Manuel y Pegacoces cantaron y bailaron, hicieron juegos malabares, regañaron y se pelearon entre el regocijo de todo el pueblo.

Después vieron cómo al borriquillo le salían unas alas plateadas y, rodeado por centenares de pájaros, volaba sobre el público derramando flores y regalos.

A continuación salió Carmelilla, elegante y bellísima. Lucía un vestido precioso y se adornaba con collares y brazaletes.

La gente aplaudía entusiasmada.

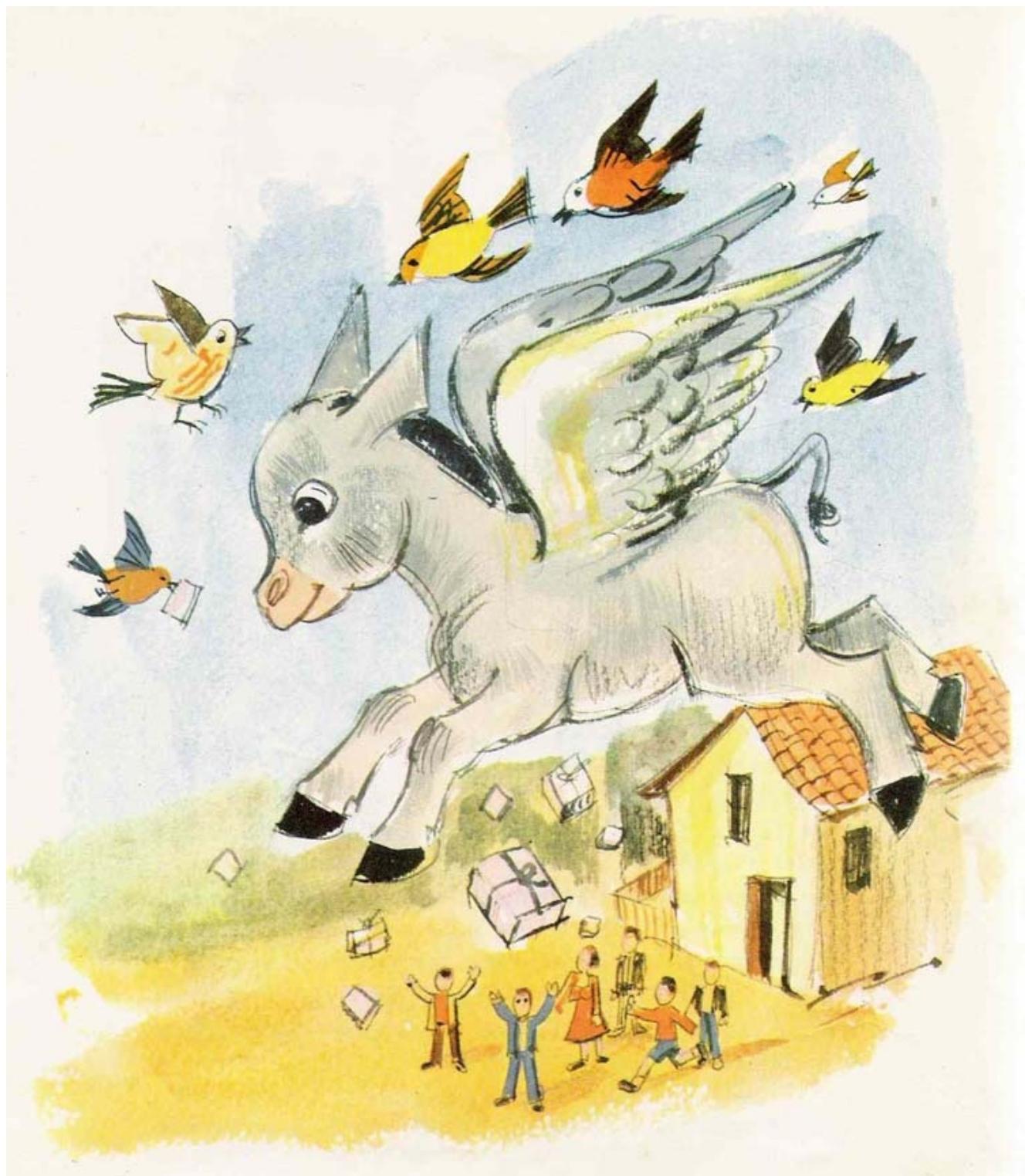
Tras su actuación, ya de noche y desde el centro de la plaza, unos fuegos artificiales cerraron las fiestas.

Fue un día inolvidable, como nunca se había visto en el pueblo.

Ya entrada la noche, todo el mundo descansaba tranquilo y satisfecho en medio de

una paz absoluta.

En todo el pueblo reinaba la alegría y, como por arte de magia, en todas las casas aparecieron unos grandes paquetes con una tarjeta que decía: RECUERDO DE PEGACOCES. Eran los juguetes y los regalos más bonitos que nunca hubieron podido soñar.



## **48 DESPEDIDA**

Por supuesto. En Valdecoces y en todos los contornos no se había visto nunca un espectáculo semejante.

Toda la gente estaba muy contenta y Manuel y Carmelilla satisfechos por el éxito del circo y por los muchos regalos porque las gentes de Valdecoces no sabían qué hacer para obsequiarles.

Pero como todo llega en este mundo, se acercaba el momento de la separación y los vecinos de Valdecoces notaron que los titiriteros estaban preocupados porque su Pegacoces querido no volvería con ellos nunca más.

Por eso, aunque todos los vecinos salieron en grupo a despedirles hasta la carretera y la banda de música del pueblo tocaba alegres pasodobles, Manuel y Carmelilla se despidieron llorando.

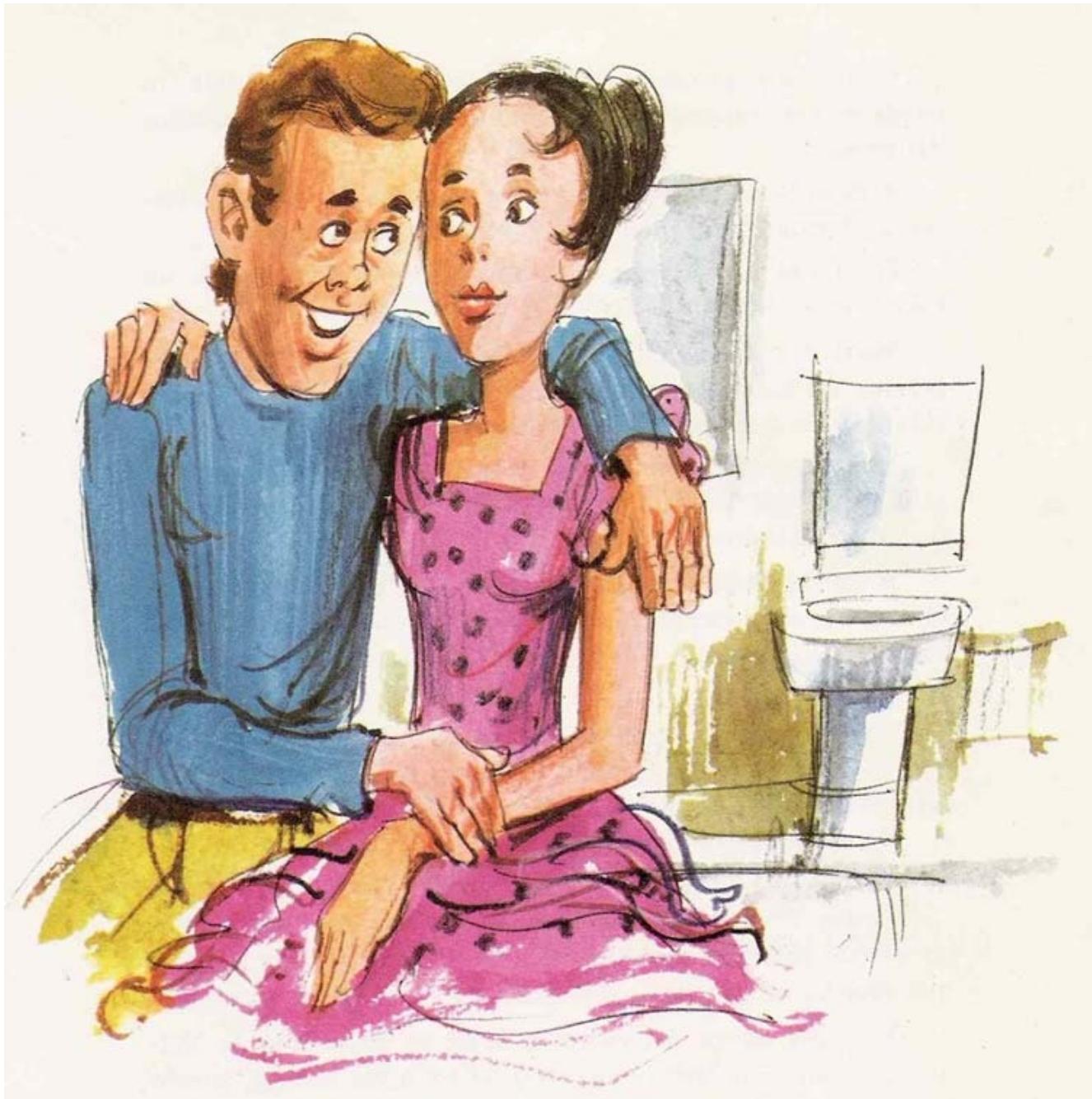
Ya llevaban un buen rato caminando solos entre los campos de trigo, cuando sobre sus cabezas oyeron un rebuzno que les era muy familiar.

Levantaron los ojos y vieron cómo Pegacoces y el Hada de los Sueños, por los aires, seguían su mismo cambio haciéndoles compañía.

Se pusieron muy contentos y en aquel preciso momento comenzaron a suceder una serie de cosas extrañas. Y es que Pegacoces no podía consentir que sus antiguos amos se fueran tan tristes y con las manos vacías.

Y así, ante sus ojos, empezó a realizarse el más sorprendente de los sueños.

El mulo que tiraba del pobre carretón se detuvo y, ante el asombro de Manuel y Carmelilla, se convirtió en un hermoso caballo.



A su vez, el carromato ya no era el tal carromato, sino una magnífica vivienda con ruedas.

Pero es que además, tras la vivienda principal, comenzó a surgir una caravana de carromatos, todos nuevos y relucientes.

Unos eran carros-jaula con tigres, leones, monos, elefantes, poneys, perros y toda clase de animales amaestrados.

Otros eran carromatos-vivienda y junto a ellos estaban los payasos, los trapecistas, los domadores y demás empleados del circo.

Y delante de todos, la flamante orquesta. Todos los músicos uniformados tocaban alegres y bonitas canciones.

Por todas partes y en los costados de los carromatos, un sólo y gran letrero: GRAN CIRCO MUNDIAL.

Manuel y Carmelilla no sabían si reír o llorar porque gracias a Pegacoces se había realizado la gran ilusión de su vida: ser los dueños de un gran circo.

Y he aquí que la suerte les había traído, de golpe, mucho más de lo que se habían imaginado: el circo más fuerte y poderoso de todos.

Y así fue cómo los dos titiriteros dejaron de ser tales titiriteros para convertirse en los dueños del GRAN CIRCO MUNDIAL al que el público acudía en montones a presenciar sus funciones.

Y hasta muchas veces, Pegacoces y el Hada de los Sueños hacían una escapada e iban a pasar un rato en el circo porque les divertía mucho. Pero lo que sobre todo les gustaba era el ver cómo disfrutaban los niños con los payasos, los saltimbanquis, los monos amaestrados y las fieras.

Porque Pegacoces y el Hada de los Sueños vivieron muchos años, muchos años siendo amigos de los titiriteros, a los que sucedieron muchas cosas extrañas y cientos de aventuras.

Pero, por ahora, les vamos a dejar en su pueblo de Valdecoces, donde el borriquillo vivía feliz y a sus anchas, siendo la mascota de los “indios moscones”, los feroces y divertidos “salvajes” que aprovechaban cualquier ocasión para cantar su himno de guerra:

Hortanchíviri, hortanchíviri.

Ajauja mera maquita.

Hortanchíviri, makón.

# **Ejercicios de Lectura Comprensiva**

# EJERCICIOS DE LECTURA COMPRENSIVA

(Para contestar de viva voz)

## 1. Un pueblo agradecido

- ¿Dónde estaba el pueblo?
- ¿Cómo se llamaba?
- ¿Por qué se vivía bien?
- ¿Cómo se llamaba antes?

## 2. La historia de Pegacoces

- La borrica se llamaba...
- ¿Con quién jugaba Juanito?
- ¿Por qué le llamaron así?
- ¿Quién le puso el nombre?

## 3. La princesa encantada

- ¿Qué cantaban las niñas?
- ¿Qué impidió el canto?
- ¿Qué dijeron los niños del borriquillo?
- ¿Quién sería la madrina?

## 4. ¡Hortanchíviri!

- ¿A qué jugaban los chicos?
- ¿Qué nombre se pusieron?
- El hechicero se llamaba...
- ¿Y el jefe de la tribu?

## 5. Bautizo de Pegacoces

- ¿Quién fue la madrina?
- ¿Qué cantaban los chicos?
- ¿Qué regalaron a las niñas?
- Cuenta el bautizo de Pegacoces.

## 6. Mamá Lucera se pone enferma

- ¿Qué llevaron de comer a Lucera?
- ¿Comió?
- ¿Cómo estaba Pegacoces?
- ¿Qué hizo Juanón?

## 7. Lucera se muere

- ¿Qué hizo Lucera?
- ¿Y Pegacoces?
- ¿Cómo se despidió Lucera?
- ¿Qué dijo Juanón a su hijo?

## 8. Los “indios moscones”

- Di sus cinco nombres.

- ¿Qué dijo Clemente?
- ¿A quién se refería?
- ¿Qué dijo Santiago?

#### **9. El pájaro azul**

- ¿Qué dijo Clemente a Juanito?
- ¿Qué propuso Doroteo?
- ¿Qué contestó Juanito?
- ¿Y qué hizo Juanito?

#### **10. Pico de Plata**

- ¿Por qué ese nombre?
- ¿Quiénes le ayudaron?
- ¿Quién le dio la mala noticia?
- ¿Qué dijo la abubilla?

#### **11. Los “indios moscones” entierran su hacha de guerra**

- ¿Qué le dijeron a Clemente?
- ¿Y qué hizo Clemente?
- ¿Y los demás?
- ¿Hubo guerra a los pájaros?

#### **12. ¡Fuego, fuego!**

- ¿Qué se quemaba?
- ¿Cómo apagaban el fuego?
- ¿Qué hizo Juanito?
- ¿Quién le salvó?

#### **13. El valor de Pegacoces**

- ¿Cómo se curó Juanito?
- ¿Y Pegacoces?
- ¿Se curaron pronto?
- ¿Qué preocupación tenía Juanito?

#### **14. Centinela del bosque**

- ¿Qué hizo Pegacoces?
- Cuenta su charla con los pájaros.
- ¿Se salvaron los pájaros?
- ¿Qué hicieron los chicos?

#### **15. Nube Blanca, Nube Grande y Nubarrón Negro**

- ¿A quién acudieron los pájaros?
- ¿Qué hicieron la nube y los pájaros?
- ¿Cómo era Nubarrón Negro?
- ¿Por qué el castigo al pueblo?

#### **16. El malvado Nubarrón Negro**

- ¿Qué había en la sierra?
- Allí nacía el río que...
- ¿Qué decía el Nubarrón?
- ¿Qué hizo Pico de Plata?

## 17. La gran tormenta

- ¿Qué sucedió aquella tarde?
- ¿Qué hacía el Nubarrón?
- ¿Qué hizo Nube Grande?
- ¿Y Pegacoces y Nube Blanca?

## 18. Truenos y relámpagos

- ¿Cómo era el cohete de Juanón?
- ¿Qué pasó con Nubarrón Negro?
- ¿Qué decía Nube Grande?
- ¿Quién se puso contento?

## 19. Hazaña de Pegacoces

- ¿Qué pasaba con el embalse?
- El pueblo tenía miedo. ¿Por qué?
- ¿Qué dijo Pico de Plata?
- Mientras, los vecinos del pueblo...

## 20. ¡Salvados!

- ¿Cómo se salvaron?
- ¿Qué hizo Pegacoces?
- ¿Quién le animaba?
- Y por fin...

## 21. El superviviente

- ¿Cómo lo pasó Pegacoces?
- ¿Había alegría en el pueblo?
- ¿Quién pensaba en Pegacoces?
- ¿Qué hicieron los vecinos?

## 22. Un buen susto

- Nuevos personajes. Nómbralos.
- ¿A qué se dedicaban?
- ¿Dónde les pilló la tormenta?
- ¿Qué animales llevaban?

## 23. Aparición inesperada

- ¿Quién apareció?
- ¿Pasaron miedo? ¿Por qué?
- ¿Qué creyeron que era?
- ¿Qué hizo Pegacoces?

#### **24. Pegacoces se vuelve a llamar... Pegacoces**

- ¿Por qué reían los titiriteros?
- ¿Qué pensó Manuel?
- ¿Qué decía su mujer?
- ¿Para qué llevaban los animales?

#### **25. Triste despedida**

- ¿Reclamaron al borriquillo?
- ¿Qué hicieron los titiriteros?
- ¿Los del pueblo recordaban a Pegacoces?
- ¿Qué pensaban?

#### **26. El pajarito Pío-Pío**

- ¿Qué nueva vida empezó Pegacoces?
- ¿Dónde se puso Pico de Plata?
- *Ventrílocuo*: persona que modifica la voz imitando sonidos diversos.
- ¿Qué hacía Carmelilla?

#### **27. Gritos en la oscuridad**

- ¿Por qué sufrían los titiriteros?
- ¿Tenían mucho que comer?
- ¿Dónde se cobijaron?
- ¿Qué oyeron aquella noche?

#### **28. Héroes en la noche**

- ¿Qué hizo Pegacoces?
- ¿Y Carmelilla?
- ¿Qué es lo que se acercaba?
- Cuenta lo que pasó.

#### **29. Una fortuna inesperada**

- ¿Por qué iban deprisa Pegacoces y el mulo?
- ¿Qué hizo el alcalde?
- ¿Qué llevaba el médico?
- ¿A quién se lo dio?

#### **30. El gran invento del titiritero**

- ¿Qué propuso Manuel?
- ¿Qué pensó hacer con el mulo?
- ¿Y de Pegacoces?
- ¿Cómo serían las marionetas?

#### **31. El ogro Corazón de Buitre**

- ¿Qué pasó a Pío-Pío?
- ¿Quién le tenía preso?
- ¿Qué quería el buitre?

- ¿Qué hizo Pegacoces?

### **32. Función de circo**

- ¿Dónde y cuándo se celebró?
- ¿Qué dijo Manuel? Vuelve a leerlo.
- ¿Cómo era el juego de la moneda?
- ¿Por qué se apuraban los mozos?

### **33. Habla Pegacoces**

- Repite la discusión entre Manuel y Pegacoces.
- ¿Cómo era lo de las 100 pesetas?
- ¿Y lo de las remolachas?
- ¿Cómo fue el engaño de Pegacoces?

### **34. Ocurrencias de Pegacoces**

- ¿Qué regalo ofreció Pegacoces?
- Repite el truco de los pañuelos.
- ¿Quién cantó después?
- ¿Qué hizo Pico de Plata?

### **35. Rapto de Pegacoces**

- ¿Qué hizo el ogro?
- ¿Qué hablaron los dos?
- ¿En qué se convirtió el burro?
- ¿Quién le hizo compañía?

### **36. Las desgracias de Manuel y Carmelilla**

- La primera fue...
- La segunda...
- ¿Qué había hecho Carmelilla?
- ¿Cómo pasaron el invierno?

### **37. Carlos y Conchita**

- ¿Quiénes eran estos niños?
- ¿Quién encontró a Pegacoces?
- Los niños, cansados, ¿qué hicieron?
- ¿Quién era el gorrión negro?

### **38. El gorroncillo negro**

- ¿Cuándo se despertaron?
- ¿Qué dijeron al pajarito?
- ¿Qué nombre le pusieron?
- ¿Cuál era la ilusión de Carlos?

### **39. Pegacoces vuelve a la vida**

- ¿Qué sucedió con el borriquito juguete?
- ¿Qué dijo Pío-Pío?

- ¿Si no era pájaro, qué era?
- ¿Y qué dijo?

#### **40. El Hada de los Sueños**

- ¿Cómo era el Hada?
- ¿Qué preguntó a los niños?
- Y ellos contestaron...
- Y los niños se quedaron...

#### **41. El ogro desaparece**

- ¿Quién vigilaba el sueño?
- ¿Quién volvió a aparecer?
- ¿Qué quiso hacer de los niños?
- ¿Con quién quería casarse?

#### **42. Dulce despertar**

- ¿Dónde despertaron?
- ¿Qué dijo mamá?
- ¿Qué encontraron al despertar?
- ¿Qué dijo el Hada al marchar?

#### **43. Pegacoces vuelve al circo**

- ¿Qué decidió Pegacoces?
- ¿Dónde encontró a los titiriteros?
- ¿Cómo se transformó todo?
- Y el circo se llamó...

#### **44. Encuentro inesperado**

- ¿Dónde se encontraron?
- ¿A quién encontraron?
- ¿Quiénes más estaban allí?
- ¿Qué querían?

#### **45. Manuel y Carmelilla**

- ¿Qué preocupación tenían?
- ¿Quién les ayudó?
- ¿Qué les dijo Pegacoces?
- ¿Y qué decidieron?

#### **46. La mejor fiesta**

- ¿Dónde fue la fiesta?
- ¿Qué había en la plaza?
- ¿Quiénes acudieron a la fiesta?
- ¿Quién dirigía el canto?

#### **47. Recuerdo de Pegacoces**

- ¿Quiénes llegaron?

- ¿Qué hacía Pegacoces?
- ¿Qué dijo el alcalde?
- Di los nombres de la función.

#### 48. **Despedida**

- ¿Por qué lloraban los titiriteros?
- ¿Y qué pasó?
- Di cómo se cambió todo.
- Y Pegacoces volvió a... y era la mascota de los...